
3 1761 04466 7392



Víctima de imprudente juramento
Y del amor mas puro acreditado,
Á la tumba bajó su cuerpo helado.
Evita incauta jóven su tormento.

ATALA y RENÉ,

por Chateaubriand.

CABAÑA INDIANA,

Y

EL CAFE DE SURATE,

por Bernardin de Saint-Pierre;

Bajo la direccion de José René Masson.

PARIS,
MASSON Y HIJO, CALLE DE ERFURTH, N.º 3.

1822.

PREFACIO DEL AUTOR.

Por la carta precedente (1) se viene en conocimiento del motivo que hubo para publicar la Atala, ántes que saliese á luz mi obra sobre el *Genio del cristianismo, ó las bellezas poéticas y mo ales de la religion cristiana*, de que forma parte. Resta solo dar una idea del modo con que se compuso esta historia.

Muy jóven era yo aun, cuando concebí la idea de hacer la epopeya del hombre de la naturaleza, ó de pintar las costumbres de los salvages, ligándolas á algun suceso conocido. Despues del descubrimiento de la América, no encontré asunto mas interesante, en especial para los franceses, que la mortandad de la colonia de los Natches en la Luisiana, el año 1727. Me pareció, que todas las tribus indianas, conspirando por espacio de dos siglos de oposicion para restituir la libertad al Nuevo-mundo, ofrecian al pincel un asunto casi tan feliz como la conquista

(1) La carta á que alude el autor, se insertó en el publicista: se ha omitido su traduccion, por no creerla necesaria. El motivo de publicar separada esta obrita, fué el evitar los perjuicios, que podia ocasionar al autor el extravío de algunas copias de ella.

de Méjico. Delineé sobre el papel algunos fragmentos de esta obra; pero desde luego eché de ver, que carecia de los verdaderos colores, y que para hacer un retrato parecido, era forzoso visitar los pueblos que queria pintar, siguiendo el ejemplo de Homero.

En 1789 comuniqué á M. Malesherbes el proyecto que habia formado de pasar á América. Pero deseando dar al mismo tiempo á mi viage un objeto útil, pensé en descubrir por tierra el paso tan buscado, sobre que Cook nos habia dejado tantas dudas. Emprendí pues mi marcha, recorrí las soledades americanas, y volví con planes para otro viage, que debia durar nueve años. Me proponia atravesar todo el continente de la América septentrional, subir en seguida por lo largo de sus costas hácia el norte de la California, y volver por la bahía de Hudson, rodeando por debajo del polo. M. Malesherbes se encargó de presentar mis planes al Gobierno, y entónces fué cuando leyó los primeros fragmentos de la obrita que doy al público.

De todos mis manuscritos sobre la América solo hé salvado algunos fragmentos, en especial la *Atala*, que no era mas que un episodio de los *Natches*. La Atala se ha escrito en el desierto, debajo de las chozas de los mismos salvages. No sé, si el público gustará de esta historia que sale de todos los rumbos trillados, y presenta una naturaleza y unas costumbres, enteramente nue-

vas para Europa. En la Atala no hay aventuras: es una especie de poema [1], medio descriptivo, medio drámatico: todo consiste en la pintura de dos amantes, que caminan y conversan juntos en la soledad: todo gira sobre la pintura de los sobresaltos del amor, en medio de la calma de los desiertos y del sosiego de la religion. He dado á mi obra las formas mas antiguas, dividiéndola en *prólogo*, *narracion* y *epílogo*. Las principales partes de la narracion toman su denominacion diferente, como *los cazadores*, *los labradores*, etc.; de este modo, en los primeros siglos de la Grecia, cantaban los rapsodas, bajo de diferentes títulos, los fragmentos de la Odisea y de la Ilíada. No negaré que, fuera de la parte descriptiva, hé buscado la mayor sencillez en el fondo y en el estilo; bien es verdad, que aun en la descripcion hay un modo de ser juntamente pomposo y sencillo. Decir que lo hé intentado, no es decir que lo haya conseguido. Hace mucho tiempo, que solo leo la Biblia y el Homero: dichoso yo si lo demuestro, y si en las tintas del desierto, y en los sentimientos propios de mi

(1) En un tiempo en que todo se halla pervertido en la literatura, me veo precisado á advertir, que si empleo aquí la voz *poema*, es por ignorar como explicarme de otro modo. No soy de esos barbaros que confunden la prosa y el verso. El poeta, por mas que digan, es el hombre por excelencia; y volúmenes enteros de prosa descriptiva no equivalen á 50 hermosos versos de Homero, Virgilio ó Racine.

corazon, hé llegado á vaciar los colores de estos dos grandes y eternos modelos de lo bello y lo verdadero.

Añadiré, que no ha sido mi objeto arrancar muchas lágrimas: me parece un error peligroso el sentado entre otros por Voltaire, que las obras buenas son las que mas hacen llorar. Drama hay de que nadie quisiera ser autor, y que destroza el corazon mucho mas que la Eneida. El ser grande escritor, no consiste en poner el alma en tortura. Las verdaderas lágrimas son aquellas, que hace verter una hermosa poesía; y es preciso que en ella entre igual parte de admiracion que de dolor.

Así Príamo dice á Aquíles:

Ἀνδρὸς παιδοφόνοιο ποτὶ στόμα χεῖρ' ὀρέγεσθαι.

Juzga el exceso de mi desgracia, cuando beso la mano que ha dado muerte á mis hijos. Así Josef exclama: *Ego sum Joseph frater vester, quem vendidistis in Ægyptum. -- Yo soy Josef vuestro hermano, á quien vendisteis para Egipto.*

Estas son las únicas lágrimas, que deben bañar las cuerdas de la lira, y hacer mas tiernos sus acentos. Las Musas son múgeres celestes, que no desfiguran sus facciones con gestos ridículos: si lloran, es con la intension secreta de embellecerse.

Por lo demas, no soy como Rousseau, un entusiasta de los salvages: y aunque quizá tengo

para quejarme de la sociedad tantos motivos como tenia este filósofo para lisonjearse de ello, no creo que la pura naturaleza sea la cosa mas hermosa del mundo. Por todas partes donde hé tenido proporcion de contemplarla, la hé encontrado muy deforme. Muy léjos de creer que el hombre que piensa es un *animal depravado*, creo que el pensar es lo que constituye al hombre. Todo se ha perdido con esta palabra *naturaleza*. Pintémosla, pero sea en bello: el arte no debe emplearse en imitar monstruos.

No hablaré aquí de la moralidad que hé querido dar en la Atala, siendo fácil el conocerla, y estando resumida en el epílogo; pero diré algo sobre mis personages.

La Atala, como el Filoctétes, no tiene mas que tres personas. Acaso la muger que hé querido pintar, presentará un carácter bastante nuevo. Las contradicciones del corazon humano no se han desenvuelto suficientemente; y merecen serlo tanto mas, cuanto dependen de la antigua tradicion de una degradacion original, y consiguientemente descubren ideas profundas sobre lo que hay de grande y misterioso en el hombre, y en su historia.

Cháctas, el amante de Atala, es un salvage que se supone nacido con talento, y que está mas que á medio civilizar, pues no solamente sabe las lenguas vivas, sino aun las muertas de Europa. Debe pues producirse con un estilo me-

dio conveniente á la línea, sobre que camina entre la sociedad y la naturaleza. Esto me ha proporcionado grandes ventajas, haciéndole hablar como salvage en la pintura de las costumbres, y como europeo en el drama y en la narracion. Sin este recurso, era preciso renunciar á la obra: si siempre hubiese empleado el estilo indiano, la Atala estaria en griego para el lector.

En cuanto al misionero, hé procurado pintar á este sacerdote, tal cual es.

Si despues de todo, se exâmina lo que hé reunido en tan pequeño cuadro; si se considera que no hay circunstancia interesante en las costumbres de los salvages, que no haya indicado; bello efecto de la naturaleza, sitio hermoso de la Nueva-Francia, que no haya descrito; si se repara que al lado del pueblo cazador hé colocado un cuadro completo del pueblo labrador, para manifestar las ventajas de la vida social sobre la vida salvage; si se atiende á las dificultades que se me han presentado para sostener el interes dramático entre dos personas, durante una larga pintura de costumbres y numerosas descripciones de paises; si se observa en fin, que en la catástrofe misma me hé privado de todo socorro, procurando sostenerme, como los antiguos, únicamente por la fuerza del diálogo; estas consideraciones me harán acaso acreedor á alguna indulgencia de parte del lector. Repito, que no me lisonjeo de haber conseguido un éxito feliz; pero siempre se debe agradecer á

un escritor, el que haga sus esfuerzos, para volver á la literatura aquel gusto antiguo que tanto se ha olvidado en nuestros dias.

Por último diré, que si el gobierno frances, por un designio de la mas sublime política, pensase un dia en reivindicar el Canadá de la Inglaterra, mi descripcion de la Nueva-Francia recibiria un nuevo interes. El asunto de la Atala no es todo de invencion mia : es cierto que hubo un salvage en las galeras y en la corte de Luis XIV; es cierto que un misionero frances ha hecho lo que hé contado; y es cierto que hé encontrado salvages cargados con los huesos de sus abuelos, y una madre jóven colocando el cuerpo de su hijo sobre las ramas de un árbol. Algunas otras circunstancias son tambien verdaderas; pero como no inspiran un interes general, me creo exônerado de hablar de ellas.

ATALA,

ó

LOS AMORES DE DOS SALVAGES

EN EL DESIERTO.

PRÓLOGO.

En otro tiempo poseyó la Francia en la América septentrional un vasto imperio, que se extendia desde el Labrador hasta las Floridas, y desde las playas del Atlántico hasta los mas apartados lagos del alto Canadá.

Estas inmensas regiones estaban divididas por cuatro rios caudalosos, que nacian en las mismas montañas; el rio san Lorenzo, que desagua hácia el este en el golfe de su nombre; el de el Oeste, que lleva sus

aguas á mares desconocidos; el rio Borbon, que corre de mediodía á norte, y se precipita en la bahía de Hudson; y el Meschacebé [1], que bajando de norte á mediodía se pierde en el golfo mejicano.

Este último en el espacio de mas de mil leguas fertiliza una deliciosa comarca, que los habitantes de los Estados-Unidos llaman el nuevo Eden, y á la que han conservado los franceses el dulce nombre de Luisiana. Otros muchos rios tributarios del Meschacebé, el Missuri, el Illines, el Akanza, el Ohío, el Wabacha y el Tenaso, la benefician con su cieno, y la fecundan con sus aguas.

Cuando todos han crecido con las lluvias del invierno, cuando las tempestades han asolado pedazos enteros de bosques, el tiempo reune sobre los manantiales árboles arrancados; los traba con lianas, los consolida con lodo, planta encima algunos arbolitos, y arroja su fábrica á las aguas. Impelidas estas balsas por las espumosas

(1) Nombre propio del Missisipi ó Meschassipi.

ondas, bajan de todas partes al Meschacebé, que las arroja hácia su embocadura, para formar allí un nuevo brazo. Atravesando por debajo de los montes, de trecho en trecho levanta su estrepitosa voz, y extiende las aguas de que rebosa, al rededor de colunatas de bosques y pirámides de sepulcros indianos; haciéndose el Nilo de los desiertos. Pero en las escenas de la naturaleza la gracia siempre camina unida á la magnificencia; y miéntras la corriente del centro lleva tras sí al mar cadáveres de pinos y encinas, sobre las dos laterales se ven nadar á lo largo de la ribera islas flotantes de alfónsigo y de ninfea, cuyas rosas amarillas se levantan á manera de mariposas. En estas naves de flores se embarcan de pasageros serpientes verdes, garzas azules, flamencos de color de rosa y cocodrilos pequeños; y desplegando al viento sus velas de oro, la colonia llega dormida á desembarcar en algun remanso retirado.

Con el curso de las aguas va presentándose el cuadro mas extraordinario,

desde la embocadura del Meschacebé hasta su union con el Ohío. Por la ribera occidental se descubren sábanas [1], cuyo término no alcanza la vista : sus olas de verdura, al apatarse parece que quieren subirse al azulado cielo, donde desaparecen. En estas praderas sin límites, se ven pastando à la ventura manadas de tres ó cuatro mil búfalos monteses. Alguna vez un bisonte agobiado de años atraviesa á nado la corriente, y va á recostarse entre la crecida yerba de una isla del Meschacebé. Al ver su frente coronada de dos medias lunas, al ver su barba provecta y encenagada, creeriais que se os presentaba la deidad bramadora del rio, mirando con vista satisfecha la magnificencia de sus ondas, y la silvestre abundancia de sus riberas

Tal es la escena que se presenta á la orilla occidental : la del lado opuesto, cambiando de improviso, forma un admi-

(1) Este nombre se da en las colonias francesas de la América, à los terrenos incultos donde pacen los animales.

rable contraste. Arboles de todas formas, de todos colores y perfumes se mezclan, y creciendo juntos suben á una elevacion que fatiga la vista, ya suspendidos sobre la corriente de las aguas, ya agrupados sobre los peñascos, ó ya dispersos en los anchurosos valles. La vid silvestre, la bignonia y la coloquíntida, entretegidas al pié de estos árboles, trepan hasta la punta de sus ramas, pasan del arce al tulipan, del tulipan al alcea, formando mil grutas, mil bóvedas y otros tantos pórticos. Muchas veces estas lianas perdidas de un árbol á otro, atraviesan los brazos del rio, formando sobre ellos puentes y arcos de flores. Del seno de estas masas embalsamadas la altiva magnolia levanta su cono inmóvil, que coronado de blancas rosas señorea todo el bosque, sin reconocer otro rival que la palma, cuyos verdes abanicos se mecen suavemente á su lado.

Una multitud de animales colocados por el Criador en este hermoso retiro, difunde en él la vida y el encanto. Desde el extremo de las calles de árboles se ven los osos,

que embriagados con la uva andan cayendo sobre los olmos : los castores se bañan á manadas en un lago : las negras ardillas juguetean entre la espesura de las hojas : pájaros burlones, palomas de Virginia del tamaño de un gorrion, se bajan á los céspedes sembrados de fresas : papagayos verdes de cabeza amarilla, cotorras purpúreas y cardenales de color de fuego trepan dando vueltas hasta lo alto de los cipreses ; los colibrís centellean sobre el jazmin de las Floridas, y las serpientes silban suspendidas en las cimas de los árboles, meciéndose como lianas.

Si en las sábanas de la ribera opuesta todo es silencio y reposo, en esta, por el contrario, todo es movimiento y ruido. Los desiertos se llenan de la silvestre armonía, que forman los picazos de las aves en el tronco de las encinas; los animales que corren y machacan entre sus dientes los huesos de las frutas ; el susurro de las aguas, los hondos gemidos y los suaves arrullos. Pero quando un vientecillo anima estas soledades, mece todos estos cuer-

pos flotantes, confunde todas estas masas de blanco, azul, verde y rosa, mezcla todos estos colores, y reune todo este estrépito; entónces sale del centro de estos bosques tal ruido, se presentan á la vista tales escenas, que en vano seria quererlas describir, para quien no ha recorrido estos campos primitivos de la naturaleza.

Despues del descubrimiento del Meschacebé por el P. Hennepin y por el desgraciado La-Salle, los franceses, que primero fijáron su domicilio en Biloxì y Nueva-Orleans, hiciéron alianza con los Natches, nacion indiana, cuyo poder era temible en estas regiones. Injusticias particulares, la venganza, el amor y todas las pasiones regáron de sangre muy pronto la morada de la hospitalidad. Entre los salvages habia uno llamado Cháctas (1), que por su edad, sabiduría y ciencia en las cosas de la vida, era el amor y el patriarca de los desiertos. Como todos los hombres, habia comprado la virtud á

(1) La voz armoniosa.

fuerza de infortunios. Sus desdichas no solo llenáron aquellos bosques, sino que cundiéron hasta las costas de Francia. Detenido en las galeras de Marsella por una injusticia cruel, recobrada la libertad, y presentado en la corte de Luis XIV, habia tratado con los grandes hombres de aquel famoso siglo, asistido á las fiestas de Versálles, á las tragedias de Racine y á los discursos de Bossuet; en una palabra, allí fué donde contempló la sociedad en su mas alto grado de esplendor.

Vuelto al seno de su patria despues de muchos años, Cháctas vivia tranquilo. Sin embargo el cielo le vendió caro este favor, pues habia perdido la vista. Una hija jóven le acompañaba en la soledad, así como Antígone guiaba los pasos de Edipo en el Cyteron, ó como Malvina conducia á Ossian al sepulcro de sus padres.

Cháctas estimaba á los franceses, á pesar de las muchas injusticias que le habian hecho. Acordándose constantemente de Fenelon, de quien habia sido huésped, deseaba servir en algo á los compatriotas

de este hombre virtuoso, y se le presentó una ocasion favorable. Impelido de sus pasiones y desgracias, un frances llamado René arribó á la Luisiana en 1725, subió el Meschacebé hasta Natchez, y pidió que le admitiesen por soldado de esta nacion. Cháctas habiéndole exâminado, y viéndole firme en su resolucion, le adopta por hijo, y le dá por esposa una india llamada Celuta. Poco despues de este casamiento, se disponen los indios para la gran cacería del castor.

Cháctas, aunque ciego, es elegido por el consejo de los sachems [1] para mandar la expedicion, por el respeto que los pueblos de los bosques tributan á su nombre. Los agoreros interpretan los sueños; se consulta á los Manitús; se ofrecen sacrificios de petum; se queman trozos de lengua de danta; se exâmina si chispean en el fuego, á fin de explorar la voluntad de los Genios; y se emprende en fin la marcha despues de haber comido el perro sagrado.

(1) Ancianos ó consejeros

René es tambien de la comitiva: ayudadas de las opuestas corrientes, las piraguas suben por el Meschacebé, y ganan el cauce del Ohío: la estacion era la del otoño. Los magníficos desiertos del Kentuki, se despliegan á la vista del jóven frances, que, una noche al resplandor de la luna, cuando todos reposan en sus piraguas, y la flota indiana impelida de un ligero viento va prosiguiendo su camino, queda despierto con Cháctas, y le ruega que le refiera sus aventuras.

El anciano consiente en darle gusto, y sentados los dos en la popa de la piragua, al ruido del agua y en medio de la soledad, habla de esta manera.

NARRACION.

LOS CAZADORES.

Destino singular es, hijo mio, el que nos reune en el desierto. Yo veo en tí el hombre civilizado, que se ha hecho salvage; y tú ves en mí el hombre de las selvas, á quien el gran espíritu ha querido civilizar, sin duda por sus designios. Habiendo entrado en la carrera de la vida por rumbos opuestos, tú has venido á descansar en el lugar mio, y yo fuí á ocupar el tuyo; de modo que necesariamente hemos debido tener sobre este punto miras del todo contrarias. Y ¿ quien de nosotros es el que ha ganado, ó perdido en mudar de posicion? Este conocimiento está reservado á los Genios, de los cuales el que

ménos sabe, excede en sabiduría á todos los hombres juntos.

A la próxima luna de las flores [1], se habrá visto la tierra cubierta de nieve 73 veces [2], desde que mi madre me dió á luz en las riberas del Meschacebé. Los Españoles acababan de establecerse en la bahía de Panzacola, pero aun no habitaba en la Luisiana blanco alguno. Apénas hube visto caer las hojas de los árboles 17 veces, cuando en compañía de mi padre el guerrero Utalissi, emprendí la marcha contra los Muscogulgos, nacion poderosa de las Floridas. Reunimonos á nuestros aliados los Españoles, y se trabó el combate sobre uno de los brazos de la Mobila. Areskui [3] y los Manitús no nos fuéron propicios; triunfáron los enemigos, mi padre perdió la vida en la accion, y yo recibí dos heridas defendiéndole. ! Que no hubiese bajado yo tambien al pais de las al-

(1) El mes de mayo.

(2) Una nieve por año.

(3) Dios de la guerra.

mas [1], para evitar así las desgracias que me aguardaban sobre la tierra ! Mas los Genios lo ordenáron de otro modo, y el tropel de los fugitivos me arrastró á san Agustin.

En esta ciudad, recien fabricada por los Españoles, estaba expuesto al riesgo de ser conducido á las minas de Méjico, cuando un anciano de aquella nacion, llamado López, movido de mi juventud y sencillez, me ofreció un asilo, y me presentó á su hermana, con quien vivia, sin esposa.

En ambos se despertáron hácia mí los mas tiernos sentimientos : educáronme con el mayor esmero, y me diéron maestros de todas clases. Pero habiendo pasado treinta lunas en san Agustin, me sentia fastidiado de la vida social. Me extenuaba visiblemente; y unas veces inmóvil horas enteras, estaba contemplando la cima de los lejanos bosques; otras, me encontraban sentado cerca del agua, que veia cor-

(1) Los infiernos.

rer tristemente. Representábame las selvas, por cuyo centro habian discurrido estas aguas, y mi alma se entregaba del todo á la soledad. Sin poder resistir al deseo de volver al desierto, una mañana me presenté á López vestido de salvage, el arco y las flechas en la una mano, y los vestidos europeos en la otra. Devolvílos á mi generoso protector, á cuyos pies me arrojé derramando un torrente de lágrimas. Me dí á mí mismo los nombres mas odiosos, y me acusé de ingrato; pero al fin le dije: « Tú mismo lo estás viendo, » padre mio; yo moriré, si no vuelvo á la » vida errante del indio. »

Admirado López quiso apartarme de tal resolucion, representando los riesgos que me cercarian, exponiéndome de nuevo á caer en manos de los Muscogulgos. Mas viéndome resuelto á arrostrarlo todo, anegado tambien en lágrimas, y estrechándome entre sus brazos: « Vé, exclamó, hijo magnánimo de la naturaleza, » recobra esa preciosa independencia, de » que López no quiere despojarte. Yo

» mismo, si fuese mas jóven, te acompa-
» ñaria al desierto (donde tambien exîsten
» para mí dulces recuerdos), y te volve-
» ria á los brazos de tu madre. Cuando
» estés en los bosques, acuérdate de este
» anciano Español, que te ha dado hospi-
» talidad; y para inclinarte al amor de
» tus semejantes, jamas olvides que el
» primer ensayo que has hecho del cora-
» zon humano, ha sido todo en su favor. »
Concluyó López con una oracion al Dios de los cristianos, cuya religion habia yo rehûsado abrazar, y nos despedimos con sollozos.

No tardé en ser castigado por mi ingratitud. Mi poca experiencia me extravió en el bosque, y fuì apresado por una partida de muscogulgos, segun López me lo habia predicho. Por el trage y plumas de mi cabeza conociéron que era natche, y me encadenáron, aunque sin rigor, á causa de mi juventud. Simaghan, gefe de la partida, quiso saber mi nombre, y respondí: « me llamo Cháctas, hijo de Uta-
» lissi, hijo de Miscú, los cuales han qui-

» tado mas de cien cabelleras á los héroes » muscogulgos. » Simaghan me dijo : « alégrate, hijo de Utalissi, hijo de Miscú, pues serás quemado en el gran » pueblo. » « Está bien, » repliqué, y entoné mi cancion de muerte.

Durante los primeros dias, á pesar de ser prisionero, no pude ménos de admirar á mis enemigos. El muscogulgo, ó mas bien el siminol su aliado, respira la alegría, el amor, el contento: su andar es desembarazado, su trato franco y sincero. Habla mucho y con soltura, su lenguage es armonioso y fácil, y ni aun la edad puede quitar á los ancianos su alegre sencillez; y, como las antiguas aves del desierto, mezclan los cantares de su juventud con las arias nuevas de sus nietos.

Mi juventud excitaba una tierna compasion y una amable curiosidad en las mugeres que seguian las tropas. Me hacian preguntas relativas á mi madre, y á los primeros dias de mi vida; querian saber si mi cuna de musgo colgaba en las floridas ramas de los arces, y si el viento

la mecia junto al nido de los pajarillos. Otras veces, deseosas de inquirir el estado de mi corazon, me preguntaban, si por ventura habia visto en sueños una cierva blanca, y si los árboles del bosque secreto me habian aconsejado que amase. Yo respondia con ingenuidad á las doncellas y á las que eran ya esposas, diciéndolas: « Vo-
» sotras sois las gracias del dia, y la no-
» che os ama como al rocío. El hombre
» sale de vuestro seno para chupar vues-
» tro pecho, y acercarse á vuestra boca:
» teneis expresiones mágicas, que ador-
» mecen toda especie de dolores. ¡ Esto
» me dijo la que me dió á luz, y la que
» jamas volverá á verme! Tambien decia,
» que las vírgenes eran flores misterio-
» sas, que se encuentran en parages soli-
» tarios. » Estos elogios agradaban no poco á las mugeres, que me colmaban de dones, me traian crema de nueces, azúcar de arce, sagamita [1], jamones de oso, pieles de castor, conchas para adornarme, y

(1) Especie de pasta.

musgo para mi lecho. Cantaban y reian conmigo, y se ponian á llorar, al acordarse que habia de ser quemado.

Una noche sentado junto á la hoguera con el soldado que me guardaba, siento de repente el ruido de una vestidura sobre la yerba, y una muger medio cubierta de un velo se sienta á mi lado. Sus ojos estaban agitados del llanto, y en su pecho brillaba, al resplandor del fuego, un Crucifijo de oro. Era perfectamente hermosa, y en su rostro se veia un no sé que de virtuoso é interesante, que encerraba un atractivo irresistible. A esto añadia gracias aun mas tiernas: en sus miradas respiraba una extrema sensibilidad, unida á una profunda melancolía, y su sonrisa era celestial.

Túvela por la *virgen de los postreros amores*, esa doncella que envian al prisionero de guerra para encantar su tumba. Bajo de este concepto, le dije con voz balbuciente y una turbacion que no nacia del temor á la hoguera: « Vos, vírgen, » sois digna de los primeros amores: no, » no estais criada para los postreros. Los

» latidos de un corazon, que dentro de
» poco ya no respirará, mal corresponde-
» rian á los movimientos del vuestro. Y
» ¿ como ha de mezclarse la muerte con
» la vida? Vos hariais que me pesase
» demasiado el perder la exîstencia : sea
» otro mas dichoso, y prolongados abra-
» zos estrechen la liana y la encina. »

Entónces me dijo ella : « No soy la
» vírgen de los postreros amores : ¿ eres
» tú cristiano? » Le respondí, que no habia abandonado los Genios de mi cabaña. A estas palabras hizo un movimiento involuntario, diciendo : « Tengo sentimien-
» to de que seas idólatra. Mi madre me
» hizo cristiana : me llamo Atala, hija de
» Simaghan, el de los braceletes de oro,
» gefe de estas tropas, que vuelven á
» Apalachucla, donde has de ser quema-
» do. » Al pronunciar estas palabras, se levantó y partió.

Aquí Cháctas se vió precisado á interrumpir su narracion, pues acumulándose sobre su alma mil recuerdos, saliéron de sus cerrados ojos dos fuentes de lágrimas,

que caian por sus marchitas mejillas, á la manera que dos manantiales, ocultos en la profunda noche de la tierra, se descubren por las aguas que van filtrando entre lás rocas. — Hijo mio, prosiguió diciéndo: Ya ves que Cháctas es muy poco sabio, á pesar de su reputacion. ¡Ay mi querido hijo! los hombres aun cuando no pueden ver, pueden todavía llorar. Pasáronse muchos dias, y la hija del sachem venia todas las noches á hablarme junto á la hoguera. El sueño habia huido de mis ojos, y Atala estaba en mi corazon tan grabada, como el recuerdo de la casa de mis padres.

Al décimo séptimo dia de marcha, hácia el tiempo en que sale de las aguas la mosca pasagera, pisamos la gran sábana Alachua, cercada de collados, que huyendo unos de otros, y elevándose hasta las nubes, están cubiertos de bosques frondosos, de graderías de copaybas, limones, magnolias y verdes encinas. El gefe dió el grito de llegada, y las tropas acampáron al pié de las colinas. A mí me retiráron á

alguna distancia, junto á uno de los *pozos naturales*, tan famosos en las Floridas. Atado al pié de un árbol, un soldado velaba siempre impaciente en mi guarda. Apénas estaba algunos instantes en este sitio, cuando Atala apareció sobre los estoraques de la fuente. « Cazador, dijo » al héroe muscogulgo, si quieres perse» guir los machos monteses, yo quedaré » guardando al prisionero. » El soldado salta de gozo á esta expresion de la hija de su gefe, y, bajando por la colina, se adelanta hácia la llanura.

¡ O extraña condicion del corazon humano! Yo que deseaba decir los secretos del misterio á la que ya amaba como al sol, ahora turbado y confuso, casí preferiria ser arrojado á los cocodrilos de la fuente, al verme solo de esta manera con Atala. La guarda del hombre del desierto estaba tan turbada como el prisionero : el silencio sellaba nuestros labios, porque los Genios del amor nos habian dejado sin palabras. Al fin, haciendo un esfuerzo, la hija del belicoso Simaghan habló así : « Sol-

» dado, estás debilmente aprisionado, y
» con facilidad puedes lograr tu fuga. »
Estas palabras volviéron la fuerza á mi lengua, y respondí: « Muger, ¡ débilmente
» aprisionado! »... y no supe como acabar.
Atala, dudosa algunos momentos, dijo: « Sálvate: » y me desató del tronco del árbol. Yo recogí la cuerda, y la puse en en las manos de la extrangera, obligándola á que sus hermosos dedos estrechasen mi cadena. « Tomadla, exclamé, tomadla. »
« Eres un insensato, dijo Atala, con voz
» perturbada: ¿ no sabes que han de que-
» marte, desdichado? ¿ Que es lo que in-
» tentas? ¿ No reflexionas que soy la hija
» de un terrible sachem? » « Hubo un
» tiempo, repliqué llorando, en que tam-
» bien mi madre me llevaba sobre sus espal-
» das en una piel de castor. Mi padre poseia
» tambien una hermosa choza, y sus ma-
» chos monteses bebian el agua de mil
» arroyos: mas ahora errante, no tengo
» patria. Cuando ya no exîsta, no habrá
» siquiera un amigo que coloque sobre mi
» cuerpo un poco de yerba, para libertar-

» lo de los insectos : el cadáver de un
» extrangero desgraciado á nadie inte-
» resa. »

Estas palabras enterneciéron á Atala, y sus lágrimas bajáron á unirse con el agua de la fuente. « ¡Ah, añadí con ener-
» gía, si vuestro corazon hablase como el
» mio! ¿El desierto no es libre? ¿En su
» verdoso adorno no tienen los bosques
» sitios á propósito para ocultarnos? ¿Tan-
» to se necesita, para que sean dichosos
» los hijos de las cabañas? ¡O muger,
» mas hermosa que el primer sueño del
» esposo! querida mia, determínate á se-
» guir mis pasos en la soledad. » Estas fuéron mis palabras, á que Atala respondió con voz tierna: « Mi jóven amigo, tú
» has aprendido el lenguage de los blan-
» cos, ¡y es tan facil engañar á una in-
» dia! » « ¿Por que, exclamé, me llamas
» tu joven amigo? ¡Ah! si un pobre es-
» clavo.... » « Bien, dijo, inclinándose
» hácia mí, un pobre esclavo.... » Díjela
» con vehemencia : « Dame una sola
» muestra de tu fé con un ósculo. » Atala

escuchó mi súplica; y como un cervatillo parece estar pendiente de las flores de lianas, que ha asido con su delicada lengua en lo escarpado del monte, así quedé yo pendiente de los labios de mi querida.

¡Ay, hijo, la dicha no dista mucho del infortunio¡ ¿ Quien podria creer, que el momento en que Atala me daba la primera prenda de su amor, fuera el mismo que eligiese para hundir el puñal en mi pecho? ¡Blancos cabellos del anciano Cháctas, cual fué vuestro asombro, al oir pronunciar estas palabras á la hija del desierto! « Hermoso prisionero, yo he cedido locamente á tu deseo; pero ¿ adonde nos » conducirá esta pasion naciente? Mi religion me separa para siempre de tí. » ¿ Madre mia, que hiciste? » Atala calló de repente, y contuvo no sé que fatal secreto, que iba á salir de su boca. Sus palabras me sumergiéron en una desesperacion tanto mas prófunda, cuanto habia sido mas viva mi esperanza. « Está bien, » exclamé : he de igualarte en crueldad; » no esperes que huya : tus ojos me verán

» en el recinto del fuego, tu oido escu-
» chará el rechinar de mis miembros, y
» tu corazon se llenará de alegría. » Atala estrecha mis manos con las suyas exclamando: « ¡Pobre idólatra, verdaderamente
» me causas compasion! ¿Quieres que
» llore todo mi corazon¿ ¡Que lástima no
» poder huir contigo! ¡ El seno de tu ma-
» dre, Atala, ha sido desgraciado! ¿por
» que no te arrojas al cocodrilo de esa
» fuente? »

En aquel momento empezaban á escucharse los rugidos de los cocodrilos, al ponerse el sol, y Atala me dijo: « Dejemos
» esta negra gruta. » Y yo conduje á la hija de Simaghan al pié de los collados, que formaban golfos de verdura, adelantando sus promontorios hácia la sábana. En el desierto todo reposaba, todo era magnífico, melancólico y solitario. La cigüeña gritaba desde su nido, los bosques resonaban con el canto monótono de las codornices, el silbido de los pagagayos, el bramido de los bisontes y el relincho de las yeguas siminoles.

Nuestro paseo fué silencioso: Atala caminaba á mi lado teniendo asida la punta de la cuerda, que le obligué á tomar. Alguna vez nuestros ojos derramaban lágrimas; ya buscábamos una sonrisa, ya una mirada, que al instante se fijaba en el cielo, ó se clavaba en la tierra. Un oido atento al canto de los pajarillos, un ademan hácia el occidente, una mano estrechada con ternura, un pecho ya palpitante, ya tranquilo; los nombres de Cháctas y de Atala dulcemente repetidos por intervalos... ¡O primer paseo del amor dado con Atala en el desierto! ¡Muy poderoso debe ser tu recuerdo, cuando despues de tantos años de infortunio, conmueves todavía el corazon del anciano Cháctas!

¡Cuan incomprehensible es un corazon agitado por las pasiones! Por volver á ser libre, acababa de abandonar al generoso López, y de exponerme á riesgos sin límite: las miradas de una muger trastornan en un instante mis inclinaciones, mis propósitos y mis ideas, olvidan-

do á mi pais, mi madre, mi cabaña, y aun la horrible muerte que me aguardaba: me sentia indiferente á todo lo que no fuese Atala. Sin valor para elevarme á la razon de hombre, habia caido repentinamente en una especie de infancia; y léjos de hacer por mí mismo cosa alguna, casí necesitaba que cuidasen de mi descanso y de mi alimento.

Despues de recorrer la sábana, arrojándose Atala á mis pies, me suplicó de nuevo que huyese; pero fué en vano, pues le protesté, que yo mismo me volveria al campo, si rehusaba atarme otra vez al pié del árbol. Así se vió precisada á ceder á mi ruego, esperando convencerme en otra ocasion.

Al dia siguiente á este, que decidió el destino de mi vida, las tropas hiciéron alto en un valle poco distante de Cuscowilla, capital de los siminoles, indios que unidos á los muscogulgos, forman con ellos la confederacion de los creeks. A la media noche, vino á buscarme la hija del pais de las palmas, y me condujo á un

bosque de pinos, donde renovó sus ruegos para obligarme á que huyese. Sin responderle una palabra, estrecho su mano con la mia, y obligo á esta cervatilla conmovida á recorrer conmigo todo el bosque. La noche era deliciosa: el Genio de los vientos sacudia sus azules cabellos embalsamados en la fragrancia de los pinos, y se respiraba el suave olor del ámbar, que exhalaban los cocodrilos recostados bajo los tamarindos de los rios. La luna brillaba en medio de un campo azul sin mancha, y su luz griz-de-perla fluctuaba sobre la incierta cima de los bosques: no se percibia otro ruido, que una lejana armonía que reynaba en lo profundo del bosque; podia decirse que el alma de la soledad sollozaba en toda la extension del desierto.

Por entre los árboles vemos un jóven, que, con una antorcha en la mano, se parecia al Genio de la primavera, recorriendo los bosques para reanimar la naturaleza. Era un amante, que iba á saber su suerte á la cabaña de su querida. Si la doncella

apagaba la antorcha, era señal de aceptar el esposo: si se cubria sin apagarla, desechaba los deseos ofrecidos. El guerrero deslizándose por entre las sombras, cantaba así á media voz:

Al rayar el dia, ya estaré yo en la cima del monte, para sorprender á mi paloma solitaria sobre las ramas del bosque. — He prendido á su garganta un collar de porcelanas (1)*, que tiene ensartados tres granos rojos para mi amor, tres morados para mis temores, y tres azules para mis esperanzas. — Mila tiene los ojos de un armiño, y la cabellera como un campo de arroz: su boca es una concha de rosa guarnecida de perlas: sus dos pechos como dos cabritillos sin mancha, nacidos en un dia de una misma madre. — ¡ Ojalá apague Mila esta antorcha, y su boca derrame sobre ella una sombra deliciosa! Yo fecundaré su seno: de su materno pecho penderá la esperanza de la patria, y sobre la cuna de mi*

(1) Especie de conchitas.

hijo fumaré en mi calumet [1] *de paz.* — *Al rayar el dia, ya estaré yo en la cima del monte, para sorprender á mi paloma solitaria sobre las ramas del bosque.*

Así cantaba el jóven, cuyos acentos penetráron de turbacion mi alma, y alteráron el rostro de Atala; pero de esta escena nos distrajo otra no ménos peligrosa para nosotros. Pasábamos junto al sepulcro de un niño, que en la soledad servía de límite á dos naciones, y estaba colocado, segun costumbre, á la orilla del camino publico, para que las jóvenes al ir á la fuente, pudiesen atraer á su seno el alma de la inocente criatura, para devolverla á su patria. En aquel momento estaban allí algunas reciencasadas, que anhelando las dulzuras de la maternidad, y entreabriendo sus labios, querian recoger el alma del niño, que se figuraban ver vagar por entre las flores. Todas hiciéron lugar á la verdadera madre, que, dexando sobre el sepulcro un haccecito de maiz y blancos

(1) Especie de pipa.

lirios, regó el suelo con leche; y, sentándose despues en el húmedo césped, dijo á su hijo con voz enternecida.

¿Por que te lloraria yo, recien nacido mio, en tu cuna de barro? Cuando el pajarito crece, es preciso que busque el alimento, y en el desierto encuentra bastantes granos amargos. A lo ménos tú no has conocido las lágrimas: tu corazon no ha estado expuesto al soplo devorador de los hombres. El boton que se seca ántes de abrir su capullo, pasa con toda su fragrancia, como tú, hijo mio, con toda tu inocencia. ¡Dichosos los que mueren en la cuna, sin conocer mas que los besos y caricias de su madre!

Cediendo en fin á nuestro corazon, nos oprimiéron estas imágenes de amor y maternidad, que la noche seguia representándonos en la deliciosa soledad, para mayor confusion nuestra. Mis brazos condujéron á Atala al centro de los bosques, y le dije cosas, que en vano querria ahora que repitiesen mis labios. El viento de mediodía, querido hijo, pierde su ardor al pa-

sar por valles cubiertos de yelo; y los recuerdos del amor en el corazon de un anciano, son como los fuegos del astro del dia reflexados por el apacible disco de la luna, quando el sol se ha ocultado, y reyna la melancolía en las chozas de los salvages.

¿Quien podia salvar á Atala, quien libertarla de ceder á la naturaleza? Solamente un milagro, y este se verificó. La hija de Simaghan recurrió al Dios de los cristianos, y arrodillada en tierra hizo una fervorosa oracion, dirigida á su madre, á la reyna de las vírgenes. Desde este momento, René, concebí una idea maravillosa de esta religion, que, en los bosques y en medio de todas las privaciones de la vida, pudo colmar de mil bienes á dos desgraciados: de esta religion, que, con solo oponer al torrente impetuoso de las pasiones, basta para vencer las inclinaciones mas fogosas, aun quando las favorece el secreto del bosque, la ausencia de los hombres y el silencio de las sombras. ¡Ah, que divina me pareció la simple salvage,

la sencilla Atala, que, de rodillas delante de un pino derribado, como si fuera un altar, por entre las cimas de los árboles, dirigia á Dios sus ruegos por un amante idólatra. Sus ojos levantados hácia el astro de la noche, sus mejillas brillantes con las lágrimas de la religion y del amor, estaban bañadas de una belleza inmortal. Muchas veces me pareció, que iba á alzar el vuelo hácia los cielos: me figuré ver bajar sobre los rayos de la luna, y escuchar entre las ramas de los árboles á esos Genios, que el Dios de los cristianos envia á los ermitaños de los desiertos, cuando desea llamarlos á sí; y me entristecia al pensar, que Atala no podia vivir mucho tiempo sobre la tierra.

Entre tanto derramaba ella tantas lágrimas, se me mostraba en tal colmo de desgracia, que acaso iba á consentir en separarme, cuando resonó en el bosque el grito de muerte, y se arrojáron sobre mí cuatro hombres armados: habíamos sido descubiertos, y dado órden el gefe de la guerra, para que nos persiguiesen.

Atala, semejante á una reyna en su magestuoso ademan, desdeñó el hablar á estos soldados. Mirólos con altivo desden, y se dirigió en busca de su padre.

Nada pudo lograr de él : mis guardas se dobláron, multiplicáronse mis cadenas, y separáron á mi amante. Cinco noches pasáron hasta que divisamos á Apalachucla, situada sobre la ribera del rio Chata-Uche. Al instante me coronan de flores, me pintan el rostro de azul y bermellon, me cuelgan perlas en nariz y orejas, y ponen en mi mano un chichicué (1).

Adornado así para el sacrificio, entré en Apalachucla entre la algazara de la tropa. Pocos instantes me restaban de vida, cuando de repente suena un caracol, y el mico, ó gefe de la nacion, ordena que se junte el consejo.

Ya sabes, hijo mio, los tormentos que los salvages hacen sufrir á los prisioneros de guerra. Los misioneros cristianos, á riesgo de su vida y con una caridad infati-

(1) Instrumento músico de los salvages.

gable, habian llegado á introducir en muchas naciones una esclavitud bastante suave en lugar de los horrores de la hoguera. Los muscogulgos no habian adoptado aun esta costumbre; pero se habia declarado por ella un partido numeroso. El mico convocaba á los sachems para este importante negocio; y yo fuí tambien conducido al sitio de las deliberaciones.

En un cerro aislado á corta distancia de Apalachucla, se levantaba el pabellon para el consejo. Tres órdenes de columnas de cipres labrado y esculpido, formaban la elegante arquitectura de esta rotunda: su altura y diametro se aumentaban á medida que, disminuyendo en número, se acercaban al centro, sostenido por un solo pilar. De sus remates salian unas fajas de corteza de árboles, que, pasando por encima de las demas columnas, cubrian el pabellon en forma de abanico calado.

El consejo se junta: cincuenta ancianos con soberbios mantos de castor se colocan en aquella especie de graderías, de frente á la puerta del pabellon. El gran gefe

sentado en el centro, tiene en sú mano el calumet de paz, medio pintado para la guerra. A la derecha de los ancianos, se sientan cincuenta mugeres cubiertas de una vestidura ondeada de plumas de cisne. Los gefes de la guerra con el tomahawak en la mano, el penacho sobre la cabeza, las manos y el pecho teñidas en sangre, toman la izquierda de los padres de la patria.

Al pié de la coluna central arde el fuego del consejo. El primer agorero rodeado de ocho guardas del templo, vestido de ropa talar, y llevando un buho atado sobre la cabeza, derrama en la llama el bálsamo de copayba, y ofrece un sacrificio al sol. Las tres clases de ancianos, matronas y guerreros, los sacerdotes, las nubes de incienso y el sacrificio; todo daba á este consejo salvage una ostentacion extraordinaria y pomposa.

Yo estaba encadenado en medio de todos. Concluido el sacrificio, el mico toma la palabra, expone con sencillez el motivo por que ha hecho reunir el consejo, y ar-

roja un collar azul en medio del salon, en prueba de lo que ha dicho.

Entónces se levanta un sachem de la tribu del águila, y habla así :

« Mico, padre mio; sachems, matro-
» nas, guerreros de las cuatro tribus del
» águila, del castor, de la serpiente y de
» la tortuga, no alteremos en nada las
» costumbres de nuestros abuelos : que-
» memos al prisionero, y no afeminemos
» nuestro valor. Se os propone una cos-
» tumbre de los blancos, y no puede dejar
» de seros perniciosa. Dadme un collar
» rojo que contenga mis palabras. He
» dicho. » Entónces arrojó un collar rojo en la asamblea.

Una matrona se levanta, y dice :

» Padre mio el águila; vos teneis la
» penetracion de un raposo, y la pru-
» dente lentitud de una tortuga. Quiero
» ilustrar la amistad que hay entre vos
» y entre mí, para plantar el árbol de la
» paz. Pero alteremos las costumbres de
» nuestros abuelos en cuanto sean funes-
» tas : tengamos esclavos que cultiven

» nuestros campos; pero no lleguen mas
» á nuestro oido los gritos del prisionero,
» que estremecen las entrañas de las ma-
» dres. He dicho. »

A la manera que con la tempestad se estrellan unas con otras las olas del mar; que en el otoño son arrebatadas por el torbellino las hojas secas de los árboles; que las cañas del Meschacebé caen, y se levantan en una inundacion repentina; y del mismo modo que brama una grán manada de ciervos en el centro del bosque; así se agitaba y murmullaba el consejo. Sachems, soldados, matronas, todos hablan sucesivamente y á un tiempo mismo. Los intereses se encuentran, las opiniones se dividen, y la asamblea vá á disolverse. Mas al fin triunfa el antiguo uso, y se decide, que el prisionero sea quemado con los tormentos acostumbrados.

Retardó mi suplicio la circunstancia de estar próxîma la *fiesta de los difuntos*, ó *el festin de las almas*: era uso no matar cautivo alguno durante los dias consagrados á esta gran ceremonia. Mi custodia se

encargó á una guardia rigurosa, y sin duda los sachems alejáron á la hija del Simaghan, porque no volví á verla.

Entre tanto iban reuniéndose, para celebrar el festin de las almas, naciones de mas de trescientas leguas en contorno. Se habia levantado una gran choza en un sitio desviado del desierto. El dia señalado, cada cabaña desenterró de los sepulcros particulares los restos de sus padres, y colgáron los esqueletos por órden y por familias en las paredes de la *sala comun de los abuelos*. Habian elegido cabalmente el momento de una tempestad; y los vientos, los bosques, las cataratas bramaban por fuera, en tanto que ancianos de diferentes naciones ajustaban entre sí tratados de comercio, de paz y de alianza sobre los huesos de sus padres.

Celébranse los juegos fúnebres de la carrera, la pelota y las tabas. Dos doncellas juegan á arrebatarse una varita de sauce: sus senos se estrechan, sus bocas se encuentran, y sus manos dan vueltas al rededor de la varita levantada sobre sus

cabezas. Se entrelazan sus hermosos y desnudos pies, sus alientos se confunden, se inclinan y juntan sus cabelleras: en seguida miran á sus madres, el rubor [1] sonrosea sus mejillas, y el concurso las aplaude. El agorero invoca á Michabú, genio de las agũas: refiere las guerras de la gran liebre contra Kitchimanitú, dios del mal. Canta al primer hombre, y á la hermosa Atahensica, la primera muger, arrojados del cielo por haber pérdido la inocencia: á la tierra manchada con la sangre fraternal: al impío Juskeka inmolando al justo Tahuitsaron: al diluvio cayendo á la voz del grande Espíritu: á Massú, que se salvó solo en su canoa de corteza, y al cuervo enviado para descubrir la tierra. Cantó tambien á la hermosa Endae, sacada de la morada de las almas por las dulces canciones de su esposo.

Concluidos estos juegos y cánticos, se trata de dar eterna sepultura á los abue-

(1) El rubor es muy conocido entre las jóvenes salvages.

los. En las riberas del rio Chata-Uche, se veia una higuera silvestre consagrada por el culto de los pueblos. Las doncellas acostumbraban lavar en este sitio sus vestidos de corteza, y tenderlos al soplo del desierto sobre las ramas del añoso árbol; y en este mismo lugar habian cavado un espaciosísimo sepulcro. Salen del salon fúnebre entonando el hymno de muerte; cada familia lleva algun pedazo sagrado, y hasta los niños mas tiernos van cargados con los huesos de sus padres. Cuando esta procesion solemne llega á la tumba, van bajando á ella las reliquias; las extienden á capas; las separan con pieles de osos y de castores; se levanta el monte del sepulcro, y se planta el árbol del llanto y del sueño.

Compadezcamos á los hombres, querido hijo: estos mismos indios, cuyas costumbres son tan interesantes, las mismas mugeres, que me habian manifestado una compasion tan viva, pedian ahora en altas voces mi suplicio; y retardaban su partida naciones enteras, por disfrutar el

placer de ver sufrir tormentos espantosos á un jóven desventurado.

En un valle situado hácia el norte, á corta distancia del gran Pueblo, se levanta un bosque sombrío de cipreses y pinos, llamado el *bosque de la sangre*. Para llegar á él, se atraviesa por las ruinas de un antiguo monumento, edificado en el desierto por un pueblo desconocido. En el centro del bosque se forma un vasto circo, donde son sacrificados los prisioneros de guerra, y al qual fuí conducido en triunfo: todo se apresta para mi muerte; se planta el pilar de Areskui; los pinos, los olmos, los añosos cipreses caen al golpe de la segur, y se levanta la pira; los espectadores forman anfiteatros con ramas y troncos de árboles; cada uno inventa su suplicio: quien se propone arrancarme la piel del cráneo, quien abrasarme los ojos con teas encendidas, y yo principio mi cancion de muerte.

« No temo los tormentos, muscogulgos;
» tengo valor, os desafío y desprecio mas
» que si fuerais mugeres: mi padre el fa-

» moso Utalissi, hijo de Miscú, ha bebi-
» do en el cráneo de vuestros mas famo-
» sos guerreros : no, no espereis arrancar
» de mi corazon un solo suspiro.

Irritado con mi cancion, un soldado me hiere el brazo con una flecha, y le digo : « Hermano, te doy las gracias. »

A pesar de la actividad de los verdugos, los preparativos del suplicio no pudiéron concluirse ántes de ponerse el sol. Consultóse al agorero, y habiendo este prohibido, que se inquietase el silencio de los Genios de las sombras, mi muerte se difirió hasta el dia siguiente. Con la impaciencia de disfrutar del espectáculo, y para estar mas prontos al tiempo de salir la aurora, nadie dejó el bosque de la sangre. Encendiéronse hogueras, y principiáron los festines y danzas.

A mí entre tanto me tendiéron de espaldas en el suelo : las ataduras que ligaban mi cuello, mis pies y brazos, se reunian en unas estacas clavadas á alguna distancia. Habia soldados recostados sobre estas ataduras, y no era posible moverme

sin que lo advirtiesen. Adelantándose la noche, las canciones y danzas cesan por grados; las hogueras no despiden sino una llama bermeja, á cuyo resplandor se distinguen aun las sombras de algunos salvages errantes. Al fin todo reposa: á medida que cesa el ruido de los hombres, crece el del desierto; y al tumulto de las voces suceden en los bosques los silbidos del viento.

Era la hora, en que la jóven salvage, que acaba de ser madre, se levanta sobresaltada, porque cree oir los gritos de su reciennacido pidiéndole el dulce sustento. Estaba yo haciendo reflexiones sobre mi destino con los ojos clavados en el cielo, donde la luna vagaba entre las nubes. Atala debia representarse como un monstruo de ingratitud, al que se habia entregado á las llamas ántes que dejarla.... ¡ Abandonarme en el momento de mi suplicio!... Sin embargo sentia que la amaba aun, y que moria alegre por ella.

En los excesivos placeres hay un aguijon que nos punza, para avisarnos que

aprovechemos un corto instante : en los grandes dolores al contrario hay no sé que peso, que nos aletarga : los ojos cansados de llorar se cierran naturalmente; y así hasta en los infortunios se hace sentir la mano de la providencia. Por último cedí al pesado sueño, que alguna vez prueban los desventurados. Soñaba que desataban mis ligaduras, y creia sentir el consuelo que dá una mano bienhechora, cuando nos liberta de hierros que oprimen fuertemente.

Tan intensa fué la sensacion, que me hizo abrir los ojos, y al pálido resplandor de la luna, que por entre dos nubes despedia uno de sus rayos, entreví una figura blanca, inclinada hácia mí, y ocupada en desatar mis ligaduras silenciosamente. Iba á gritar, cuando selló mis labios una mano que al instante reconocí. Quedaba solo una cuerda, pero parecia imposible romperla sin tocar á un soldado, que la cubria enteramente con su cuerpo. La toma Atala : medio se despierta el soldado, y se incorpora; ella queda inmóvil, y lo mira.

El indio la tiene por el Espíritu de las ruinas, se recuesta otra vez, y cerrando los ojos invoca á su Manitú. Rota la cuerda, me levanto, y sigo á mi libertadora; pero ¡cuantos riesgos nos cercan! ya estamos para tropezar con los salvages dormidos, ya un guarda nos pregunta, y Atala responde desfigurando la voz: los niños gritan, y los perros ladran por donde pasamos. No bien hemos salido del recinto fatal, cuando los alaridos hacen estremecer el bosque: el campo se despierta; se encienden fuegos; por todas partes se ven correr salvages con hachas encendidas; y nosotros aceleramos la huida.

Al rayar la aurora en el oriente, estábamos ya distantes en el desierto. ¡Grande espíritu! ¡vos sabeis cuàl fué mi dicha, cuando otra vez me encontré en la soledad con Atala, con mi libertadora Atala, que se hacia mia para siempre! Las palabras faltáron á mi lengua, y arrodillado ante la hija de Simaghan, la dije: « Los hom-
» bres son cosa muy pequeña; pero cuan-
» do los Genios los visitan, entónces

» nada son : vos sois un Genio, me habeis » venido á visitar, y no puedo hablar en » vuestra presencia. » Atala extendió hácia mí su mano con una risa melancólica : « Es preciso, me dijo, que os siga, » puesto que no quereis huir sin mí. Esta » noche he ganado al agorero con dádivas, » y embriagado á tus verdugos con esen- » cia de fuego [1], arriesgando mi vida por » tí, ya que habias dado por mí la tuya. » Sí, jóven idólatra, añadió con un tono » terrible, el sacrificio será recíproco. »

Atala me entregó las armas que habia traido consigo, curando en seguida mi herida. Al enjugarla con una hoja de papaya, la humedecia de nuevo con sus lágrimas, y yo la dije : « Tú derramas un » bálsamo sobre mi herida. » « Temo, » respondió, no sea un veneno : él sale de » mi corazon. » Rasgó despues un velo de los que cubrian su seno, y formando un cabezal, lo apretó con un lazo de sus cabellos.

(1) Aguardiente.

Acaso la embriaguez que dura mucho en los salvages, y es para ellos una especie de enfermedad, les estorbó el seguirnos los primeros dias; y si despues nos buscáron, fué sin duda hácia el occidente, persuadidos de que habríamos bajado hácia el Meschacebé. Pero cabalmente tomamos el camino hácia la estrella inmóvil (1).

No tardamos en conocer cuan poco se habia ganado con mi libertad. El desierto desplegaba á nuestra vista soledades sin límites. ¿Cual habia de ser nuestra suerte en aquellas selvas, sin experiencia en la vida de los bosques, descarriados de camino seguro, y vagando á la ventura? Muchas veces, mirando á Atala, me acordaba de la antigua historia de Agar (que habia leido en casa de López), cuando llegó al desierto de Bersabé, allá en tiempos remotos, en que los hombres vivian tres edades de una encina.

Atala me hizo un manto de la corteza interior del fresno, porque estaba casi

(1) El norte.

desnudo. Me bordó unas mocasinas [1] de piel de raton de almizcle, con pelo de puerco espin. Yo por mi parte cuidaba de sus adornos: ya le ponia sobre la cabeza una guirnalda de las malvas azules que encontrábamos por el camino, ó en los cementerios indios abandonados; ya le hacia collares de granos rojos de azalea, y despues me sonreia contemplando su maravillosa hermosura.

Cuando encontrábamos algun rio, lo pasábamos en una balsa, ó á nado: Atala apoyaba sobre mi espalda una de sus manos, y como dos cisnes viageros atravesábamos las aguas solitarias. Muchas veces buscábamos un asilo contra el excesivo calor debajo del musgo de los cedros. Casí todos los árboles de la Florida, en especial los cedros y la encina verde, están cubiertos de una especie de tela blanca, que llega desde sus ramas hasta el suelo. Cuando por la noche, á la claridad de la luna, se distingue una de estas encinas en medio

(1) Calzado de los indios.

de una sábana, parece que se presenta un fantasma, arrastrando tras sí largos velos. La escena no es ménos pintoresca con la luz del sol, cuando asiéndose á esta tela una multitud de mariposas, de moscas resplandecientes, de periquitos verdes y grajos azulados, presenta con ellos el mismo efecto, que un tapiz de lana blanca, en que el artista europeo hubiese bordado insectos y pájaros de colores sobresalientes.

Bajo de estas maravillosas posadas, dispuestas por el grande Espíritu en medio de la soledad, descansábamos á mediodía, miéntras los vientos bajaban del cielo á mecer este gran cedro. Cuando el castillo flotante edificado en sus ramas se movia con los páxaros y viageros dormidos, saliendo mil suspiros de los corredores y bóvedas de la móvible fábrica, no podian compararse con este monumento del desierto las siete maravillas del antiguo mundo.

Por las noches encendíamos una grande hoguera, y formábamos nuestra choza de viage con una corteza, levantada sobre

quatro estacas. Si habia yo muerto un pavo ó paloma torcaz, ó un faysan del bosque, lo colgábamos delante del fuego en la punta de una vara clavada en el suelo; y dejábamos al viento el cuidado de dar vuelta á la presa del cazador. Comíamos ovas, llamadas *intestinos de roca*, cortezas azucaradas de álamo blanco, y manzanas de mai, que saben á melocoton y á frambuesa mezclados. El nogal negro, el zumaque y el arce, proveian de vino nuestra mesa solitaria. Algunas veces iba á buscar entre las cañas una planta, cuya flor, prolongada á manera de trompeta, contenia un vaso del mas puro rocío. Bendecíamos á la Providencia, que sobre el vástago de una flor habia colocado fuente tan pura, en medio de las lagunas corrompidas; así como ha puesto la esperanza en medio de los corazones ulcerados por la tristeza, y ha hecho brotar la virtud del seno de las miserias de la vida.

No tardé en descubrir que me engañaba la aparente tranquilidad de Atala. Su me-

lancolía iba creciendo, á medida que nos internábamos en el desierto. Freqüentemente se sobresaltaba sin motivo, volviendo precipitadamente la cabeza. Si la sorprendia fijando sobre mí una mirada llena de pasion, al instante la clavaba en el cielo con una profunda tristeza. Lo que mas me desalentaba era una especie de secreto ó idea, que ocultaba en el fondo de su alma, y que se traslucia en sus ojos. Siempre atrayéndome y aléjandome, animando y destruyendo mis esperanzas, cuando creia haber adelantado algo en su corazon, me encontraba en el mismo estado. Cuantas veces me dijo: « ¡ Cháctas
» mio, te amo como á la sombra de los
» montes en medio del dia! Eres her-
» moso como el desierto con todas sus
» flores y vientecillos. Si me recuesto
» sobre tí, tiemblo; si mi mano toca
» la tuya, me parece que voy á morir.
» El otro dia, cuando descansabas re-
» costado en mi seno, impelió el viento
» tus cabellos hácia mi rostro; y me fi-
» guré que sentia el ligero tacto de los

» Espíritus invisibles. He visto las cabras
» de la montaña de Ocon, he oido los
» discursos de los hombres experimenta-
» dos en la vida; pero la dulzura de los
» cabritillos, y la sabiduría de los ancia-
» nos, son ménos agradables, ménos enér-
» gicos que tus palabras. Con todo esto,
» pobre Ch
áctas, yo no seré jamas tu es-
» posa. »

Las perpétuas contradicciones del amor y religion de Atala; los extremos de su ternura, y la pureza de sus costumbres; la entereza de su carácter, y su profunda sensibilidad; la elevacion de su alma en las cosas grandes, y su nimiedad en las pequeñas: todo la hacia para mí un ser incomprensible. Atala no podia cobrar sobre un hombre un ascendiente débil: llena de pasiones, estaba llena de influencia: era preciso ó adorarla, ó aborrecerla.

Despues de quince noches de una marcha precipitada, entramos en la cordillera de los montes Aligánis, y llegamos á uno de los brazos del Tenaso que se precipita en el Ohío. Ayudado de los consejos

de Atala fabriqué una canoa : la calafateé con goma de árboles, despues de haber recosido las cortezas con raices de abeto ; en seguida me embarqué con Atala, y nos abandonamos à la corriente del rio.

A nuestra izquierda se dejaba ver, á la vuelta de un promontorio, la poblacion de Stico, con sus tumbas piramidales y chozas arruinadas : à la derecha dejamos el valle de Keow, que termina por la perspectiva de las cabañas de Jore, suspendidas en la cima de la montaña de su nombre. El rio en que navegábamos, corria entre altos peñascos, y al cabo de ellos se divisaba el sol que iba á ponerse. La presencia del hombre no habia inquietado estas profundas soledades, y á nadie vimos sino á un indio cazador, que, apoyado sobre su arco, é inmóvil en la punta de una roca, parecia una estatua erigida en la montaña al Genio de los desiertos.

Atala y yo juntamos nuestro silencio á esta escena del mundo primitivo, cuando de repente la hija del desierto hizo resonar en los ayres una voz llena de emo-

cion y de melancolía, que cantaba á la patria ausente.

¡ Dichosos los que no han visto el humo de las fiestas del extrangero, y no se han sentado sino en los festines de sus padres !

Si el grajo azul del Meschacebé dijese á la nomparella de las Floridas : ¿ por que te quejas tan tristemente ? ¿ no disfrutas aquí de hermosas aguas, de bellas sombras, y toda suerte de alimentos ? Sí, responderia la nomparella fugitiva ; pero mi nido está en el jazmin : ¿ quien me lo traerá ? y ¿ tú tienes el sol de mi sábana ? — ¡ Dichosos los que no han visto el humo de las fiestas del extrangero, y no se han sentado sino en los festines de sus padres !

Despues de algunas horas de penoso caminar, el viagero se sienta ; tristemente contempla al rededor de sí las casas de los hombres, y ¡ él no tiene donde reclinar su cabeza ! Llama á algunas cabanas, deja su arco detras de la puerta, y pide hospitalidad : el dueño le hace una señal

con la mano : el viagero toma otra vez su arco, y se vuelve al desierto. — ¡ Dichosos los que no han visto el humo de las fiestas del extrangero, y no se han sentado sino en los festines de sus padres !

Historias maravillosas referidas en torno del hogar, tiernos desahogos del corazon, eternas inclinaciones de amar tan necesarias á la vida, ¡ vosotras habeis colmado los dias de los que no dejáron su pais nativo ! ¡ Sus sepulcros están en su patria con el sol que se pone, con el llanto de sus amigos y con los encantos de la religion ! — ¡ Dichosos los que no han visto el humo de las fiestas del extrangero, y no se han sentado sino en los festines de sus padres !

Así cantaba Atala : nada interrumpia sus quejas, sino el movimiento imperceptible de nuestra canoa en las aguas. Solo en dos ó tres parages fuéron recogidas por un débil eco, que las envió á otro segundo mas débil, y este á otro tercero mas débil todavía. Parecia que las almas de dos amantes, en otro tiempo desafortunados

como nosotros, atraidas por esta melodía interesante, se entretenian en repetir sus últimos acentos en la montaña.

Entre tanto la soledad, la presencia contínua del objeto amado, nuestras desgracias mismas redoblan á cada momento nuestro amor. Las fuerzas de Atala comenzaban á desfallecer, y las pasiones iban á triunfar de sus virtudes cristianas, debilitando su cuerpo. Continuamente imploraba á su madre, cuya sombra irritada parecia querer aplacar. Alguna vez me preguntaba, si oia una voz doliente, y si veia salir llamas de la tierra. Yo por mi parte, consumido de fatigas, ardiendo en deseos, y pensando que acaso estaba perdido sin recurso en estos bosques, estuve mil veces tentado de estrechar á mi esposa entre mis brazos. Cien veces la propuse que edificásemos una choza en estos desiertos para habitarla juntos; pero siempre encontraba resistencia. « Piensa, me » decia, amigo mio, que un soldado se » debe todo á su patria. ¿Que es una dé- » bil muger respeto de las obligaciones

» que tú debes llenar? Cobra esfuerzo,
» hijo de Utalissi, no murmures contra
» tu destino: el corazon del hombre es
» como la esponja del rio, que ya bebe
» agua cristalina en tiempo de serenidad,
» ya se empapa de agua cenagosa, cuando
» la lluvia ha enturbiado las ondas. La
» esponja ¿tiene por ventura el derecho
» de decir: creia que jamas hubiese ha-
» bido tempestades, y que el sol no seria
» ardiente? »

¡O René, si temes las turbaciones del corazon, no te fies del retiro de las selvas! las grandes pasiones son solitarias, y transportarlas al desierto, no es mas que restituirlas á su imperio. Oprimidos de cuidados y temores, expuestos á caer en las manos de indios enemigos, á ser sumergidos en las aguas, mordidos por las serpientes, devorados por las fieras, encontrando difícilmente un escaso alimento, y no sabiendo adonde dirigir los pasos, nuestros males parecian no poder aumentarse, cuando un accidente los llevó á su colmo.

Veinte y siete veces habia salido el sol

desde nuestra partida de las cabañas : la *luna de fuego* (1) habia comenzado su curso, y todo anunciaba una tempestad. Hácia la hora en que las matronas de la India cuelgan el cayado de labor en las ramas de una sabina, y los papagayos se retiran al hueco de los cipreses para disfrutar la frescura en medio del dia, empezó á obscurecerse el cielo. Cesáron todas las voces de la soledad, el desierto quedó en silenciò, y en toda la selva reynó una calma universal. El estrépito de un trueno, al resonar en bosques tan antiguos como el mundo, produjo un ruido extraordinario. Temiendo ser sumergidos en el rio, nos aceleramos en llegar á la orilla y retiramos al bosque.

El terreno era pantanoso : habíamos pasado con gran trabajo por debajo de una bovéda de zarzaparrilla, y entre vides, añil, frisoles y liana terrestre, que trababan, como redes, nuestros pies. El suelo humedecido murmullaba en torno

(1) El mes de julio.

de nosotros, y á cada instante estábamos próxîmos á ser sumergidos en los barrancos. Inumerables insectos y enormes murciélagos nos cegaban : las serpientes de escabel hacian ruido por todas partes, y los lobos, los osos, los carribús, los carcajos y los tigres, que corrian á ocultarse en estas guaridas, las estremecian con sus rugidos.

Entre tanto crece la obscuridad : las nubes bajan hasta confundirse con la sombra de los bosques. De repente se rasga una de ellas, y el relámpago describe mil ángulos de fuego. Un viento impetuoso, que sopla por poniente, confunde en un vasto cáos todas las nubes. El cielo se rasga sin cesar; por entre las aberturas se descubren nuevos cielos y campos encendidos, y la masa entera de los bosques parece duplicarse. ¡Que horroroso y magnífico espectáculo! El rayo abrasa los árboles por diversas partes : el incendio se extiende como una cabellera de llamas : rodean las nubes columnas de centellas y de humo, que despiden sus rayos en la vasta

hoguera. Las detonaciones de la tempestad y del fuego, el ruido de los vientos, el rechinar de los árboles, los gritos de los fantasmas, los aullidos de las fieras, los clamores de los rios, los silbidos de los truenos, que se apagaban cayendo en las ondas : todo este estruendo, repetido por los ecos del cielo y de las montañas, ensordecia el desierto.

¡Grande Espíritu, tú lo sabes! En este momento no ví mas que á Atala, ni pensé mas que en ella. Formándola una muralla con mi cuerpo al pié del álamo donde nos habiamos sentado, conseguí libertarla por algun tiempo de los torrentes de agua, que caian sobre nosotros por las inclinadas hojas de los árboles. Sentado en la misma agua contra el tronco del árbol, sosteniendo á mi amada sobre las rodillas, y abrigando sus hermosos y desnudos pies con mis manos amorosas; era mas afortunado que una esposa que siente por la primera vez el fruto de sus entrañas.

Estábamos muy atentos al estrépito de la tempestad, cuando de improviso siento

caer sobre mi pecho una lágrima de Atala. « ¡Tempestad del corazon! exclamé, ¿es » esta una gota de tu lluvia? » Y abrazando despues estrechamente á mi querida, la dixe : « Atala, tú me ocultas al» guna cosa : ¡ábreme tu corazon, hermosa » mia! Sirve de tanto alivio el que un » amigo vea en nuestra alma. Cuéntame » ese secreto de dolor que te obstinas en » callar. ¡ Ah! ya le veo, ¿ llorarás á tu » patria? » Ella replicó al momento : « Hijo de los hombres, ¿como lloraria mi » patria, si mi padre no nació en el pais » de las palmas? » « Como, dije con » una profunda admiracion : ¡ vuestros » padres no eran del pais de las palmas ! » ¿Quien es el que os ha dejado en esta » tierra de lágrimas? Responded. » Atala lo hizo de esta manera.

« Antes que mi madre se casase con » el guerrero Simaghan, llevándole en » dote treinta yeguas, veinte búfalos, » cien medidas de aceyte de bellotas, cin» cuenta pieles de castores, y otras muchas » riquezas, habia ya conocido á un hombre

» de carne blanca : la madre de mi madre
» la arrojó agua en el rostro, y la precisó
» á casarse con el magnánimo Simaghan,
» en todo semejante á un rey, y reveren-
» ciado de los pueblos como un Genio.
» Pero mi madre dijo á su nuevo esposo :
» *mi seno ha concebido ya ; quitadme la*
» *vida.* Simaghan le respondió : *¡ Guár-*
» *deme el grande Espíritu de tan per-*
» *versa accion ! No te mutilaré, ni cor-*
» *taré las narices y orejas, porque has*
» *sido sincera, y no has hecho traicion á*
» *mi tálamo. El fruto de tus entrañas*
» *será mio ; y no te visitaré sino despues*
» *que marche el pájaro del arrozal,*
» *cuando haya brillado la décima tercera*
» *luna.* En este tiempo rompí el seno de
» mi madre, y comenzé á crecer altiva
» como una española y como una india.
» Mi madre me hizo cristiana, como lo
» eran ella y mi padre. En seguida el so-
» bresalto del amor vino á buscarla, y
» bajó al pequeño subterraneo adornado
» de pieles, de donde no se sale jamas. »
Tal fué la historia de Atala. « Y

» ¿ quien era tu padre, pobre huérfana
» del desierto, la dije? ¿ Como le llama-
» ban los hombres, y que nombre tenia
» entre los Genios? » « Jamas he lavado
» los pies de mi padre, respondió Atala ;
» solo sé que vivia con una hermana
» suya en san Agustin, y que siempre ha
» sido fiel á mi madre. Su nombre entre
» los ángeles era Felipe, y los hombres le
» llamaban López. »

Al oir estas palabras, dí un grito que resonó en toda la soledad, mezclándose al ruido de los truenos el estrépito de enagenamiento : y estrechando á Atala contra mi corazon, como si la quisiera ahogar, exclamé con sollozos interrumpidos : « ¡ O
» hermana mia! o ¡ hija de López ! ¡ hija
» de mi bienhechor! » Asombrada Atala, me preguntó la causa de mi turbacion; pero cuando supo que López era el generoso húesped, que me habia adoptado en san Agustin, y á quien habia dejado por ser libre, quedó sobrecogida de confusion y de alegría.

Para nuestros corazones era irresistible

esta amistad fraternal, que venia á visitarnos, y á mezclar su amor con el nuestro. Todos los combates de Atala eran inútiles : en vano se defendia con movimientos extraordinarios; yo estaba enagenado con su aliento, y habia ya gustado en sus labios todas las delicias del amor. ¡ Pompa nupcial, digna de nuestras desgracias y de la grandeza de nuestros amores salvages ! ¡ Soberbios bosques, que moveis vuestras lianas y vuestras copas, como las cortinas y el cielo de nuestro lecho! ¡pinos abrasados que formais las teas de nuestro deseado himeneo ! ¡ rio fuera de madre, montañas bramadoras, sublime y espantosa naturaleza! ¡vosotros no erais mas que un vano aparato dispuesto para engañarnos, y no pudisteis ocultar un solo momento en vuestros misteriosos horrores la felicidad de un hombre!

Atala oponia solo una débil resistencia, y yo iba á tocar el momento de mi dicha, cuando de repente rompe la espesura de las sombras un impetuoso relámpago seguido del estallido del rayo, que llena to-

do el bosque de azufre y de luz, y desgaja un árbol á nuestros pies. Huíamos horrorizados, cuando con la mayor sorpresa en el silencio que sucedió á este destrozo, oimos el sonido de una campanilla. Suspensos, fijamos la atencion en este ruido tan extraño en el desierto: al mismo tiempo ladra un perro á lo léjos, se acerca, redobla sus chillidos, llega, y ahulla de gozo á nuestros pies. Un anciano solitario que lleva en su mano una pequeña linterna, le sigue desterrando las tinieblas del bosque. « *¡ Bendita sea la*
» *Providencia!* exclamó en el momento
» de vernos. *Ya hace mucho tiempo que*
» *os voy buscando.* Ordinariamente toca-
» mos la campanilla de la mision durante
» la noche y en las tempestades, para lla-
» mar á los viageros: y siguiendo el exem-
» plo de nuestros hermanos de los Alpes y
» el Líbano, hemos enseñado á nuestro
» perro á descubrir los extrangeros extra-
» viados en estas soledades. Os sintió
» desde el principio de la tempestad, y
» me ha conducido aquí. ¡ Buen Dios,

» cuan jóvenes son ! ¡ Pobrecitos, cuanto
» han debido sufrir en este desierto! va-
» mos : he traido una piel de oso que
» servirá para esta jóven; aquí hay tam-
» bien un poco de vino en la calabaza.
» ¡ Sea Dios loado en todas sus obras ! ¡ su
» misericordia es grande, y su bondad
» infinita! »

Atala se habia arrojado á los pies del Religioso : « gefe de la oracion, le dijo,
» yo soy cristiana : el cielo te envia aquí
» para salvarme. » Yo por mi parte apénas comprendia al ermitaño : esta caridad me parecia tan superior al hombre, que creia estar soñando. A la luz de la linterna, entreveia su barba y cabellos empapados de agua : sus pies, sus manos y su rostro estaban ensangrentados por las espinas. « ¡ Venerable anciano !
» exclamé, ¿ que corazon tienes, que no
» has temido que te hiriese el rayo? »
« ¡ Temer, replicó el padre con energía,
» temer, cuando hay hombres que están
» en riesgo, y puedo serles útil ! entón-
» ces seria indigno siervo de Jesucristo. »

» ¿ Pero sabes, le dije, que no soy cris-
» tiano? » « Jóven, respondió el ermitaño,
» ¿ por ventura te he preguntado tu reli-
» gion? ¿ Acaso, dijo Jesucristo, mi san-
» gre lavará á este, y no á aquel? El mu-
» rió por el judío, y por el gentil; y en
» todos los hombres no reconoce mas que
» hermanos y desgraciados. Lo que he
» hecho por vosotros es muy poco, y en
» otra parte hubieseis podido encontrar
» mayores socorros: mas la gloria no debe
» atribuirse á los sacerdotes. Nosotros,
» débiles solitarios, ¿ que somos sino gro-
» seros instrumentos de una obra celestial?
» y sin embargo, ¿ que soldado sería tan
» cobarde que volviese atras, cuando su
» gefe, con la cruz en la mano, y la ca-
» beza coronada de espinas, camina de-
» lante de él para salvar á los hombres? »

Estas palabras sobrecogiéron mi corazon, y mis ojos derramáron lágrimas de admiracion y de ternura. « Queridos neó-
» fitos, dijo el misionero, yo dirijo en los
» bosques un corto número de vuestros
» hermanos salvages. Mi gruta está en la

» montaña bastante cerca de aquí : venid
» á calentaros : allí no encontraréis como-
» didades, sino solo un abrigo; y sin em-
» bargo es preciso dar gracias á la bondad
» divina, porque hay muchos hombres
» que no lo tienen. »

LOS LABRADORES.

Hay hombres justos, cuya conciencia está tan tranquila, que nadie puede tratar con ellos, sin participar de la paz que exhalan, por decirlo así, de su corazon y de su espíritu. Con los discursos del solitario, sentia yo que las pasiones calmaban en mi pecho; y aun parecia que á su voz se iba alejando en el cielo la misma tempestad. Las nubes no tardáron en dispersarse, de modo que pudiésemos dejar aquel retiro; y saliendo del bosque, comenzamos á subir la espalda de una alta montaña. El perro caminaba delante, con la linterna apagada á la punta de un baston : yo llevaba á Atala de la mano, siguiendo al

misionero, que de cuando en cuando se volvia para mirarnos, contemplando compasivo nuestras desgracias y nuestra juventud. De su cuello pendia un libro, y en su mano derecha llevaba un baston blanco: su talle era altó; su figura pálida y descarnada; su fisonomía franca y sincera. No tenia las facciones amortiguadas de un hombre nacido sin pasiones: se notaba que sus dias habian sido desventurados; y las arrugas de su frente manifestaban las cicatrices de las pasiones sufocadas por la virtud, y por el amor de Dios y de los hombres. Cuando nos hablaba en pié é inmóvil, sus ojos bajos y modestos, su nariz aguileña, su barba larga y su voz afable tenian una cierta sublimidad en su reposo, y parecia que aspiraban á la tumba por su direccion natural hácia el suelo. Cualquiera que como yo ha visto al P. Aubry caminando por el desierto solo con su breviario, tiene una verdadera idea del viagero cristiano sobre la tierra.

Despues de media hora de peligrosa marcha, por las sendas de las montañas,

llegamos á la gruta del misionero. Entramos por medio de las yedas y otras malezas, que la lluvia habia arrancado de los peñascos. En este albergue no habia mas que una estera de hojas de papaya, una calabaza para sacar agua, algunas vasijas de madera, una pala de hierro, una culebra doméstica, y sobre una piedra que servia de mesa, un crucifijo y el libro de los cristianos.

El anciano se apresuró á encender fuego con lianas secas: machacó maiz entre dos piedras, y haciendo una torta la puso á cocer debajo de la ceniza. Cuando la torta tomó en el fuego un hermoso color de oro, nos la sirvió con crema de nueces en un vaso de arce.

La noche se serenó, y el siervo del grande Espíritu nos propuso el ir á sentarnos en una piedra á la entrada de la gruta. Seguímosle á este sitio, que dominaba una hermosa vista sobre el desierto. Los restos de la tempestad habian sido arrojados hácia el oriente: el fuego que

encendió el rayo en el bosque, resplandecia aun á lo léjos: al pié de la montaña se veia caido en el lodo un bosque entero de pinos: los rios arrastraban confundidos los troncos de los robles, los cuerpos de los animales y los pescados muertos, cuyo plateado vientre nadaba sobre la superficie de las aguas.

En medio de esta magestuosa escena Atala contó nuestra historia al anciano Genio de la montaña. Su corazon cristiano se mostró conmovido, y sus lágrimas cayéron sobre su barba. « Hija mia, dijo
» á Atala, es preciso ofrecer nuestros tra-
» bajos al Dios por cuya gloria habeis
» hecho tanto; él os volverá el reposo.
» Veis humear esos bosques, enjugarse
» los torrentes, disiparse las nubes, y
» ¿creeis que el que aplaca una tormenta
» como esa, no podrá apaciguar las turba-
» ciones del corazon del hombre? Si no
» teneis, mis queridos hijos, otro alber-
» gue mejor, yo os ofrezco una cabaña
» entre el rebaño, que felizmente guio

» hácia Jesucristo. Yo instruiré á Chác-
» tas, y te lo daré por esposo, cuando
» sea digno de serlo. »

A estas palabras me arrojé á los pies del solitario, derramando lágrimas de alegría; pero en el rostro de Atala se pintó la palidez de la muerte. El anciano me levantó con benignidad, y yo reparé que tenia ambas manos mutiladas. Atala comprendió al instante sus desgracias, y exclamó: « ¡Los bárbaros, los bárbaros han
» sido! »

« Hija mia, dijo el padre con una dulce
» sonrisa, ¿que es esto en comparacion
» de lo que sufrió mi divino maestro? Si
» los indios idólatras me han maltratado,
» es por que son unos pobres ciegos, á
» quienes el Señor iluminará algun dia.
» Yo los amo aun mas, á proporcion de
» los males que me han hecho. No he po-
» dido quedarme en mi patria adonde ha-
» bia vuelto, y donde una ilustre reyna
» me honró, contemplando estas ligeras
» señales de mi apostolado. Y ¿que re-
» compensa mas gloriosa puedo recibir de

» mis fatigas, que haber obtenido del ge-
» fe de nuestra religion el permiso para
» celebrar el divino sacrificio con las ma-
» nos mutiladas? Despues de este favor
» nada me faltaba, sino hacerme digno de
» él; y así he vuelto á estos desiertos á
» emplear el resto de mi vida en el ser-
» vicio de Dios. Pronto se cumplirán
» treinta años que habito esta soledad, y
» mañana hará veinte y dos que me esta-
» blecí en este peñasco. Cuando llegué á
» estos lugares no encontré sino familias
» vagamundas, de costumbres feroces y
» vida miserable: les hize escuchar la
» palabra de paz, y sus costumbres se
» han suavizado por grados. Actualmente
» viven en una pequeña colonia de cris-
» tianos debajo de esta montaña. Ins-
» truyéndoles en la ciencia de la salvacion,
» he procurado enseñarles las primeras
» artes de la vida; pero sin perfeccionar-
» las mucho, y manteniendo á estas bue-
» nas gentes en aquella sencillez que for-
» ma la felicidad. Temiendo incomodarles
» con mi presencia, me he retirado á esta

» gruta, adonde vienen á consultarme, y
» en la que, léjos de los hombres, admiro
» á Dios en la grandeza de las soledades,
» y me preparo para la muerte que ya me
» anuncian mis cansados dias. »

El solitario se hincó de rodillas, concluido este discurso; nosotros imitamos su ejempló, y comenzó en alta voz una oracion, á que respondió Atala. Rompian aun los cielos hácia el oriente algunos relámpagos silenciosos, y resplandecian sobre las nubes del poniente tres soles unidos. Los raposos dispersados por la tempestad sacaban su negro hocico por el borde de los precipicios, y se oia el ruido de las plantas, que secándose al soplo del viento, levantaban por todas partes sus bástagos inclinados.

Volvimos á entrar en la gruta, donde el ermitaño dispuso para Atala un lecho de musgo. Pintábase en sus ojos y movimientos una suma languidez: miraba al P. Aubry, como si quisiera revelarle un secreto; pero parece que la detenia algun motivo, bien fuese mi presencia, bien el

rubor, ó la inutilidad de descubrirlo. A la media noche sentí que se levantaba buscando al solitario; pero como este le cedió su lecho, se habia salido á contemplar la belleza de la noche, y á rogar á Dios en el monte. Por la mañana me dijo, que esta solia ser su costumbre aun en el invierno, pues gustaba ver como los árboles mecian sus despojadas copas, como volaban las nubes en los cielos, y resonaban los vientos y torrentes en la soledad. Mi hermana se vió obligada á volver á su lecho, y quedó dormida, miéntras yo, colmado de esperanza, no veia en la debilidad de Atala mas que señales pasageras de cansancio.

Al dia siguiente me despertáron los cantos de los cardenales y pájaros burlones, retirados en las acacías y laureles que rodeaban la gruta. Fuíme á coger una rosa de magnolia, humedecida aun con las lágrimas de la mañana, la coloqué sobre la cabeza de la dormida Atala, esperando, segun la creencia de mi pais, que el alma de algun niño muerto al pecho,

habria bajado sobre esta flor en una gota de rocío, y que un sueño dichoso la trasladaria al seno de mi amante. En seguida busqué á mi huésped, y le encontré con la túnica recogida y el rosario en la mano, aguardándome sentado sobre el tronco de un pino, caido de vejez: me propuso que le acompañase á la mision, miéntras Atala descansaba: acepté su ofrecimiento, y al instante nos pusimos en camino.

Al bajar de la montaña reparé las encinas, en que los Genios parecian haber dibujado figuras misteriosas. El ermitaño mismo habia trazado algunas líneas: eran versos de un antiguo poeta, llamado Homero, y algunas sentencias de otro poeta mas antiguo, llamado Salomon. Se notaba una antigua y misteriosa armonía entre la sabiduría de los tiempos, los versos gastados con el musgo, el solitario que los habia grabado, y las añosas encinas, que le servian de libros en el centro de un desierto.

Tambien estaban grabadas sobre una caña de la sábana, al pié de estos árboles,

su nombre, su edad, y la época de su mision. Admirándome de la fragilidad del último monumento: « Durará mas » que yo, respondió el Padre, y siempre » tendrá un valor superior al poco bien » que he hecho. »

Desde allí nos dirigimos á la garganta de un valle, donde ví una obra maravillosa: era un puente natural, como el de la Virginia, de que sin duda has oido hablar. Los hombres, hijo mio, dijo el solitario, en especial los de tu pais, imitan freqüentemente á la naturaleza; pero sus copias son siempre defectuosas: no sucede así cuando la naturaleza se complace en imitar las obras de los hombres. Entónces es cuando ella sabe echar puentes desde la eminencia de una montaña hasta la cima de otra; suspende caminos en las nubes; forma rios en vez de canales; levanta montes en lugar de colunas; y abre mares en vez de estanques.

Al pasar por debajo del único arco de este puente, nos encontramos en medio de otra maravilla, pasando de un encanto

á otro : era el cementerio de los indios de la mision, ó *la arboleda de la muerte.* El ermitaño les permitia enterrar los difuntos á su modo, santificando solo este lugar con una cruz [1] : el suelo estaba repartido como el campo comun de las mieses, en tantas porciones cuantas eran las familias. Cada una formaba para sí una pequeña arboleda, que variaba segun el gusto é inclinacion de quien la plantaba. Por entre los árboles serpenteaba un apacible riachuelo, llamado *el arroyo de la paz.* Este risueño asilo de las almas estaba cerrado por el oriente hasta al puente que acabábamos de pasar : hácia el norte y mediodía le cerraban dos colinas, quedando solo descubierto por el occidente, donde se levantaba un gran bosque de pinos. Los troncos de estos árboles manchados de verde, y semejantes á altas columnas, formaban un magnífico peristilo en este hermoso tem-

(1) Sin duda el P. Aubry habia imitado á los jesuitas de la China, que permitian á los chinos enterrar a sus parientes en los jardines, segun su antigua costumbre.

plo de la muerte. Reynaba allí un ruido magestuoso, semejante á el pausado sonido de un órgano, bajo las bóvedas de una Iglesia cristiana: mas penetrando en el fondo del santuario, se oian solo los himnos de los pajarillos, que celebraban una fiesta eterna á la memoria de los muertos.

Al salir de este bosque, descubrimos el lugar de la mision, situado á la orilla de un lago, en medio de una sábana sembrada de flores, adonde se llegaba por una calle de magnolias y encinas verdes, plantadas en los lados de uno de los antiguos caminos, que se encuentran en la soledad.

Luego que los indios divisáron en la llanura al venerable pastor, abandonáron sus trabajos, y corriéron hácia él. Unos besaban respetuosamente su túnica; otros sostenian sus trémulos pasos: las madres levantaban en sus brazos los hijos pequeñuelos, para mostrarles al hombre de Jesucristo, cuyos ojos derramaban lágrimas paternales. Sin detener sus pasos, se informaba de cuanto ocurria en el pueblo:

acousejaba á aquel, reprendia dulcemente á este: hablaba de la recoleccion de las cosechas, de la instruccion de los niños, y de las aflicciones que habian de aliviarse, mezclando á Dios en todos sus discursos.

Escoltados de este modo, llegamos hasta el pié de una gran cruz que estaba sobre el camino, y junto á la cual acostumbraba el siervo de Dios celebrar los misterios de su santa religion: « Mis amados neófitos, » dijo volviéndose á la multitud, os han » llegado un hermano y una hermana, y » para mayor colmo de felicidad, veo que » la divina providencia perdonó ayer » vuestras mieses: dos grandes motivos » para darle gracias. Ofrezcámosle pues » el divino sacrificio, y cada uno ponga » de su parte un profundo recogimiento, » una fé viva, y un corazon humilde. »

Al instante el sacerdote se revistió de una túnica blanca, hecha de corteza de morales: sacó los vasos sagrados de un tabernáculo, colocado al pié de la cruz; preparó el altar sobre un cuadrado de

piedra, trajéron agua de un torrente inmediato, y exprimiéron un racimo de uva silvestre para el vino del sacrificio. Hincados de rodillas entre la yerba, comenzó el misterio en medio del desierto.

La aurora que asomaba por detras de los montes, inflamaba el extendido oriente: todo parecia de oro ó de rosa en la soledad. El astro anunciado por tanto resplandor, salió en fin de un abismo de luz; y su primer rayo hirió la hostia consagrada, que el sacerdote alzaba en aquel momento. ¡O encanto de la religion! ¡o magnificencia del culto cristiano! ¡por sacrificador un venerable ermitaño, un peñasco por altar, por templo el desierto, y por asistentes sencillos salvages! Sin duda se obró el gran misterio én el instante que nosotros caimos inclinando el rostro hácia el suelo, y Dios bajó sobre todos los bosques, así como yo le sentí descender á mi corazon.

Concluido el sacrificio, en que para mí nada faltaba sino la hija de López, nos dirigimos al pueblo, donde de nuevo ad-

miré los milagros de la religion. Reynaba allí la mezcla mas interesante de la vida social, y la vida de la naturaleza. Al cabo de una calle de cipreses del antiguo desierto, se descubrian terrenos recien cultivados: las espigas se movian ondeando sobre el tronco de una encina caida, y las mieses de un verano reemplazaban al árbol de diez siglos. Por todas partes se veian bosques, que entregados á las llamas despedian densas nubes de humo, y el arado corria lentamente entre los despojos de sus raices. Los agrimensores iban midiendo el desierto con largos cordeles, y los árbitros establecian las primeras propiedades. El pájaro abandonaba su nido, y el albergue de la fiera se trocaba en una cabaña. Oíanse retumbar las fraguas, y los golpes de la segur hacian resonar por la última vez los ecos, próxîmos á espirar con los árboles que les servian de asilo.

Yo contemplaba arrebatado estos cuadros, que se me hacian mas dulces por el recuerdo de Atala, y por los sueños de

felicidad en que se mecia mi corazon. Admiraba el triunfo del cristianismo sobre la vida salvage; veia al hombre civilizándose á la voz de la religion, y asistia á las bodas primitivas del hombre y de la tierra. El hombre por este gran contrato la cedia la herencia de sus sudores, y la tierra se obligaba en cambio á producir fielmente las mieses, á alimentar sus hijos, y á abrigar sus cenizas.

En esto trajéron un niño, que el misionero bautizó entre los floridos jazmines, á la orilla de una fuente, miéntras que por medio de los juegos y del trabajo se dirigia un ataud á las árboledas de la muerte. Dos esposos recibiéron la bendicion nupcial debajo de una encina, y en seguida fuimos á establecerlos en un extremo de la soledad. El pastor iba delante de nosotros bendiciendo acá y allá, la roca, el árbol, la fuente, así como en otro tiempo bendijo Dios la tierra inculta, dándola en herencia á Adan. Esta pequeña procesion mezclada con sus rebaños, siguiendo de peñasco en peñasco á su pastor venerable,

representaba á mi corazon enternecido las antiguas emigraciones de las primeras familias de los hombres, cuando Sem se internaba con sus hijos en el mundo desierto, siguiendo al sol que caminaba delante de él.

Quise saber de este santo ermitaño, como gobernaba á sus hijos, y me respondió con gran complacencia : « No les he dado » ley alguna; únicamente les enseño á » amarse entre sí, á rogar á Dios, y á es- » perar en otra vida mas feliz : á esto se » reducen todas las leyes del mundo. En « medio del lugar se divisa una cabaña » mas alta que las demas, la cual sirve » de capilla en tiempo de lluvias. Allí se » reunen por mañana y tarde para alabar » al Señor; y cuando estoy ausente, un » anciano dirige la oracion, porque la an- » cianidad es como la maternidad, una » especie de sacerdocio de la naturaleza. » Salen despues á trabajar en los campos, » y aunque las propiedades están repar- » tidas, con el objeto de enseñarles la » economía social, las cosechas se guar-

» dan en graneros comunes, para mante-
» ner la caridad fraternal. Cuatro ancianos
» distribuyen con igualdad el producto
» del trabajo. Añadid á esto las ceremo-
» nias religiosas , muchos cánticos , la
» cruz en que he celebrado los misterios ,
» él olmo bajo del cual predico en los
» dias festivos, nuestros sepulcros próxi-
» mos á los campos de trigo, los rios
» donde bautizo á los niños reciennacidos,
» y tendréis alguna idea de el reyno de
» Jesucristo. »

Las palabras del solitario me arrebatáron, y al instante conocí la superioridad de esta vida estable , moral y ocupada , sobre la vida errante, inútil y ociosa de salvage.

¡ Ah ! René , no murmuro de la providencia; pero confieso que jamas me acuerdo de esta sociedad evangélica sin sentir una verdadera amargura. ¡ Cuan feliz hubiera hecho mi vida una cabaña , habitada en estos desiertos en compañía de Atala! todos mis afanes hubieran terminado en esto : allí con una esposa ado-

rada, desconocido de los hombres, y ocultando mi felicidad en el seno de los bosques, hubiera pasado como los rios que ni aun tienen nombre en el desierto. En lugar de esta paz con que entónces me lisonjeaba, ¡en que turbacion no he pasado mis dias! Continuo juguete de la fortuna, estrellado contra todas las playas, desterrado largo tiempo de mi pais, sin encontrar á mi vuelta mas que una cabaña arruinada, y amigos olvidados en la tumba: tal debia ser el destino de Cháctas.

EL DRAMA.

Mi sueño de felicidad fué muy vivo, pero de corta duracion, pues desperté de él al entrar en la gruta del solitario. Cuando llegamos á ella al mediodía, me sorprendió que Atala no saliese á recibirnos. Un repentino horror se apoderó de mí, sentia que se despedazaba mi corazon, y me pareció que los laureles susurraban

tristemente en el monte. Al acercarme á la gruta, no me atrevia á llamar á la hija de López, estando mi imaginacion sobresaltada igualmente por la voz, que por el silencio que pudiese suceder á mis gritos. Mas aterrado aun con la obscuridad que reynaba á la entrada del peñasco, dije al misionero : « Vos, á quien el cielo acom-
» paña y fortifica, penetrad en esas
» sombras, y restituidme á mi querida
» Atala. »

¡Cuan flaco es el que está dominado por las pasiones! ¡cuan fuerte el que descansa en Dios! Mas esfuerzo habia en el corazon de este religioso, agobiado con setenta y dos años, que en toda la juventud de mi pecho. El hombre de paz entró en la gruta, y yo me quedé afuera lleno de terror. Un débil eco, como de quien se queja, salió del centro del peñasco, y vino á herir mi oido. Dando una voz, y recogiendo todas mis fuerzas, me precipité en la obscuridad de la cabaña.... ¡Espíritus de mis padres! ¡vosotros sabeis solamente el espectáculo que hirió mis ojos!

El solitario habia encendido una tea de pino, que su mano trémula sostenia sobre el lecho de Atala. Esta muger hermosa y jóven, medio reclinada sobre el codo, estaba pálida y con el cabello desordenado: en su frente brillaban las gotas de un sudor mortal: sus miradas lánguidas querian manifestarme aun su amor, y su boca procuraba sonreirse. Cual si estuviera herido de un rayo, quedé inmóvil con los ojos fijos, los brazos extendidos, y los labios entreabiertos. Un profundo silencio reynó un momento entre los tres personages de esta escena de dolor, hasta que le rompió el solitario diciendo: « Esto no » será tal vez mas que una fiebre ocasio- » ñada por el cansancio, y si nos resigna- » mos en la voluntad de Dios, alcanzaré- » mos su misericordia. »

A estas palabras recobró su curso en mi corazon la sangre detenida, y con la violencia de un salvage pasé repentinamente de la desesperacion al exceso de confianza. Pero Atala no me dejó largo tiempo en ella: moviendo tristemente la cabeza,

hizo señal de que nos acercásemos á su lecho.

« Padre mio, dijo con una voz debili-
» tada, dirigiéndose al religioso : ya toco
» el momento de la muerte. ¡Cháctas! es-
» cucha sin desesperarte el funesto secre-
» to que te ocultaba por no hacerte mas
» desventurado, y por obedecer á mi ma-
» dre. No me interrumpas con señales de
» un dolor, que precipitaria los cortos
» instantes que me restan de vida. Tengo
» mucho que decir; y los latidos de mi
» corazon que cada vez van haciéndose
» mas lentos, y un cierto peso frio que
» agobia mi pecho, quizá no me permiti-
» rán decirlo todo con la brevedad que
» quisiera.

Despues de algunos momentos de silencio, Atala prosiguió así :

» Mi triste destino ha principiado casi
» ántes de que naciese : mi madre me
» concibió en la desgracia, yo oprimia su
» seno, y me dió á luz con agudos dolores
» de sus entrañas, que hiciéron desespe-
» rar de mi vida. Para salvarla, mi madre

» hizo un voto : prometió á la reyna de
» los ángeles, que yo la consagraria mi
» virginidad, si me libertaba de la muer-
» te.... ¡Voto fatal que me precipita en el
» sepulcro !

» Cuando perdí á mi madre, entraba en
» los diez y seis años : algunas horas án-
» tes de morir me llamó á su lecho. Hi-
» ja, me dijo en presencia de un misione-
» ro que la consolaba en sus últimos
» instantes : hija mia, tú sabes el voto
» que he hecho por tì : ¿ querrás frustrar
» los deseos de tu madre? Atala mia, te
» dejo en un pais que no es digno de po-
» seer una cristiana ; en medio de idólatras
» que persiguen al Dios de tu padre y el
» mio; al Dios que, despues de haberte
» criado, te conserva por un segundo mi-
» lagro. Mi querida hija, acepta el velo
» de las vírgenes, renuncia á los cuidados
» de la cabaña, y á las funestas pasiones
» que han turbado el pecho de tu ma-
» dre : ven pues, querida mia : ven, y
» jura sobre esta imágen de la madre del
» Salvador, en las manos de este santo

» sacerdote, y de tu madre moribunda,
» que no me harás traicion á la faz de
» los cielos. Piensa que me obligué por
» tí para salvar tu vida; y que, no
» cumpliendo mi promesa, no solo serás
» castigada, sino que sumergirás el alma
» de tu pobre madre en tormentos eter-
» nos.

» ¡O madre mia! ¿por que hablasteis
» así? ¡O religion, que á un tiempo
» haces mis males y mi felicidad, que me
» pierdes y me consuelas! ¡Y tú, caro y
» triste objeto de una pasion que me
» abrasa hasta en los brazos de la misma
» muerte, tú ves ahora, ó Cháctas, lo
» que ha hecho el rigor de nuestro desti-
» no!... Deshecha en llanto, y precipitán-
» dome en el seno maternal, prometí
» cuanto quiso exígir de mí. El misionero
» pronunció sobre mí algunas palabras
» terribles, y me puso el escapulario que
» traygo siempre conmigo. Mi madre me
» amenazó con su maldicion, si llegaba á
» romper el voto; y despues de encar-
» garme un secreto inviolable con los pa-

» ganos perseguidores de mi religion,
» espiró teniéndome abrazada.

» Al principio no concebí el riesgo de
» mi juramento : llena de ardor como
» verdadera cristiana, y orgullosa con la
» sangre española que corria por mis ve-
» nas, no ví al rededor de mí sino hom-
» bres indignos de mi mano, y me lisonjeé
» de no tener otro esposo que al Dios de
» mi madre.... Pero te ví, jóven y her-
» moso prisionero; me enterneció tu suer-
» te; osé hablarte junto á la hoguera del
» desierto.... y entónces sentí todo el peso
» de mis votos. »

Al pronunciar Atala estas palabras, apretando yo con violencia los puños, y mirando al misionero, exclamé con un ayre amenazador. « ¿Es esta la religion que
» tanto me habeis ponderado? ¡Perezca
» el juramento que me arrebata á Atala!
» perezca el Dios que se opone á la natu-
» raleza! Hombre ó sacerdote, ¿que has
» venido á hacer en este desierto?... »

« A salvarte, dijo el anciano con una
» voz terrible : á domar sus pasiones, é

» impedir, blasfemo, el que conjures con-
» tra tí la ira de un Dios. ¿Que motivo tie-
» nes, jóven inconsiderado, para quejarte
» de tus males, cuando apénas has entra-
» do en la carrera de la vida? ¿En donde
» están las señales de lo que has sufrido?
» ¿donde las injusticias que has padeci-
» do? ¿donde tus virtudes, que son las
» que únicamente podrian darte algun
» derecho para quejarte? ¿que servicios,
» que bienes has hecho? ¡Ah, desgracia-
» do! no veo en tí mas que pasiones, y
» ¿te atreves á acusar al cielo? Despues
» que hayas pasado, como el P. Aubry,
» treinta años de destierro en estas mon-
» tañas, juzgarás con mas detencion de
» los designios de la providencia: com-
» prenderás entónces que nada sabes, que
» nada eres, y que no hay castigo tan
» riguroso, ni males tan terribles, que
» no merezca sufrir la carne corrom-
» pida. »

El brillo que despedian los ojos del anciano, la barba que le llegaba al pecho, y sus fulminantes palabras le hacian seme-

jante á un Dios. Confundido por su magestuosa gravedad caí á sus pies, y le pedí perdon de mi arrebato. « Hijo mio,
» me dijo con un acento tan dulce, que lle-
» nó mi alma de remordimiento: hijo mio,
» no te reprendo precisamente por mí.
» ¡ Ah! tienes mucha razon: lo que yo he
» hecho en estos bosques, es muy poco,
» y Dios no tiene un siervo mas indigno
» que yo. Pero al cielo, al cielo es al que
» jamas debe acusarse. Perdóname, si te
» he ofendido; pero oygamos á tu herma-
» na: acaso habrá algun remedio; no, no
» perdamos las esperanzas.... Cháctas, es
» muy divina la religion que ha hecho
» una virtud de la esperanza. »

« Mi amigo, me dijo Atala, tú has si-
» do testigo de mis combates, y sin em-
» bargo no has visto sino una muy pequeña
» parte, porque yo procuraba ocultárte-
» los. Sí: ¡el negro esclavo, que riega
» con su sudor las ardientes arenas de la
» Florida, es ménos miserable que lo ha
» sido Atala! Conjurándote para que
» huyeses, y segura de mi muerte si te

» apartabas : temiendo huir contigo á los
» desiertos, y anhelando por la sombra de
» los bosques, llamando á voces la sole-
» dad.... ¡Ah, si solo se hubiera tratado
» de abandonar á mis parientes, amigos,
» patria; si aun (¡ cosa terrible!) no hu-
» biese pendido mas que de perder mi al-
» ma!.... pero tu sombra, madre mia, tu
» sombra estaba siempre presente impu-
» tándome sus tormentos. Yo oia tus cla-
» mores, veia las llamas del infierno que
» te consumian : mis noches eran desve-
» ladas y llenas de fantasmas, y mis dias
» penosos y tristes : el roció de la noche
» se secaba al caer sobre mi abrasado cú-
» tis; entreabria mis labios al vientecillo,
» y este, léjos de refrescarme, se abrasaba
» con el fuego de mi aliento. ¡Que dolor
» verte sin cesar à mi lado, léjos de todos
» los hombres, en profundas soledades,
» y ver entre los dos un obstáculo in-
» superable! Pasar mi vida á tus pies,
» servirte como tu esclava, preparar tu
» cena y lecho en un sitio ignorado del
» universo, hubiera sido para mí la

» suprema felicidad: ¡felicidad que to-
» caba, y no podia gozar! ¡Que desi-
» gnios no he premeditado! ¡que sueño no
» ha salido de este triste corazon! Algu-
» nas veces fijando sobre tí mi vista en
» medio del desierto, llegaba á formar de-
» seos tan insensatos como culpables. Ya
» hubiera querido ser la única criatura
» que contigo viviese en la tierra; ya sin-
» tiendo una divinidad que me detenia
» en mis horribles ímpetus, deseaba que
» esta divinidad se aniquilase, con tal
» que, estrechada yo entre tus brazos,
» cayese de abismo en abismo con los
» despojos de Dios y del mundo. En
» este instante mismo.... ¡ lo diré !
» ahora que la eternidad vá á devorar-
» me, que voy á comparecer delante del
» juez inexôrable; en el momento en
» que por obedecer á mi madre, la vir-
» ginidad arrebata tras sí mi vida; por
» una contradiccion terrible abrigo to-
» davía el sentimiento de no haber sido
» tuya.»

« Hija mia, interrumpió el misionero,

» el dolor te enagena, el exceso de pasion
» á que te abandonas, no es justo; pero es
» ménos culpable á los ojos de Dios, por-
» que supone mas bien un extravío del
» entendimiento, que un vicio del cora-
» zon. Debias haber refrenado esos ímpe-
» tus indignos de tu inocencia; pero tam-
» bien, hija mia, tu fogosa imaginacion
» te alarmó demasiado sobre tus votos.
» La religion no exîge un sacrificio sobre-
» humano : sus verdaderos sentimientos,
» sus virtudes templadas, son muy supe-
» riores á los sentimientos exâltados, á
» las virtudes violentas de un falso he-
» roismo. Si os hubierais rendido, pobre
» oveja descarriada, el buen pastor os
» hubiera buscado para volveros al reba-
» ño. Los tesoros de la penitencia están
» siempre abiertos : para borrar las faltas
» á los ojos de los hombres, son necesarios
» torrentes de sangre; una lágrima sola
» basta para Dios. Tranquilízate pues,
» hija mia, tu situacion necesita de des-
» canso : dirijámonos á Dios, que cura
» todas las llagas de sus siervos. Si su ve-

» luntad es, segun confio, el libertarte
» de esta enfermedad, escribiré al obispo
» de Quebec, en quien residen las facul-
» tades necesarias para dispensar tus vo-
» tos, pues solo son simples, y acabarás
» tus dias con tu esposo Cháctas. »

A estas palabras del anciano acometió á Atala una convulsion de que no salió, sino para dar muestras de un dolor espan-
» toso. « ¡ Ah! dijo juntando ambas manos
» con expresion: ¡conque habia remedio
» para mí! ¡ conque podian dispensarse
» mis votos! » « Sí, hija mia, respondió
» el Padre, y puede todavía.... » « Ya es
» tarde, exclamó, es preciso morir en el
» momento de saber que podia ser dicho-
» sa : ¡ que no haya conocido ántes á este
» santo misionero ¡ ! que dicha disfrutara
» en este dia contigo, con Cháctas ya
» cristiano !.... Consolada, tranquilizada
» por este sacerdote augusto.... en este
» desierto para siempre.... ¡ O, era dema-
» siada felicidad! » « Sosiégate, la dije,
» tomando una de sus manos, sosiégate,
» que no tardarémos en disfrutar de tan

» gran ventura. » « Jamas, jamas, dijo
» Atala. » « ¿Como? » la repliqué. « Aun
» no lo sabes todo, añadió; ayer.... du-
» rante la tempestad.... tú me estrecha-
» bas.... tuya es la culpa.... iba á violar
» mis votos.... á sumergir á mi madre en
» las llamas del abismo... su maldicion iba
» á caer sobre mí.... ya ofendia al Dios
» que me salvó la vida.... Cuando besabas
» mis trémulos labios, ¿ no sabias.... no,
» que tus brazos no estrechaban sino á la
» muerte? » « ¡ Cielos! exclamó el misio-
» nero, ¿ que has hecho, querida hija? »
» « Un crímen, padre mio, respondió Atala
» con los ojos desencajados; pero perdién-
» dome á mí misma, salvaba á mi ma-
» dre. » « Acaba pues, exclamé lleno de
» espanto, acaba. » « ¡ Ay! dijo, previen-
» do mi debilidad, al dejar las cabañas
» traje conmigo.... » « ¿ Que? repliqué con
» horror.... » « ¡ Un veneno! » dijo el padre.
» « Ya está en mi corazon, exclamó
» Atala. »

La tea cae de la mano del solitario; yo me desmayo junto á esta jóven desventu-

rada; él nos recoge á los dos en sus brazos paternales, y los tres, en la obscuridad, mezclamos un instante nuestros sollozos sobre este fúnebre lecho.

« Despertemos, despertemos: dijo luego el esforzado ermitaño, encendiendo » una luz. Estamos perdiendo momentos » muy preciosos: desafíemos, como intré- » pidos cristianos, los saltos de la adver- » sidad: con una soga al cuello, y cu- » bierta de ceniza la cabeza, postrémonos » ante el Todopoderoso para implorar su » clemencia, ó para someternos á sus de- » cretos: acaso es tiempo todavía. Hija, » debiste avisarme ayer tarde. » « ! Ay, » padre mio! dijo Atala, os busqué en la » noche anterior; pero el cielo en castigo » de mis faltas os alejó de mí. Por otra » parte hubiera sido inútil todo socorro, » porque los indios mismos tan diestros » en los venenos, no conocen remedio al- » guno para el que he tomado. Juzga, o » Cháctas, mi admiracion cuando he vis- » to que el efecto no era tan pronto como » esperaba. El amor ha redoblado mis fu-

» erzas y mi alma : no ha podido sepa-
» rarse de tí tan presto. »

No interrumpí entónces la narracion de Atala con suspiros, sino con arrebatos que solo conocen los salvages. Me revolví furioso sobre la tierra, torciendo los brazos y mordiéndome las manos. El sacerdote con una maravillosa ternura corria de el hermano á la hermana, y nos prodigaba mil socorros. Sin embargo de la calma de su corazon y el peso de sus años, sabia hacerse escuchar de nuestra juventud; y su sublime religion le inspiraba acentos mas tiernos y encendidos, que nuestras pasiones mismas. Este sacerdote, que cuarenta años habia se sacrificaba diariamente en estas montañas al servicio de Dios y de los hombres, se me figuraba un grande holocausto, que despedia un humo perpetuo ante el Señor en los lugares elevados.

¡ Ay! en vano se esforzó para aplicar algun remedio á los males de Atala. La fatiga, el sobresalto, el veneno, y una pasion mas mortal que todos los venenos

juntos, se reunian para arrebatar á la soledad esta flor. Al caer la tarde se manifestáron síntomas malignos : un entorpecimiento general ataba sus miembros, y las extremidades de su cuerpo comenzaban á enfriarse. « Toca mis dedos, me » dijo : ¿ no los encuentras helados? » Yo no sabia que responder, y mis cabellos se erizáron de horror. En seguida, añadio : « ayer, querido mio, solo tu tacto me » hacia estremecer, y ahora ya no siento » tu mano.... apénas oygo tu voz; los ob- » jetos de la gruta desaparecen sucesiva- » mente.... ¿ son los pajarillos que cantan? » ¿ el sol debe ponerse ahora?... ¡ Cháctas ! » sus rayos serán hermosos sobre mi tum- » ba en el desierto. »

Conociendo Atala que nos hacien llorar sus palabras, nos dijo : « Perdonadme, » buenos amigos, estoy muy débil; pero » acaso voy á fortalecerme.... Sin embar- » go ¡ morir tan jóven ! ¡ tan pronto ! » ¡ cuando mi corazon estaba tan lleno de » vida !.... Gefe de la oracion, compadé- » cete de mí : sostenme. ¿ Crees que mi

» madre esté satisfecha, y que Dios me » perdonará? »

« Hija mia, respondió el buen religioso » derramando lágrimas, y enjugándolas » con sus trémulas y mutiladas manos. » Hija mia, tu educacion y la falta de co- » nocimientos necesarios te han perdido: » ignorabas que una cristiana no puede » disponer de su vida. Consuélate, que- » rida hija: Dios te perdonará por la sen- » cillez de tu corazon. Tu madre y el im- » prudente misionero que la dirigia, han » sido mas culpables que tú: se excedié- » ron de sus facultades, arrancándote un » voto indiscreto; pero la paz del Señor » sea con ellos. Vosotros presentais todos » tres un terrible ejemplo de los riesgos » del entusiasmo, y de la falta de luces » en materia de religion. Tranquilízate, » hija mia. El que penetra los corazones » humanos, te juzgará por tu intencion » que era pura, y no por tu culpable pro- » ceder.

» Por lo que hace á la vida, si ha lle- » gado el momento de reposar en el Señor;

» ¡ ah, hija mia, cuan poco pierdes perdiendo el mundo! A pesar de la soledad en que has vivido, no has dejado de conocer los disgustos: ¿ que seria pues, si hubieses experimentado los males de la sociedad, si arribando á las playas de Europa, hubieran penetrado en tu alma los gritos de dolor que se levantan en aquel antiguo pais? El habitante de la cabaña y el del palacio, todos padecen y gimen en este mundo: lo mismo se ha visto llorar á las reynas que á las mugeres particulares, y causa espanto el ver la cantidad de lágrimas que encierran los ojos de los reyes.

» ¿ Es por ventura el amor lo que echas ménos, hija mia? ¡ tan digno es de ser llorado un sueño! ¿ conoces tú el corazon del hombre, y puedes calcular la inconstancia de sus deseos? mas fácil es reducir á número las olas que el mar levanta en una tempestad. Los sacrificios, los favores, no son lazos eternos: acaso un dia hubiese sucedido el disgusto á la hartura, y contando por na-

» da lo pasado, no se hubieran visto mas
» que los inconvenientes de una union
» pobre y despreciada. Sin duda, hija
» mia, los mas felices amores fuéron los
» de los dos esposos, que primero sa-
» liéron de la mano del Criador. Para el-
» los se habia formado un paraiso, y eran
» inocentes é inmortales. Perfectos en al-
» ma y cuerpo, en todo convenian : Eva
» habia sido criada para Adan, y Adan
» para Eva. Si á pesar de esto no pudiéron
» mantenerse en aquel estado de felicidad,
» ¿ quien podrá lograrlo despues de ellos?
» No te hablaré de los matrimonios de los
» primeros hijos de los hombres, de
» aquellos enlaces inefables que se ha-
» cian, cuando la hermana era esposa del
» hermano, cuando el amor y la amis-
» tad fraterna se confundian en un mismo
» pecho, la pureza de la una aumen-
» taba las delicias del otro. Todas estas
» uniones padeciéron sus turbaciones; los
» zelos penetráron hasta el altar de cés-
» ped sobre el cual se inmolaba el cabri-
» tillo; se introdujéron en la tienda de

» Abrahan, y aun en los lechos, donde
» los patriarcas disfrutaban tanta alegría,
» que olvidaban hasta la muerte de sus
» madres. ¿Te lisongearias, hija mia, de
» ser en tus lazos mas inocente y dicho-
» sa, que las santas familias de que Jesu-
» cristo se dignó descender? Dejo á un
» lado los cuidados domésticos, las dis-
» putas, las mútuas quejas, las inquie-
» tudes y todas las penalidades secretas,
» que velan sobre la cabecera del lecho
» conyugal. La muger se casa llorando, y
» vé renovados sus dolores cada vez que
» es madre. ¡Cuantos males en sola la
» pérdida de un reciennacido á quien da-
» ba su leche, y que espira sobre su se-
» no! Los montes se llenaban de gemidos,
» y nada podia consolar á Raquel, porque
» sus hijos ya no exîstian. Estos sobre-
» saltos compañeros de la ternura huma-
» na, son tan fuertes, que acabamos de
» ver grandes señores, amadas de reyes,
» abandonar la corte para encerrarse en
» los claustros, y mortificar la carne re-

» belde, cuyos placeres están llenos de
» dolores.

» Pero acaso me dirás, que á tí no te
» tocan estos últimos ejemplos; que toda
» tu ambicion se reducia á vivir en una
» obscura cabaña con el hombre que ha-
» bias elegido : que buscabas ménos las
» dulzuras del himeneo, que los encantos
» de esa locura que la juventud llama
» amor : ilusion, quimera, vanidad, sue-
» ño de una imaginacion acalorada. ¡Tam-
» bien, hija mia, he sufrido las tempes-
» tades del corazon! no siempre ha estado
» calva esta cabeza, ni este pecho tan
» tranquilo como ahora parece. Creed á
» mi experiencia : si el hombre constante
» en sus afectos pudiese alimentar un
» sentimiento incesantemente renovado,
» sin duda alguna la soledad y el amor
» igualarian al mismo Dios, pues estos
» son los dos eternos placeres del gran
» Ser. Pero el alma del hombre se cansa,
» y jamas ama por mucho tiempo con to-
» do su corazon al mismo objeto. Siempre

» hay algunos puntos en que no se con-
» forman dos corazones, y esto á la larga
» basta para hacer la vida insoportable.
» En fin, querida hija, el grande error
» de los hombres en su sueño de felici-
» dad, es olvidarse de la propension de mo-
» rir, unida á su naturaleza: es preciso
» acabar y disolverse. Cualquiera que
» hubiese sido tu suerte, el tiempo troca-
» ria tu hermoso rostro en esa figura uni-
» forme que dá el sepulcro á la familia de
» Adan; y los ojos del mismo Cháctas no
» podrian reconocerte entre tus hermanas
» de sepulcro. El amor no extiende su
» imperio sobre los gusanos del féretro.
» ¡Que digo! ¡que hablo del valor de las
» amistades de la tierra! ¿Quieres, hija
» mia, conocerlo á fondo? Si un hombre
« volviera á la luz algunos dias despues
» de su muerte, dudo que le viesen otra
» vez con gusto aquellos mismos que mas
» lágrimas derramáron por su muerte.
» ¡Con tanta facilidad se forman nuevos
» lazos! ¡tan pronto se adquieren nuevos
» hábitos! ¡tan natural es al hombre la

» inconstancia, y tan poco importa nues-
» tra vida aun para el corazon de nuestros
» amigos!

» Dá gracias, hija mia, á la divina
» bondad, porque tan pronto te saca de
» este valle de miserias. Ya te está pre-
» parado en los cielos el vestido blanco y
» la resplandeciente corona de las vírge-
» nes : ya estoy oyendo á la reyna de los
» ángeles que te dice : *Ven, mi digna*
» *sierva, ven, paloma mia, ven á sen-*
» *tarte en un trono de candor entre todas*
» *las vírgenes que sacrificáron su hermo-*
» *sura y sus dias al servicio de la hu-*
» *manidad, á la educacion de la juven-*
» *tud y al exercicio de la penitencia.*
» *Ven, rosa mística, á descansar en el*
» *seno de Jesucristo : ese féretro, que es*
» *la cama nupcial que has escogido,*
» *nunca será engañado por tu celestial*
» *esposo, y jamas tendrán fin sus abra-*
» *zos.* »

Como al postrer rayo del dia caen los vientos, y se esparce la calma por el hermoso cielo, así aplacó el discurso del an-

ciano las pasiones exâltadas en el pecho de mi amante, que no se mostró ocupada sino de mi dolor, y de los medios de hacerme soportable su pérdida. Ya me decia: « mo- » riré dichosa, si me prometes enjugar » tus lágrimas. » Ya me hablaba de mi madre, de mi patria, y trataba de distraerme del dolor presente, despertando en mí otros recuerdos. Me exhortaba á la paciencia y á la virtud. « No, no serás » siempre desgraciado, me decia : si el » cielo te prueba ahora, es solo para ha- » certe mas compasivo de los males de los » demas. Cháctas, el corazon es como » aquellos árboles, que no dan su bálsamo » para las heridas de los hombres, hasta » que el hierro ha herido su mismo tron- » co. »

Dicho esto, se volvió hácia el misionero, buscando en él el consuelo que me habia hecho sentir; y alternativamente consoladora y consolada, daba y recibia la palabra de vida sobre el lecho de muerte.

El ermitaño aumentaba su zelo á medida que crecia nuestra desgracia : todos

sus miembros se habian reanimado por el ardor de la caridad, y preparando siempre remedios, atizando el fuego, y refrescando el lecho, hacia admirables discursos sobre Dios y la felicidad de los justos. Con la antorcha de la religion en la mano parece que guiaba á Atala á la tumba, para descubrirle maravillas secretas. La humilde gruta estaba llena de la grandeza de esta muerte cristiana, y sin duda los espíritus celestes asistian á una escena, en que la religion luchaba sola contra el amor, la juventud y la muerte.

Triunfaba esta religion divina, manifestándose su victoria en la santa melancolía que sucedió en nuestras almas á los primeros ímpetus de las pasiones. Hácia la media noche Atala pareció que se animaba, para repetir las oraciones pronunciadas por el religioso junto á su lecho. Poco despues extendió hácia mí su mano, y con una voz que apénas se percibia, me dijo : « ¿ Te acuerdas, hijo de Utalissi, » de aquella primera noche en que me » tuviste por la vírgen de los postreros

» amores? ¡O presagio singular de nues-
» tro destino! » Detúvose un momento, y prosiguió: « Cuando pienso que voy á » dejarte para siempre, mi corazon hace » tales esfuerzos por vivir, que casi » siento en mí el poder de hacerme in- » mortal, á fuerza de amarte. ¡Mas cúm- » plase tu voluntad, Dios mio! » Atala calló durante algunos momentos, añadiendo: « Solo me resta pedirte perdon de los » males que te he causado: mi orgullo y » mis caprichos te han hecho sufrir mu- » cho. Chactas, un poco de tierra espar- » cida sobre mi cuerpo va á poner entre » ambos un mundo entero, y á aliviarte » para siempre de mis infortunios. »

« ¡Perdonarte! respondí anegado en lá- » grimas. ¿No soy yo el que ha causado » tus desventuras? » « Amigo mio, dijo » interrumpiéndome, tú me has hecho » dichosísima, y si estuviese en el prin- » cipio de mis dias, prefiriera aun la di- » cha de amarte algunos instantes en un » destierro infeliz, á toda una vida de re- » poso en mi patria. »

Aquí desfalleció la voz de Atala; las sombras de la muerte se extendiéron en torno de sus ojos y de sus lábios; sus dedos errantes buscaban algo que tocar, y en voz baja conversaba con los espíritus invisibles. Haciendo luego un esfuerzo, procuró, pero en vano, sacar del pecho un crucifijo, y me rogó que yo mismo lo desatase, diciendo:

« Cuando te hablé la primera vez junto
» á la hoguera, viste brillar esta cruz en
» mi pecho al resplandor del fuego. Esta
» es la única alhaja que Atala posee: Ló-
» pez, tu padre y el mio, se la envió á mi
» madre cuando nací. Recibe pues esta
» herencia, hermano mio, y consérvala
» en memoria de mis desventuras: tú
» recurrirás al Dios de los desgraciados
» en los sobresaltos de la vida, y acaso
» derramarás alguna lágrima por tu
» amante. Cháctas, tengo que hecerte la
» última súplica. Nuestra union no podia
» ser sino corta sobre la tierra; pero des-
» pues de esta vida hay otra mas durade-
» ra. ¡Cuan terrible fuera verme separada

» de ti para siempre! no hago mas que
» precederte hoy, para aguardarte en el
» reyno celestial. Si me has amado, jóven
» idólatra, haz que te instruyan en la
» religion cristiana, que prepara nuestra
» eterna reunion. Esta religion divina
» obra á tu vista un gran milagro, ha-
» ciéndome capaz de dejarte, sin morir
» entre las congojas de la desesperacion.
» Sin embargo, Cháctas, solo te pido una
» simple promesa : sé demasiado lo que
» cuesta un juramento, para exîgírtelo.
» Acaso este voto te separaria de otra mas
» dichosa que yo.... pero ¿ habrá quien
» te ame como Atala?.... ¡O madre, per-
» dona á tu hija este extravío!.... ¡Ah,
» yo caygo otra vez en mis debilidades, y
» te robo, Dios mio, pensamientos que
» deberian ser todos tuyos! »

Traspasado de dolor, y dando tales sollozos, que parecia romperse mi pecho, prometí á Atala abrazar la religion cristiana. A este espectáculo el solitario levantándosé con ayre de inspiracion, y extendiendo sus brazos hácia la bóveda de la

gruta : « Ya es tiempo, exclamó, ya es » tiempo de invocar aquí á Dios. »

Apénas pronunció estas palabras, cuando una fuerza sobrenatural me obligó á postrarme de rodillas, é inclinar mi cabeza á los pies de Atala. El sacerdote abre un lugar secreto, donde se encerraba una urna de oro cubierta con un velo de seda: se arrodilla, y hace una adoracion profunda. La gruta de improviso apareció iluminada; oyéronse en los ayres las voces de los ángeles y los sonidos de las harpas celestes; y cuando el solitario sacó el vaso sagrado del tabernáculo, creí ver al mismo tiempo al Señor que salia del costado del monte.

El sacerdote abrió el cáliz, tomó con sus dedos una hostia blanca como la nieve, y acercándose á Atala pronunció palabras misteriosas. Ella estaba en éxtasis con los ojos levantados al cielo: sus dolores parece que se habian calmado: todo su espíritu se reunió en su boca, y sus lábios entreabiertos recibiéron al Dios oculto bajo del pan místico. En seguida el santo

anciano empapó un poco de algodon en el oleo sagrado, y frotó las sienes de Atala: miró un instante á la moribunda, y de repente prorumpió en estas fuertes palabras: « Sal, alma cristiana, y ve á unirte » con tu Criador. » Levantando entónces mi cabeza inclinada, exclamé mirando el vaso en que estaba el oleo santo: « Padre » mio, ¿este remedio volverá la vida á » Atala? » « Sí, hijo mio, dijo el ancia- » no cayendo en mis brazos, la vida eter- » na. » Atala acababa de espirar.

Aquí Cháctas hubo de interrumpir segunda vez su narracion. Las lágrimas la inundaban, y su voz no hacia mas que proferir palabras mal pronunciadas. El ciego sachem abrió su pecho, y sacando el crucifijo de Atala, exclamó « ¡He aquí, » René, la prenda de la adversidad! ¡O » hijo mio! tú le ves, yo no puedo verle » mas. Dime: ¿no ha padecido alguna » alteracion el oro despues de tantos años? » ¿no percibes en él alguna señal de mis » lágrimas? ¿reconoces el sitio en que » imprimió sus labios mi querida? ¿Por

» que no es ya cristiano Chactas? ¿ Que
» frívolas razones de política y de patria
» le han mantenido hasta aquí en los er-
» rores de sus padres? No, no quiero re-
» tardarlo mas. La tierra me está ya cla-
» mando: ¿ aguardas acaso á descender á
» la tumba, para abrazar una religion
» divina? ¡ O tierra! no me aguardarás
» largo tiempo: confío unirme á Atala en
» el momento, que un sacerdote haya
» rejuvenecido con el agua esta cabeza
» encanecida por los sobresaltos.... pero
» concluyamos lo que resta de mi his-
» toria. »

LOS FUNERALES.

No me detendré, o René, en pintarte ahora la desesperacion que se apoderó de mi alma, cuando Atala exhaló el último suspiro. Era preciso tener mas calor del que me queda, y que mis cerrados ojos

pudieran abrirse al sol, para pedirle cuenta de las lágrimas que derramáron cuando veia su luz. Sí : esa luna que resplandece sobre nuestras cabezas, se cansará de alumbrar las soledades de Kentuky, y el rio que conduce al presente nuestras piraguas, suspenderá el curso de sus ondas, ántes que mis lágrimas dejen de correr por Atala. Dos dias me mantuve insensible á los discursos del ermitaño.

Esforzándose para calmar mi dolor, no empleaba las vanas razones terrenas, contentábase con decirme : *Esta es la voluntad de Dios, hijo mio ;* y me estrechaba entre sus brazos. A no haberlo experimentado, jamas hubiera creido que encerrasen tal consuelo estas palabras del cristiano resignado.

La ternura, la uncion é inalterable paciencia del Todopoderoso venciéron en fin la obstinacion de mi dolor. Avergonzado de las lágrimas que le obligaba á derramar, le dije : « Padre mio, » no turben mas la paz de tus dias las pa» siones de un jóven. Permíteme llevar

» conmigo los restos de mi amante, para
» sepultarlos en cualquier sitio del desier-
» to; y si estuviese condenado á vivir,
» procuraré hacerme digno de las bodas
» eternas que Atala me ha prometido. »

El buen padre lleno de gozo al ver recobrado mi esfuerzo, exclamó : « ó sangre
» de Jesucristo, sangre de mi divino maes-
» tro! aquí reconozco tus méritos : tú sal-
» varás á este jóven. ¡ ó mi Dios! acaba
» tu obra, vuelve la paz á esta alma atri-
» bulada, y de sus desgracias déjale solo
» recuerdos humildes y saludables. »

El varon justo rehusó que llevase conmigo el cuerpo de mi amante; pero me propuso que haria venir la mision para enterrar á la hija de López con toda la pompa cristiana; lo que rehusé tambien por mi parte. « Las desgracias y las vir-
» tudes de Atala, le dije, han estado des-
» conocidas para los hombres, y su tumba
» ocultamiente abierta por tu mano y la
» mia, debe participar de la misma obs-
» curidad. » Convenimos que al dia siguiente al rayar la aurora, partiríamos á

enterrar á Atala debajo del arco del puente natural, cerca de las arboledas de la muerte; y así pasamos la noche orando junto á su cuerpo.

Por la tarde condujimos estos preciosos restos á una abertura de la gruta que miraba hácia el norte. El ermitaño los habia envuelto en una pieza de lienzo de Europa, hilado por su madre, única prenda que le quedaba de su antigua patria, y la tenia destinada para su propia tumba. Atala estaba tendida sobre un césped de sensitivas, descubiertos sus pies, cabeza, espalda, y una parte de su seno. En sus cabellos se veia la flor de magnolia deshojada; ¡aquella misma, que mi mano habia puesto sobre el lecho de la vírgen para fecundarla! Parecia que sus labios, como un boton de rosa cogido ya despues dos auroras, iban á sonreirse en su desfallecimiento. En sus mejillas de una blancura resplandeciente, se veian algunas venas azules; sus hermosos ojos estaban cerrados; sus modestos pies unidos; y las manos de alabastro apretaban sobre su corazon un Crucifijo de ébano,

teniendo ceñido el escapulario de sus votos. Parece que estaba encantada por el ángel de la melancolía, y el doble sueño de la inocencia y la tumba. Mis ojos no han visto cosa mas celestial; y el que ignorara que esta vestal habia tenido vida, la tendria por la estátua de la virginidad dormida.

El religioso no cesó de orar en toda la noche, y yo estuve sentado con profundo silencio á la cabecera del fúnebre lecho de mi Atala. ¡ Cuantas veces habian sostenido mis rodillas esta cabeza encantadora durante su sueño! ¡cuantas me habia reclinado sobre ella para percibir y respirar su aliento! Pero al presente no salia ruido alguno de este pecho inmóvil, y en vano aguardaba que despertase esta belleza.

La luna prestó su pálida antorcha á la vigilia fúnebre. En medio de la noche se levantó como una blanca vestal, que viene á llorar sobre el féretro de una compañera. No tardó en extender en los bosques ese gran secreto de melancolía, que con tanto gusto descubre solo á las añosas encinas y á las antiguas playas de los mares. De

tiempo en tiempo el religioso bañaba un ramo florido en agua consagrada, y sacudiéndolo despues, perfumaba la noche con aromos celestiales. Otras veces repetia con tono antiquado algunos versos de un poeta, llamado Job, y decia:

« Pasé como una flor, y me he secado
« como la yerba de los campos. »

« ¿ Por que ha sido concedida la luz al
« miserable, y la vida á los que padecen
« amargura de corazon ? »

Así cantaba aquel venerable anciano, y su voz grave y cadenciosa se sepultaba en el silencio del desierto. El nombre de Dios y el del sepulcro salian de todos los ecos, de todos los torrentes y de todos los bosques. Mezclábanse á estos fúnebres cantos los arullos de las palomas de Virginia, la caida de un torrente de la montaña, y el sonido de la campana que llamaba á los viageros; de modo que en los bosques de la muerte parecia escucharse el lejano coro de los muertos, contestando á la voz del solitario.

Entre tanto se formó en el oriente una

faja de oro. Los gavilanes chillaban desde los peñascos, y las martas entraban en los troncos huecos de los olmos: esta era la señal del entierro de Atala. Cargado el cuerpo sobre mis hombros, y el ermitaño delante con una pala de hierro, principiamos á bajar de peñasco en peñasco: la ancianidad y la muerte hacian igualmente lentos nuestros pasos. Mis lágrimas se desatáron á la vista del perro, que nos descubrió en el bosque, y que nos señalaba otro camino, saltando de gozo. Muchas veces la larga cabellera de Atala, juguete del vientecillo de la mañana, extendia su velo de oro sobre mis ojos: otras fatigado con la carga, me era preciso dejarla sobre el musgo, y sentarme al lado para recobrar las fuerzas. Al fin llegamos al lugar señalado por mi dolor, y bajamos al arco del puente. ¡O hijo mio! era preciso haber visto como un jóven salvage, y un anciano sacerdote cristiano, cavaban con sus manos un sepulcro para la infeliz muger, cuyo cuerpo estaba tendido allí cerca en el seco cauce de un torrente.

Concluida nuestra obra, condujímos aquella hermosura á su lecho de tierra. ¡Ay hijo mio! cuan distinto era el que habia confiado prepararla. Entonces tomando un poco de polvo, y guardando un silencio terrible, fijé por la última vez los ojos en el rostro de Atala, esparciendo en seguida el polvo antiguo sobre su frente de diez y ocho primaveras. Ví desaparecer por grados las facciones de mi amante, y ocultarse sus gracias bajo el velo de la eternidad. Su blanco pecho resaltó algun tiempo sobre la tierra enegrecida, al modo que del centro de una negra arcilla sale una blanca azucena. « ¡López, exclamé » entónces, he aquí á tu hijo que sepulta » á su hermana! » y acabé de cubrir á Atala con la tierra del sueño.

Volvimos á la gruta, donde comuniqué al misionero el proyecto que habia formado de quedarme en su compañía. El santo varon que conocia maravillosamente el corazon del hombre, descubrió mi intencion y el artificio de mi dolor, y me dijo: « Chactas, hijo de Utalissi, miéntras

» Atala ha vivido, deseaba que permanecieses en estos desiertos; pero ahora que » tu suerte ha cambiado, te debes todo á » tu patria. Créeme, hijo mio, el dolor no » es eterno : tarde ó temprano es preciso » que acabe, porque el corazon del hombre no es infinito, y una de nuestras » grandes miserias es, que no seamos capaces de ser largo tiempo desgraciados. » Vuelve al Meschacebé : vé á consolar » á tu madre, que te llora todos los dias, » y necesita tu apoyo. Cuando tengas proporcion, hazte instruir en la religion de » tu querida Atala, y acuérdate que le » has prometido ser virtuoso y cristiano. » Yo velaré sobre el sepulcro de tu hermana : parte, hijo mio ; en el desierto » te seguirán Dios, el alma de tu amante, » y la memoria de tu anciano amigo de la » montaña. »

Tales fuéron las palabras del hombre de la gruta : su autoridad era demasiado grande, y muy profunda su sabiduría, para no obedecerle. Al dia siguiente dejé á mi huésped, que estrechándome sobre su co-

razon me dió sus últimos consejos, su última bendicion y sus últimas lágrimas; y despues me dirigí al sepulcro de Atala. Sorprendióme el hallar una cruz pequeña, que se manifestaba sobre la muerte, al modo que se descubre el mástil de un navió que ha padecido naufragio. Juzgué que el solitario habia ido á orar junto al sepulcro durante la noche, y esta prueba de su amistad y religion me hizo derramar abundantes lágrimas. Estuve tentado de abrir el sepulcro, y ver á mi amante todavía otra vez; mas un temor religioso me detuvo. Sentéme sobre la tierra recien movida, y apoyado un codo en las rodillas, y sostenida en mi mano la cabeza, quedé sepultado en el mas amargo sueño. ¡O René! allí fué donde por la primera vez reflexîoné seriamente sobre la vanidad de la vida, y la vanidad aun mayor de nuestros proyectos. ¡Ay hijo mio! ¿quien no ha hecho estas reflexîones? yo no soy mas que un viejo ciervo encanecido por los inviernos: mis años compiten con los de la corneja, y, á pesar de tantos dias

amontonados sobre mi cabeza, á pesar de tan larga experiencia de la vida, no he encontrado hombre, que no haya sido engañado en sus sueños de felicidad, ni corazon que no tuviese alguna llaga oculta. El pecho mas sereno en la apariencia se semeja á los pozos naturales de la sábana Alachua, cuya superficie parece tranquila y pura; pero cuando miras al fondo del sosegado cauce, reparas el corpulento cocodrilo que alimenta el pozo en las ondas.

Habiendo visto salir y ponerse el sol en este sitio de dolor, al dia siguiente, al primer canto del pelícano, me dispuse á dejar el sepulcro sagrado, y partí como del punto desde donde queria lanzarme en la carrera de la virtud. Llamé por tres veces al alma de Atala, y otras tantas respondió á mis voces el genio del desierto debajo del arco fúnebre. En seguida saludé al oriente; y á lo léjos en los senderos del monte descubrí al ermitaño, que se dirigia á la cabaña de algun infelice. Hincándome de rodillas, y abrazando estrecha-

mente el sepulcro, exclamé : « ¡ Duerme » en paz, en extrangero pais, hija desa» fortunada! En premio de tu amor, de » tu destierro y de tu muerte, vas á ser » abandonada hasta del mismo Cháctas. » Con esto me separé de la hija de López, derramando torrentes de lágrimas; y me arranqué de aquellos sitios solitarios, dejando al pié del magestuoso monumento de la naturaleza otro aun mas augusto, el humilde sepulcro de la virtud.

EPILOGO.

Chactas, hijo de Utalissi, el natche, contó esta historia al europeo René. Los padres la han ido trasmitiendo á su hijos; y yo, viagero en remotos paises, te he referido fielmente, lector mio, lo que los indios me han dicho. En esta narracion he notado muchas cosas : el cuadro del pueblo cazador y el del pueblo labrador; la religion, primitiva lesgisladora del sal-

vage; los riesgos de la ignorancia y del entusiasmo religioso, opuesto á las luces, á la tolerancia y verdadero espíritu del Evangelio; los combates de las pasiones y de las virtudes en un corazon sencillo; el triunfo en fin del cristianismo sobre el sentimiento mas fogoso y el temor mas terrible, á saber, el amor y la muerte.

Cuando me contó esta historia un siminol, me pareció instructiva y en extremo hermosa, porque pintó en ella el dolor, la flor del desierto, y las gracias de la cabaña, con una sencillez que no me lisonjeo de haber conservado. Solo me restaba averiguar, que habia sido del P. Aubry, y nadie me daba noticia de él. Siempre lo hubiera ignorado, y tú, lector, igualmente, si la providencia que todo lo dispone, no me hubiese descubierto lo que deseaba. He aquí como sucedió.

Habia yo recorrido las riberas del Meschacebé, que forman al mediodía las famosas barreras de la Nueva-Francia, y estaba deseoso de ver hácia el norte la otra maravilla de este imperio, la catarata de

Niágara. Habia llegado á muy corta distancia de esta cascada, en el antiguo pais de los agononsiónis [1], cuando una mañana atravesando la llanura descubrí una muger sentada debajo de un árbol, con un niño muerto sobre sus rodillas. Enternecido con este espectáculo, me acerqué á la madre, y oí que decia :

« Si te hubieras quedado entre noso-
» tros, querido hijo, ¡con que gracia hu-
» biera tu mano disparado el arco! Con
» brazo nervioso hubieses sujetado al
» oso feroz, y vencido en la carrera al
» mas ligero danta en la cumbre de la
» montaña. Blanco armiño de la roca,
» ¡tan jóven te has ido al pais de las al-
» mas! ¿Como lo has de hacer para vivir
» en él? Allí no está tu padre para ali-
» mentarte con la caza : tendrás frio, y
» ningun espíritu te dará pieles con que
» cubrirte. ¡O! es preciso que me apre-
» sure á reunirme contigo, para can-
» tarte canciones y presentarte mi pe-
» cho. »

(1) Los Iroqueses.

La madre, concluida esta oracion fúnebre de los desiertos, mecia al hijo en sus rodillas, humedecia sus labios con la leche maternal, y prodigaba á la muerte todos los desvelos que se dedican á la vida.

Esta madre queriendo secar el cuerpo de su hijo sobre las ramas de un árbol, segun la costumbre indiana, para llevarle despues al sepulcro de sus padres, dió principio á la tierna y religiosa ceremonia, desnudando á su hijo, respirando algunos momentos sobre su boca, y diciéndole: « ¡ Alma de mi hijo, hermosa alma! tu » padre te crió con un ósculo sobre mis » labios, y los mios no han podido darte » segunda vida. » Descubrió despues su seno, y apretó por última vez el helado cuerpecillo, que se hubiera reanimado con el fuego del corazon materno, si Dios no se hubiese reservado el aliento que infunde la vida.

Levantóse, y buscó con la vista, en el desierto hermoseado por la aurora, un árbol sobre cuyas ramas pudiese colocar á

su hijo. Eligió un arce cubierto de flores encarnadas, y festonado de guirnaldas de apio, que exhalaba la mas suave fragrancia. Con una mano bajó la ramas inferiores, y colocó con la otra el cuerpo del niño. Soltando despues la rama, cobró esta su posicion natural, manteniendo oculto entre las olorosas flores el despojo de la inocencia. ¡Cuan tierna es esta costumbre indiana! En sus aereas tumbas, penetrados los cuerpos de las substancias etereas, sepultados entre espesas hojas y flores, refrescados por el rocío, embalsamados por los vientecillos, mecidos por ellos sobre las mismas ramas, en que el ruiseñor ha formado su nido y hecho escuchar su doliente melodía; rodeados en fin de aromas, flores y rosas, pierden toda la fealdad del sepulcro. Si la mano del amante ha suspendido en el árbol de muerte los despojos de su jóven querida; si una madre ha colocado en la morada de los pajarillos los restos de un hijo, entónces se aumenta el embeleso. ¡ Arbol americano, que sosteniendo cuerpos humanos en tus ramas,

los separas de la morada de los hombres, acercándolos á la de Dios! yo he quedado extático debajo de tu sombra. Tu sublime alegoría representa el árbol de la virtud: sus raices crecen en el polvo de este mundo; su cima se pierde en las estrellas del firmamento; y sus ramas son los únicos escalones, por donde el hombre, viagero en este globo, puede subir desde la tierra al cielo.

Colocado el hijo sobre el árbol, la madre arrancó un rizo de sus cabellos, y lo colgó de las hojas, miéntras que el soplo de la aurora mecia en su último sueño, al que una mano maternal habia dormido tantas veces á la misma hora en una cuna de musgo. Entónces me dirigí hácia la muger, y puse mis dos manos sobre su cabeza, dando los tres gritos de dolor. En seguida, sin proferir una palabra, tomó cada uno un ramo, y nos pusimos á ahuyentar los insectos que susurraban al rededor del cuerpo; pero tuvimos gran cuidado de no espantar una paloma, cuyo nido estaba próximo, la cual de tiempo en tiempo ve-

nia á arrancar al niño un cabello, para hacer mas blando el nido á sus polluelos. La india le decia: « Palomita, si tú no » eres el alma de mi hijo que va volan- » do, eres sin duda una madre que busca » algo con que hacer una cuna. Toma » esos cabellos, que ya no lavaré mas en » el agua de la fuente: tómalos para dor- » mir tus polluelos. ¡El grande Espíritu » te los guarde! »

Entre tanto la madre lloraba de gozo viendo la atencion del extrangero. Al mismo tiempo se acercó un jóven, y la dijo: « Hija de Celuta, recoge á nuestro hijo: » ya no nos detendrémos aquí mas tiem- » po, y partirémos al primer sol. » Díjele entónces: « Hermano, yo te deseo » un cielo azul, abundancia de cabritillos, » un manto de castor y la esperanza. ¿Eres » de este desierto? » « No, me respondió: » nosotros vamos desterrados, y busca- » mos una patria. » Al decir esto el guerrero inclinó sobre su pecho la cabeza, y dobló la de algunas flores con la punta de su arco. Yo callé conociendo que debia

ser lastimosa su historia. La muger quitó á su hijo de las ramas del árbol, y lo entregó á su esposo para que lo condujese. Ambos miraban al niño, y se sonreian; pero su sonrisa estaba mezclada con el llanto. Entónces les dije : « ¿ Me permitiréis que esta noche encienda vuestra » lumbre ? » « Nosotros no tenemos ca-» bañas, replicó el guerrero : si quereis » seguirnos, descansarémos juntos al lado » de la catarata. » « Con mucho gusto, » le respondí : y partimos.

No tardamos en llegar á la orilla de la catarata, que se anuncia con un terrible estruendo. Está formada por el rio Niágara, que sale del lago Erié, y desagüa en el lago Ontarío, siendo su altura perpendicular de 144 pies. Desde el lago Erié hasta el salto, el rio corre declinando por una rápida pendiente; pero cuando cae, no parece rio, sino un mar cuyos torrentes se agolpan en la anchurosa boca de un abismo. La catarata se divide en dos brazos, formando una especie de herradura. Entre las dos cascadas se forma una

isla cavada por debajo, que nada con todos sus árboles sobre la confusion de las ondas. La masa del rio que se precipita al mediodía, se envuelve en un vasto cilindro, y extendiéndose despues en cascada de nieve, brilla al resplandecer del sol con todos los colores. La del levante baja cubierta de una sombra espantosa, y parece una coluna de agua del diluvio. Sobre el abismo se forman y cruzan mil iris: las aguas hieren el peñasco estremecido, saltan en torbellinos de espuma, y se levantan por encima de los bosques, como el humo de un vasto incendio. La escena está adornada de pinos, de nogales silvestres y de rocas cortadas en formade fantasmas. Las águilas, arrebatadas por la corriente del viento, descienden dando vueltas al fondo del abismo, y los carcajos se suspenden con sus largas colas de la punta de una rama baja, para coger en el abismo los destrozados cadáveres de los dantas y de los osos.

Miéntras contemplaba este espectáculo con un placer mezclado de terror, la india

y su esposo me habian dejado. Caminé en su busca, subí por la orilla del rio hácia su vertiente, y los encontré en un sitio análogo á su dolor. Estaban recostados sobre la yerba en compañía de unos ancianos; y junto á ellos se veian esqueletos humanos envueltos en pieles de fieras. Admirado de cuanto se presentaba á mi vista algunas horas hacia, me senté junto á la madre, y la dije: « ¿Que significa » esto, hermana mia? » « Hermano mio, » respondió: esta es la tierra de la pa- » tria, los huesos de nuestros abuelos, » que nos acompañan en nuestro destier- » ro, » « ¿Como, la dije, os habeis visto » reducidos á tal desgracia? » La hija de Celuta respondió: « Nosotros somos los » restos de los natches. Despues de la » grande mortandad que los franceses hi- » ciéron en nuestra nacion para vengar á » sus hermanos, los que se libertáron de » las manos del vencedor, encontráron » asilo entre los chikasas nuestros veci- » nos. Allí hemos permanecido tranquilos » algun tiempo; pero hace siete lunas,

» que los blancos de Virginia se han apo-
» derado de nuestras tierras, diciendo,
» que se las ha dado un rey de Europa.
» Levantando los ojos al cielo, y cargados
» con las cenizas de nuestros abuelos,
» hemos emprendido la marcha por medio
» de los desiertos. Yo he dado á luz en el
» camino ese niño; y como mi leche era
» mala á causa del dolor, ha emponzoñado
» á mi hijo. » Al decir esto enjugaba las lágrimas con sus cabellos, y yo la acompañé en el llanto.

« Hermana mia, la dije luego, adore-
» mos al grande Espíritu, pues todo su-
» cede por su voluntad: los desgraciados
» no lo serán siempre, y hay un sitio
» donde no llorarán mas. Si no temiese
» tener la lengua tan ligera como un blan-
» co, te preguntaria, si habias oido ha-
» blar de Chactas el natche. » Al oirme la india, me miró, diciendo: « ¿Quien os
» ha hablado de Cháctas el natche? » « La sabiduría » respondí. La india añadió: « Os contaré cuanto sepa, porque
» habeis ahuyentado los insectos del cuer-

» po de mi hijo, y acabais de decir palabras sublimes sobre el grande Espíritu. Yo soy la hija de la hija de René el » europeo, á quien Cháctas habia adoptado. Cháctas que recibió el bautismo, » y René mi abuelo pereciéron en aquella » mortandad. » « ¡ El hombre camina » siempre de dolor en dolor! exclamé haciendo una inclinacion. Tambien podrias tener noticias del P. Aubry. » « No ha sido mas afortunado que Cháctas, dijo la india. Supimos que los cheroqueses, enemigos de los franceses, » habian penetrado hasta su mision, guiados por el sonido de la campanilla, que » se tocaba para socorrer á los viageros. » El P. Aubry pudo salvarse, pero no » quiso abandonar á sus hijos en la desgracia, y quedó para esforzarlos á morir con su ejemplo. Fué quemado con » grandes tormentos; pero jamas pudiéron » arrancarle una palabra, que se dirigiese » contra Dios ó su patria. Miéntras duró » el suplicio, no dejó de rogar por sus » verdugos, y de compadecer á las victi-

» mas de que se veia rodeado. Los chero-
» queses, ansiosos de arrancar una mues-
» tra de flaqueza á este guerrero de los
» ejércitos del cielo, lleváron á su pre-
» sencia á un salvage cristiano, que ha-
» bian mutilado de un modo horrible.
» Pero se sorprendiéron al ver á aquel jó-
» ven hincarse de rodillas, y besar las
» heridas del anciano, que le decia con
» semblante sereno: *Hijo mio, nos han*
» *hecho el espectáculo del mundo, de los*
» *ángeles y de los hombres.* Enfurecidos,
» los indios le metiéron por la garganta
» un hierro encendido para impedirle que
» hablase. Entónces, no pudiendo servir
» ya de consuelo á los hombres, espiró.
» Se cuenta que los cheroqueses, por mas
» que estaban ocostumbrados á ver sufrir
» á los salvages con constancia, no pudie-
» ron ménos de confesar, que en el hu-
» milde esfuerzo del P. Aubry reconocian
» una cosa que no penetraban, y era supe-
» rior á todos los esfuerzos de la tierra.
» Conmovidos con muerte tan ejemplar,

» un gran número abrazó la religion cris-
» tiana.

» Algunos años despues, á su vuelta
» de la tierra de los blancos, supo Chác-
» tas las desventuras del gefe de la ora-
» cion, y fue á recoger sus cenizas y las
» de Atala. Atravesando el desierto, lle-
» gó al sitio donde estaba situada la mi-
» sion; pero apénas pudo reconocerlo. El
» lago habia salido de madre, y la sábana
» se habia convertido en una laguna in-
» transitable. El puente natural se habia
» caido, envolviendo en sus ruinas el se-
» pulcro de Atala y los bosquecillos de la
» muerte. Cháctas recorrió aquellos si-
» tios, y visitó la gruta del solitario, que
» encontró llena de zarzas y frambuesos,
» estando solo habitada por una cierva
» que daba de mamar á su cervatillo.
» Sentóse en la piedra de la vigilia de la
» muerte, donde no vió sino algunas plu-
» mas de las aves pasageras. Durante su
» silencioso llanto salió de unos mator-
» rales vecinos la serpiente que domes-

» ticó el misionero, y se le enroscó en
» sus pies. Acarició y calentó en su seno
» á esta antigua amiga, que habia que-
» dado sola en medio de aquellas ruinas.
» El hijo de Utalissi contó tambien, que
» muchas veces al caer la noche vió en
» aquella soledad la sombra de Atala y
» la del P. Aubry : visiones que le lle-
» náron de un religioso espanto y de una
» triste alegría. Despues de haber buscado
» inútilmente el sepulcro del ermitaño,
» y hecho vanas tentativas para descu-
» brir el de Atala, iba ya á abandonar
» aquellos lugares, cuando la cierva de
» la gruta se puso á saltar en su presen-
» cia, y se detuvo al pié de la gran cruz
» de la mision, que se veia medio hun-
» dida en el agua : su madero estaba car-
» comidó de musgo, y las aves del de-
» sierto se colgaban de sus brazos. Cháctas
» se figuró, que la cierva agradecida le
» conducia al sepulcro de su huésped :
» cavó debajo de la piedra, que habia ser-
» vido de altar en tiempo de los sacrifi-

» cios, y encontró los despojos de un
» hombre y de una muger. No dudó que
» fuesen los del sacerdote y la vírgen,
» que habrian sepultado los ángeles
» en aquel sitio. Sacólos de la tierra, los
» envolvió en pieles de osos, y tomó
» otra vez el camino del desierto, lle-
» vando consigo estos preciosos despo-
» jos, que resonaban en sus espaldas co-
» mo la aljaba de la muerte. Por la noche
» los colocaba debajo de su cabeza, y te-
» nia sueños de amor y de virtud. Car-
» gado con este dulce peso, llegó al pais
» de los natches. ¡Extrangero, contempla
» aquí estos huesos y los del mismo
» Chàctas! »

Al concluir la india estas palabras, me levanté, y acercándome á aquellas sagradas cenizas, me arrodillé delante de ellas en silencio: en seguida alejándome con presurosos pasos exclamé: ¡Así pasa en la tierra todo lo que es bueno, virtuoso y sensible! ¡Hombre! tú no eres mas que un sueño rápido, un desvarío doloroso:

no exîstes sino por la amargura de tu alma, y la eterna melancolía de tus pensamientos.

Estas reflexîones me ocuparon toda la noche á la orilla de la catarata, que contemplaba al resplandor de la luna. Al dia siguiente al rayar la aurora mis huéspedes me dejaron, para continuar su viage en la soledad. Los soldados jóvenes abrian la marcha, y las esposas la cerraban: los primeros llevaban las preciosas reliquias, y las segundas sus reciennacidos: los ancianos caminaban lentamente en el centro, colocados entre sus abuelos y su posteridad; entre los que habian exîstido ya, y los que aun no exîstian; entre los recuerdos y la esperanza; entre la patria perdida y la patria futura. ¡ O cuantas lágrimas turban la soledad, cuando se abandona así el pais nativo, y desde lo alto de la colina del desierto se descubre por la postrera vez el techo en que fuimos alimentados, y el rio de nuestra cabaña, que continúa discurriendo tristemente por los solitarios campos de la patria!

¡ Indios desafortunados, yo os he visto errantes por los desiertos del Nuevo-Mundo, cargados con las cenizas de vuestros abuelos ! A vosotros, que me habeis dado la hospitalidad, á pesar de vuestra miseria, ni siquiera con ella podria corresponderos hoy dia, porque tambien voy errante como vosotros por el capricho de los hombres; y ménos dichoso en mi destierro, ni aun he traido conmigo los huesos de mis padres.

FIN DE ATALA.

RENÉ,

POR M. DE CHATEAUBRIAND.

RENÉ.

HABIENDO llegado René á los Natches [1], se vió en la necesidad de tener una esposa, para conformarse á la costumbre de los indios entre que estaba; así lo hizo, aunque no vivia con ella. Arrastrado por una inclinacion melancólica á lo mas desierto de los bosques; pasaba en ellos los dias enteros, pareciendo salvage entre salvages. Su trato estaba solo reducido á Chác-tas, su padre adoptivo, y al padre Souel, misionero en el fuerte Rosalía [2]. Estos dos ancianos tenian mucho imperio sobre su corazon : el primero por su amable in-

(1) Vease Átala.

(2) Colonia francesa en Natches.

dulgencia, y el segundo por una severidad extremada. Desde la caceria del castor en que el ciego Sachem [1] contó á René sus aventuras, no habia querido este hablar de las suyas, aunque fué rogado muchas veces. Cháctas y el misionero deseaban, por lo mismo, saber en que consistia que un Europeo bien nacido hubiese tomado la estraña determinacion de sepultarse vivo en los desiertos de la Luisiana. Siempre se habia excusado René, pretextando lo poco interesante que era su historia, pues estaba ceñida, segun decia él, solamente á la de sus pensamientos. « Y en » cuanto al motivo que he tenido para » pasár á América, añadia, debo sepul- » tarle en un eterno olvido. »

Así pasaron algunos años, sin que sus viejos amigos consiguiesen de modo alguno les revelase su secreto. Al fin, con motivo de haberse redoblado su tristeza desde que recibió una carta de Europa por conducto de las misiones extrangeras, y estár

(1) Anciano ó consejero.

en tales terminos, que huía hasta de sus antiguos amigos, le volvieron á instár mas vivamente para que descubriese su corazon, usando para ello de tanta dulzura, discrecion y autoridad, que ultimamente se vió obligado á satisfacerles. Por lo tanto, concertó con ellos, el dia de referirles los secretos sentimientos de su alma, pues que las aventuras de su vida no las habia aun experimentado.

El 21 del mes que los salvages llaman *la luna de las flores*, pasó René á la cabaña de Cháctas, y dando su brazo al ciego Sachem, le condujo bajo un sasafra, ó laurel de los Iroqueses, á la orilla del Meschacebe. Muy poco tardó él P. Souel en venir al sitio indicado. La aurora comenzaba á salir, percibiase en la llanura, á alguna distancia, la aldea de los Natches con sus bosques de moreras, y numerosas cabañas que parecian colmenares. Divisabase sobre la derecha, á la orilla del rio, la colonia francesa y el fuerte Rosalía: casas á medio levantar, tiendas, fortalezas comenzadas, desmontes cubier-

tos de negros, y grupos de indios y blancos, ofrecian el contraste de las costumbres sociales y salvages, en aquel pequeño espacio. Habia el oriente en el fondo de la perspectiva, empezaba á parecer el sol entre las quebradas cimas de los Apalaches, señaladas en las alturas doradas del cielo como caracteres de todas formas : el Meschacebé ondeaba al occidente con magestuoso silencio, formando el borde del dibujo con una inconcevible grandeza.

Algun tiempo contemplaron René y el misionero aquella admirable escena, compadeciendo al ciego Cháctas, por no poder disfrutarla. Sentáronse el solitario y Sachem sobre los céspedes al pié del árbol, y colocandose el jóven en medio de ellos; despues de un rato de recogimiento, habló á sus antiguos amigos en estos terminos.

« Me es imposible empezar esta narracion sin cubrir me de vergüenza, respetables ancianos. La paz de vuestros corazones, y la calma de la naturaleza que

nos rodea, me ruboriza de la turbacion que padece mi alma.

» ¡Que compasion me tendréis! ¡cuan miserables os pareceran mis perpetuas inquietudes! Vosotros, que habeis consumido todos los pesares de la vida; ¿que pensaréis de un jóven sin virtud ni fuerzas, que halla en sí su tormento, y que tal vez no puede quejarse de otros males que de los que el mismo se ha acarreado? ¡Ah! no le condeneis, pues bastante castigo ha recibido.

» Mi vida costó la suya á mi madre; pues me sacáron de su vientre con el hierro. Tuvé un hermano á quien, como primogenito, tocó la bendicion de mi padre. Yo fuí criado fuera de los hogares paternos, y entregado desde muy niño á manos extrañas.

Mis progresos en los estudios fuéron rapidos, pues tenía una memoria feliz; pero era quien sembraba el desorden entre todos mis condiscipulos. Mi humor era impetuoso, desigual mi caracter, unas veces ruidoso y festivo, otras silencioso y

triste; ya juntaba al rededor de mí á mis jovenes amigos, y ya los abandonaba repentinamente, entrejándome á diversiones solitarias.

Todos los años por el otoño volvia á la quinta de mis padres, situada en medio de las florestas, cerca de un lago, en una provincia retirada.

» Allí atormentado y tímido á la vista de mi padre, no hallaba la alegría y contento, sino al lado de mi hermana Amelía. Uniame estrechamente á ella, una dulce conformidad en genio y gustos: era algo mayor que yo. Nuestra diversion consistia en trepar juntos los collados, en nadar en el lago, y en pasear los bosques al caer de las ojas; solo la memoria de aquellos tiempos baña mi corazon de alegría. ¡Oh ilusiones de la infancia y de la patria, jamas perdais vuestras dulzuras!

» Unas veces ibamos enteramente pensativos, prestando todo el oido al silencio del otoño, ó al ruido de las secas hojas que hollabamos con nuestros pies; y otras murmullabamos algunos versos en que

intentabamos pintar la naturaleza. Cuando jóven, cultivé las musas : no hay cosa mas poética en la vivacidad de las pasiones que un corazon de diez y seis años; la mañana de la vida está, como la del dia, llena de pureza, de imágenes y de armonías.

» Muchas veces oí, por entre los árboles, en lo dilatado del bosque, los sonidos de la distante campana que, en los domingos y fiestas, llamaba al templo al hombre rustico. Recostado en el tronco de un olmo, escuchaba en silencio tan piadoso murmullo. La inocencia de las costumbres campestres, se infundia en mi alma á cada trémulo movimiento del metal, no ménos que los encantos de la religion, la calma de la soledad, y la deleitable melancolía de los recuerdos de mi infancia. ¡ Oh! ¿ que corazon podrá haber tan insensible, que no se haya sobresaltado al ruido de las campanas de su pueblo, de aquellas campanas cuya alegría embelesó su cuna; que anunciáron su nacimiento, indicáron el primer latido de su corazon, y

publicáron en los alrededores la alegría santa de su padre, y los dolores y gozos aun mas inefables de su madre? Esto se halla en los encantadores recuerdos que suministra el ruido de la campana natalicia, filosofía, piedad, la cuna y la tumba, lo pasado y lo futuro.

» Amelía y yo, á la verdad, disfrutabamos mas que nadie de estas melancólicas ideas, porque ambos teniamos alguna tristeza en el corazon, bien nos viniese de Dios, ó bien acaso de nuestra madre.

» En este tiempo asaltó á mi padre una grave enfermedad, que en pocos dias lo condujo al sepulcro. Murió en mis brazos, aprendiendo así á conocer la muerte sobre los labios del mismo que me dió la vida: esta impresion fué tan grande que aun hoy dia no se ha borrado de mi imaginacion. Esta fué la vez primera que se representó claramente á mi vista la inmortalidad del alma. No pudé creer que aquel cuerpo inanimado fuese en mí el autor del pensamiento: conocí debia tener otro origen; y lleno de un dolor santo, que participaba

de alegría, esperé que alguna vez me habia de reunir al alma de mi padre.

» Esta sublime idea me la confirmó otro fenómeno. Las facciones de mi padre tomáron en el ferctro cierta señal de elevacion. ¿ Porque este asombroso misterio no ha de indicar nuestra inmortalidad? ¿ porque la muerte, que todo lo sabe, no ha de grabar sobre la frente de su víctima los secretos de otro mundo distinto? ¿ y por que enfin, no ha de haber en la tumba cierta manifestacion grande de la eternidad?

» Retirada Amelía con su dolor, á lo interior de una torre, oyó resonar bajo las bóvedas de la quinta el cantico de los sacerdotes del entierro, y los sonidos de la funebre campana. Yo acompañé á mi padre á su última morada; cubriéronse de tierra sus restos, oprimiendole con todo su peso el olvido y la éternidad : la indiferencia paseó en la misma tarde su tumba, pues para su hijo é hija era ya lo mismo que si nunca hubiese existido.

» Inmediatamente que heredó mi her-

mano, fué preciso dejar el techo paternal: y Amelía y yo nos retiramos en casa de unos parientes ancianos.

» Detenido á las puertas de los caminos engañadores de la vida, los contemplaba sin atreverme á entrar en ellos. Muchas veces me hablaba Amelía de la felicidad de la vida religiosa; deciame ser yo el único obstáculo que la detenia en el mundo, y fijaba en mí los ojos con tristeza. Penetrabanme estas conversaciones; y para distraerme iba á pasear á un monasterio cercano de mi nueva morada; hubo ocasion en que estuve tentado de ocultar en él mi vida. ¡ Dichosos aquellos que han concluido su viage sin haber perdido de vista el puerto, no habiendo pasado como yo tan inútiles dias sobre la tierra.

» Agitados continuamente los europeos, se ven obligados á construirse soledades. Cuanto mas tumultuoso es nuestro corazon, tanto mas no atraen la calma y el silencio de los desiertos. Aquellos hospicios de mi pais, abiertos á los desgracia-

dos, están comunmente ocultos en los valles, que llevan al corazon el sentimiento vago del infortunio y la esperanza de un abrigo: algunas veces se les descubre tambien en sitios elevados, donde el alma religiosa parece elevarse al cielo, ofreciendole sus perfumes, como una planta aromática de las montañas.

» Veo aun la mezcla magestuosa de las aguas y bosques de aquella antigua abadía, donde pensé ocultar mi vida de los caprichos de la suerte, y aun ando errante, al declinar el dia, por aquellos claustros solitarios. Cuando la luna medio iluminaba las colunas de los arcos, y reflejaba su sombra en el muro opuesto, me detenia á contemplar la cruz que señalaba el campo de la muerte, y las altas yerbas que crecian entre los sepulcros. ¡O hombres, que, habiendo vivido lejos del mundo, habeis pasado desde el silencio de la vida al de la muerte! ¡que filosofía tan triste infunden vuestras tumbas dentro de mi corazon!

» Bien fuese por mi natural inconstan-

cia, ó por estar prevenido contra la vida monastica, mudé al fin de designio. Resolví viajar, despedíme de Amelía que me estrechó entre sus brazos con un movimiento de alegría al parecer, y como si fuese feliz en dejarme; á vista de lo cual no pudé ménos de hacer una amarga reflexìon sobre la inconsecuencia de las amistades humanas.

» Con todo, lleno de ardor me interné solo en el borrascoso oceano del mundo, cuyos puertos y escollos me eran desconocidos. Visité entónces los pueblos que ya no exìsten; caminaba sentandome en las ruinas de Roma y de Grecia, donde los palacios de los reyes están sepultados en el polvo, y sus mausoleos ocultos entre zarzales. ¡Oh fuerza de la naturaleza, y debilidad de los hombres! una blanda yerba penetra muchas veces el duro mármol de esos sepulcros, de que jamas se levantarán aquellos muertos tan poderosos. Descubriase algunas veces sola y derecha en un desierto una alta coluna, así como asoma por intervalos un gran pensamiento

en un alma devastada por el tiempo y la infelicidad.

En todos los accidentes de mi viage meditaba en estos monumentos. Ya este mismo sol, que vió poner los cimientos de aquellas ciudades, se ocultaba magestuoso á mi vista sobre sus ruinas; ya levantandose la luna delante de un cielo puro, entre dos urnas cinerarías medio destruidas, me mostraba todos los pálidos sepulcros, y muchas veces he creido ver el genio de los recuerdos sentado y pensativo al lado mio, y á los rayos de este astro fomentador de los delirios.

» Por último me dejé de visitar monumentos, donde solo pisaba por lo comun un polvo criminal.

» De los sueños de las familias que ya no existen, pasé á las ilusiones de las vivientes. Paseandome un dia en cierta gran ciudad, y yendo por detras de un palacio, divisé en un patio retirado y desierto una estatua que señalaba con el dedo un lugar famoso por un sacrificio [1]. Admiróme el

(1) En Londres, detras de Withall, la estatua de Carlos II.

silencio que reynaba en aquel sitio, pues ni aun estaba perturbado por las querellas del viento, que gemia al rededor del mármol trágico. Algunos trabajadores unicamente estaban sentados con indiferencia al pié de la estatua, silbando y labrando piedras. Preguntéles que significaba aquel monumento: unos no quisiéron decirlo, y otros ignoraban la grande catástrofe que representaba. Ninguna cosa me suministró medida mas adecuada de los sucesos de la vida, y de lo poco que somos. ¿Donde están esos personages que hiciéron tanto ruido? El tiempo dió un paso, y se reemplazó la faz de la tierra.

Sobre todo, buscaba en mis viages á los artistas, y á aquellos hombres divinos que cantan sobre su lira los dioses y la felicidad de los pueblos, que honran las leyes, la religion y los sepulcros.

Estos cantores son de raza divina, y solo ellos poseen el incontestable talento, que ha concedido el cielo á la tierra: á un mismo tiempo, es pura y sublime su vida: celebran á los dioses con boca de oro, son

los hombres mas sencillos, revelan los secretos como los inmortales, ó como los niños; explican las leyes del universo, desconociendo los negocios mas inocentes de la vida; tienen ideas maravillosas de la muerte, y acaban sus dias sin sentirlo, como reciennacidos.

Sobre los montes de Calcedonia me cantó el último poeta galo que se ha oido en aquellos desiertos las composiciones con que un antiguo héroe se consolaba en su vejez solitaria. Sentados estabamos sobre cuatro piedras consumidas del musgo, y un torrente de agua corria á nuestros pies: á alguna distancia, un macho cabrio saltaba sobre la arruinada torre, y el viento del desierto silbaba sobre los matorrales de Cona. La religion cristiana, hija tambien de las montañas, habia puesto cruces en los monumentos de los héroes del Morven, y tocado el arpa de David á orillas del mismo torrente en que Ossian hizo resonar la suya: tan tranquila, como eran guerreras las divinidades de Selma, guarda sus rebaños en el mismo sitio donde

combatia Fingal, esparciendo ángeles de paz por las nubes, ántes habitadas por fantasmas homicidas.

» La antigua y alegre Italia me ofreció la multitud de sus obras maestras. ¡Con que santo horror paseaba por aquellos vastos edificios que el arte consagró á la religion! ¡que laberinto de colunas! ¡que seguida de arcos y bovedas! ¡que bellos ruidos los que se oyen al rededor de las rotundas, semejantes á los rumores del mar, á los murmullos del viento en las florestas, ó, por mejor decir, á la voz de Dios en su templo! Construye, por decirlo así, el arquitecto las ideas del poeta, y hace sus impresiones en los sentidos, así como el poeta las hace en el alma.

» A pesar de esto ¿que habia yo aprendido hasta entónces en medio de tanta fatiga? Nada de cierto entre los antiguos, ni de bello entre los modernos. Lo pasado y lo presente son dos estatuas incompletas: la una se ha desechado y mutilado por los años, y la otra no ha recibido aun su perfeccion de la posteridad.

» Sin duda, antiguos amigos mios, y vos especialmente, sabio *Cháctas*, estaréis maravillados de que ni una sola vez, en toda mi narracion, os haya hablado de los monumentos de la naturaleza.

» Hallabame un dia en la cima del Etna, volcan que arde en medio de una isla. Ví levantarse el sol sobre mí en la inmensidad del horizonte; reducida á mis pies la Sicilia como un punto, y estendido á lo largo del mar en los espacios. Apénas divisaba, en esta vista perpendicular, los rios como lineas geograficas, trazadas sobre un mapa; pero mientras mi vista percíbia por un lado aquellos objetos, se sumergia por otro en lo profundo del Etna, descubriendo sus abrasadoras entrañas entre los álitos de un negro vapor.

» Sin duda, virtuosos ancianos, es objeto digno de vuestra compasion un joven lleno de pasiones, sentado en el borde de un volcan, llorando sobre los desgraciados mortales cuyas estrechas moradas veia á sus pies; pero pensad como gusteis de René, esta pintura os ofrece

una viva imagen de su caracter y de su triste existencia : así es como he tenido toda mi vida ante mis ojos una creacion inmensa, é imperceptible á un mismo tiempo, y un abismo abierto á mi lado. »

Al pronunciar estas últimas palabras, conoció René que distraida el habla no aparecia en su inmóvil lengua. El padre Souel estaba asombrado, y el ciego y viejo Sachem, no oyendo hablar ya al jóven, no sabia que pensar de este silencio.

René entretanto, tenia fijos los ojos en un grupo de indios que paseaban en la llanura; enterneciόse de repente; lloró, y esclamó gritando :

« ¡ Felices salvages ! ¡ que no pueda yo gozar la paz que siempre os acompaña ! sentados tranquilamente bajo una encina, dejais pasar los dias sin contarlos, miéntras que yo, sin utilidad alguna, recorro tantos paises. Vuestro discurso se limita á vuestras necesidades, llegando mejor que yo al resultado de la filosofía entre los juegos y el sueño, como niños. Si la ligera melancolía que engendra el exceso de la

felicidad, toca alguna vez vuestras almas, bien pronto salis de esta turbación pasagera, y levantando al cielo vuestra vista, busca con ternura no sé que cosa desconocida, que se compadece del pobre salvage. »

Aquí cesó de nuevo la voz de René, inclinando la cabeza sobre su pecho. Chác-tas extendiendole en el hombro su brazo y tomando el de su hijo, le gritó diciendo con un tono lleno de emocion : ¡ hijo mio ! ¡ querido hijo!...

A estas exclamaciones, volvió en sí el hermano de Amelía, y sonrojandose de su turbacion, pidió á su padre que le perdonase.

El anciano salvage le dijo con una dulzura sin igual : « Mi jóven amigo, los mo-
» vimientos de un corazon como el tuyo,
» no podrán ser uniformes ; procura solo
» moderar ese carácter fogoso, que ha he-
» cho ya en tí tanto estrago. Si en los con-
» trastes de la vida padeces mas que otro
» alguno, no te admires, pues mas dolo-
» res que las pequeñas sufren las almas

» grandes. Continúa tu narracion. Ya nos » has hecho reconocer la Europa; apresurate, pues, á darnos á conocer tu patria. Bien sabes que he visto la Francia, » y no ignoras los vínculos que me han » unido á ella : me complaceré de oir hablar de aquel monarca grande [1] que » ya no existe, y cuya soberbia cabaña » he visitado. Yo no vivo mas que con » mi memoria, querido hijo mio; un anciano con sus recuerdos es parecido á la » decrépita encina de nuestros bosques, » que no se engalana con su propia hoja, » sino que cubre su desnudez con plantas » extrañas que han vegetado sobre sus » antiguos troncos. »

Sosegado con tan dulces palabras el hermano de Amelía, volvió á tomar el hilo de la historia secreta de su corazon, y continuó de esta manera :

« ¡Ah! padre mio, yo no podré hablaros de aquel gran siglo, cuyo fin solo he visto en mi infancia, y que no existia ya

(1) Luis XIV.

cuando volví á entrar en mi patria. Jamas se verificó en pueblo alguno transformacion tan maravillosa y repentina. De la elevacion del talento, del respeto á la religion, y de la gravedad de las costumbres, habia todo bajado súbitamente á la veleidad del espíritu, á la corrupcion y á la impiedad.

» En vano, pues, esperé hallar en mi patria con que calmar aquella vana inquietud, y el ardiente deseo que siempre me habia acompañado : el estudio del mundo me habia enseñado alguna cosa, y por eso no disfrutaba ya la dulzura de la ignorancia.

» Hasta mi propia hermana parecia complacerse en aumentar mis penas, con una conducta inexplicable. Pocos dias ántes de mi llegada se habia ausentado de Paris; escrivíle que intentaba volverme á unir con ella, pero me contestó en pocas lineas, apartandome de esta idea, á pretexto de no saber el parage á donde le llamarian sus quehaceres. ¡ Que tristes reflexiones hicé entónces sobre la amistad que entibia

la presencia y borra la ausencia, que no se resiste á la desgracia, y mucho ménos á la prosperidad!

» Encontréme, pues, mas aislado en mi patria que lo que jamas me habia visto en tierra ágena. Quisé entregarme por algun tiempo en un mundo que ni me decia nada, ni me percibia. Mi alma, no poseida hasta entónces de pasion alguna, buscaba objeto á que adherirse. Bien pronto percibí que daba mas de lo que recibia. De mí no se exigia un lenguage elevado, ni un juicio profundo. Mi ocupacion era minorar mi vida para ponerla al nivel de la sociedad. Tenido por todas partes por un espíritu novelero; avergonzado de mi modo de vivir; y cada vez mas disgustado de los hombres y de las cosas, tomé el partido de retirarme á un arrabal donde viví enteramente ignorado y oculto.

» Bastante placer hallé, desde luego, en esta vidaindependiente y obscura: desconocido de todos, me mezclaba con la multitud, y observaba estos dilatados desiertos de hombres, mas tristes, á la ver-

dad, que los de los bosques, pues su soledad es toda para el corazon.

» Muchas veces me senté en una iglesia poco freqüentada, donde pasé horas enteras en meditacion. Veia venir mugeres infelices á prosternarse ante el altisimo, ó á los pecadores á postrarse en el tribunal sagrado de la penitencia. Ninguno salía de estos lugares sin mayor serenidad en su rostro; y los sordos clamores que se oía á fuera, parecian las olas de las pasiones y de las tormentas del mundo, que acababan de espirar al pié del templo del Señor. ¡Gran Dios, que viste correr mis lágrima sen secreto, dentro de aquellos retiros sagrados, no ignoras cuantas veces me arrodillé á tus pies, para suplicarte me descargases del peso de la existencia, ó mudases en mí el hombre viejo! ¡Ah! ¿quien no ha conocido la necesidad de reengendrarse alguna vez, de remozarse en las aguas del torrente, y bañar su alma en la fuente de la vida? ¿quien no se halla agoviado con la carga de su propia

corrupcion, é incapaz de cosas grandes, nobles y justas?

» Al obscurecer, tomando el camino de mi retiro, me paraba en los puentes para ver ponerse el sol. Inflamando el astro los vapores de la ciudad, parecia que oscilaba lentamente en un fluido de oro, como la péndola del gran relox de los siglos. Despues me retiraba por un laberinto de calles solitarias, donde se ofrecian á mi imaginacion diversas escenas, á proporcion que la noche se acercaba. Al mirar todas las luces que resplandecian en las habitaciones de los hombres, se transportaba mi alma en medio de las escenas dolorosas y alegres que alumbraban: reflexionaba que bajo tantos techos habitados, no tenía un solo amigo. Mas en medio de mis reflexiones llegaba la hora á dar sus medidos golpes en el relox de una catedral gótica: repetianse sobre todos los tonos, y á todas distancias, de iglesia en iglesia: ¡ay de mi! esclamaba: cada hora abre un sepulcro en la sociedad, y acarrea mares de lágrimas.

No tardó en serme insoportable aquella misma vida que me hechizaba. Canséme de la repeticion de las mismas ideas y escenas. Puséme á sondear mi corazon, y á preguntarle lo que desearia. Lo ignoraba; pero de improviso me pareció que los bosques me serian deliciosos. Vedme aquí resuelto de repente á acabar en un destierro campestre una carrera principiada apénas, y en que habia ya consumido siglos enteros.

Este proyecto lo abracé con el mismo ardor con que emprendia todos mis designios: me encaminé hácia una choza cubierta de rastrojo, así como lo habia hecho en otro tiempo para dar vuelta al mundo.

» Acusaseme de tener gustos inconstantes y rápidos; de que no puedo gozar largo tiempo de una misma suerte, y de que soy la presa de una imaginacion codiciosa, que se apresura á llegar al fondo de mis placeres, como si estuviese enfadada de su corta duracion: se me acusa de que siempre paso mas allá del termino á que

puedo llegar. ¡Ah! yo busco solamente un bien desconocido, cuyo instinto indeterminado me persigue. Mi falta consiste en que en todo hallo límites, y en que lo que es finito vale poco para mí. No obstante, conozco que amo la monotonía de los sentimientos de la vida; y si aun tuviese la locura de creer en la felicidad, solo la buscaria en la costumbre.

Bien pronto, con la absoluta soledad; quedé sumergido en un estado casi imposible de pintar. Sin parientes ni amigos, solo sobre la tierra, sin haber amado, aunque queriendo amar, estaba agobiado de una superabundancia de vida. Me sonrojaba algunas veces de repente, y como que sentia correr en mi pecho arroyos de ardiente lava: otras daba involuntarios gritos, y tanto mis sueños como mis vigilias turbaban la noche: alguna cosa me faltaba para llenar el abismo de mi existencia: bajaba al valle, y me subia á la montaña, llamando con todas mis fuerzas el objeto ideal de una llama futura; yo le abrazaba en el viento, le agarraba en los murmul-

los del rio; todo me representaba esta fantasma imaginaria, los astros en los cielos, y el mismo principio de vida en el universo.

» No carecia, á pesar de esto, de hechizos este estado de turbacion y de calma, de riqueza y de indigencia. Yo amaba los delirios á que me inducia, usando aun de los resortes de mi vida.

» Divertido un dia en deshojar una rama de sauce sobre un arroyo, aplicaba una idea á cada hoja que la corriente arrebataba. Un monarca que teme perder su trono en una súbita revolucion, no tiene augustias mas vivas que las que experimenté á cada accidente que sucedia al deshojamiento de mi rama. ¡ Oh debilidad de los mortales! ¡oh infancia del corazon humano, que jamas se envejece! He aquí, pues, hasta el grado de puerilidad que nuestra soberbia razon puede abatirse; y no obstante, es cierto que muchos hombres ligan su destino á cosas tan frágiles como mis hojas de sauce.

» Pero ¿como manifestaré aquella mul-

titud de sensaciones fugitivas que experimentaba en mis paseos? Los ruidos que las pasiones causan en el vacio de un corazon solitario, se parecen al murmullo que los vientos y las aguas hacen resonar en el silencio del desierto : disfrutamos de él, pero nos es imposible describirlo.

» En medio de estas incertidumbres llegó el otoño : entré alegre en los sombrios meses de las tempestades. Unas veces habria querido ser uno de aquellos antiguos guerreros, errantes por medio de vientos, nubes y fantasmas; y otras llegaba hasta á envidiar la suerte del pastor á quien veia calentar sus manos al corto fuego de las malezas que habia encendido en la cima de un monte. Oía sus melancólicos cantos, y me recordaban que en todo pais es triste el canto natural del hombre, aunque esprese la felicidad. Nuestro corazon es un instrumento incompleto, una lira sin cuerdas, y en que estamos obligados á cantar los acentos de alegría en el tono consagrado á los suspiros.

Por el dia me internaba en grandes matorrales que terminaban en bosques. Poco era menester para dar pábulo á mis delirios : una hoja seca que arrojase el viento delante de mí; una cabaña cuyo humo se elevase en la cima despojada de los árboles; el musgo que temblase al viento del norte, sobre el tronco envejecido de una encina; una roca separada, ó un estanque desierto en que murmullase el marchito junco. Varias veces atrajo mis miradas el campanario rustico que se elevaba á lo lejos en un valle solitario : muchas he seguido con la vista los pajaros peregrinos que volaban sobre mi cabeza. Representabanse á mi idea, los términos ignorados, y lejanos climas donde ellos caminan : habria querido tener sus alas: un secreto instinto me atormentaba : conocia que yo no era mas que un viagero; pero creia oir una voz del cielo que me decia : « Hombre, aun no ha llegado la epoca de tu peregrinacion, aguarda que se llevanta el viento de la muerte, y entónces desplegarás tu vuelo hácia estas regiones

» incógnitas, por las que anhela tu co-
» razon. »

¡Levantaos presto, deseadas borrascas, que habeis de conducir á René á los espacios de la otra vida! Caminaba á largos pasos, diciendo esto, con el rostro encendido, y mi cabellera agitada por el viento, sin que sintiese la lluvia, ni la escarcha, encantado, atormentado y como dominado del enemigo de mi corazon.

» Cuando por las noches venía el cierzo á bambolear mi humilde choza, ó caia sobre mi techo un torrente de agua, y cuando veia por entre mi ventana surcar á la luna las espezas nubes, como un navio que hiende las olas, me parecía que se redoblaba la vida en el interior de mi corazon, y que habria podido crear mundos enteros. ¡ Ah! ¡ si hubiese podido dividir con otro los transportes que experimentaba! ¡ O Dios! ¡ si me hubieras concedido una muger de mi gusto, ó me hubieses traido otra Eva sacada de mí mismo, como á nuestro primer padre!.,.. me habria postrado ante tí, belleza celeste: sí, me hu-

biera arrodillado, pues, tomandote despues en mis brazos, habria pedido al Eterno te concediese los restos de mi vida.

» ¡ Ay de mí! yo estaba solo sobre la tierra. Apoderabase de mi cuerpo una secreta languidez, renovandose con mas fuerza el disgusto de la vida, que desde mi mas tierna juventud habia experimentado. Mi corazon no daba ideas al pensamiento, y solo conocia mi existencia por el sentimiento profundo de descontento y enfado.

» Algun tiempo pugné contra mi mal, pero con indiferencía, y sin la firmeza necesaría para vencerle. Por último, no pudiendo hallar remedio á la herida de mi corazon que, no existiendo en parte determinada, se hallaba en el todo, resolví quitarme la vida.

» ¡ Sacerdote del Altísimo, que oyes mis delirios, perdona á un desdichado, á quien el cielo privó de la razon! Estando lleno de religion, yo raciocinaba como impío; mi corazon amaba á Dios, desconociendole mi entendimiento; mi conducta,

mis discursos y mi modo de pensar eran solo contradiccion, tinieblas y mentiras. ¡ Ah ! el hombre sabe bien lo que quiére ¿ pero está siempre seguro de lo que piensa ?

» A un tiempo me faltaba todo, la amistad, el mundo y el retiro. Todo lo habia probado, y todo me era ingrato. Desechado de la sociedad, y abandonado de Amelía, ¿ que me restaba ya, cuando despues me faltó tambien la soledad? Esta era la última esperanza en que habia creido salvarme, pero conocia iba á perderla sin remedio.

» Aunque resuelto á descargarme del peso de la existencia, determiné aplicar toda mi razon á este acto insensato. Ninguna cosa me apresuraba; y de fijo no señale el momento de la partida, con el fin de recrearme largos ratos con los últimos momentos de la vida, y recoger todas mis fuerzas á ejemplo de un antiguo, para conocer la ausencia de mi alma.

» Era necesario tomar algunas disposiciones por lo tocante á mi fortuna, y me

vi precisado á escribir á Amelía. Escapáronseme algunas quejas de su olvido, y hube sin duda de dejar vislumbrarse la conmocion que dominaba poco á poco mi corazon. No obstante creia haber disimulado bien mi secreto; pero mi hermana, acostumbrada á leer en mi alma, lo adivinó facilmente : se sobresaltó con el violento tono de mi carta, no ménos que con las preguntas sobre asuntos de que jamas habia yo hecho caso alguno. En vez de contestarme, vino á sorprenderme repetinamente en mi soledad.

» Para que conozcais bien, ó ancianos, cual pudo ser despues la amargura de mi dolor, y cuales fuéron mis primeros arrebatos, volviendo á ver á Amelía, debeis haceros cargo que esta era la única persona que yo habia amado en el mundo, y que todos mis sentimientos se refundian en ella con la dulzura de los recuerdos de mi niñez. Recibí á Amelía con un éstasis de mi corazon. ¡No hallaba, ni habia encontrado en tan largo tiempo, quien me

comprendiese, y delante de quien pudiese dar desahogo á mi alma!

» Bañada en lágrimas y entre mis brazos, me dijo Amelía: « ¡Ingrato! ¿ viviendo tu hermana, quieres morir? ¿ sospechas de su corazon? Ni te expliques, ni te excuses; todo lo sé, y lo he comprendido, como si hubiese estado contigo. ¿Pretendes engañar me á mí que he visto nacer los primeros sentimientos de tu vida? ¡Considera tu caracter desgraciado, tus injusticias y disgustos! ¡jura, mientras te estrecho en mi corazon, que esta será la vez postrera que te entegras á tus delirios! prometeme no atentar jamas contra tu existencia! »

» Mirabame Amelía, al pronunciar estas palabras con mucha ternura y compasion, dandome á cada instante dulces y enternecidos ósculos: no era una madre, sino una cosa mas que esto todavía. ¡Ah! mi pecho tornó á prestarse á todas las alegrías; y semejante á un niño, solo queria

ser consolado : me rendí al imperio de Amelía; exigió un juramento solemne, que hicé sin vacilar, y sin que sospechase poder ser jamas desdichado.

» Mas de un mes estuvimos gozando los placeres de nuestra compañia. Por la mañana, cuando me creía hallar solo, oia la voz de mi hermana, experimentando en mí un estremecimiento gustoso de dicha y felicidad. Amelía habia recibido de la naturaleza un no sé que de divino; en su alma habia las mismas inocentes gracias de su cuerpo; la dulzura de sus sentimientos era infinita; no habia en su espíritu cosa que no fuese suave, y un poco pensativa : podiase decir que conspiraban á esto, como de acuerdo, su corazon, su pensamiento y su voz : tenia la timidez y amor propio de muger, y la pureza y melodía de angel.

» Mas llegaba ya el punto en que iba yo á expiar las inconsecuencias de mi vida. Habia persistido en mi delirio hasta desear experimentar una desgracia para tener

á lo ménos un objeto efectivo de sufrimiento. ¡ Deseo espantoso, cuyas voces no deja Dios de oir jamas en medio de su cólera!

» Pero ¿que voy á revelaros, sabios amigos mios? ved las lágrimas que corren de mis ojos, pues yo mismo.... Pocos dias hace, no se me habria arrancado este secreto; pero ahora se acabó ya todo.

» Sin embargo, sea para siempre sepultada en el silencio ésta historia, augustos ancianos. Acordaos que solo la conté bajo el arbol del desierto.

» Se concluía el invierno, cuando advertí que Amelía perdia cada dia el reposo y salud que empezaba á darme. Enflaquecia, hundiansele los ojos, su andar era decaido y muy turbada el habla. Un dia la sorprehendí, bañada en llanto, al pié de un Santo-Cristo. La noche, el dia, el mundo, la soledad, mi ausencia y mi presencia, todo la consternaba. Suspiros involuntarios venian á espirar sobre sus labios; ya daba una larga carrera sin cansarse; ya apénas se podia tener; tomaba y soltaba

la labor; abria un libro sin poder leer; comenzaba un periodo, y no lo concluia; se anegaba en llanto de repente, y se retiraba á hacer oracion.

» Inutilmente procuré descubrir su secreto. Cuando estrechandola en mis brazos le hacia alguna pregunta, me contestaba riendose, que estaba como yo, sin saber lo que tenia.

» De esta manera se pasaron tres meses, cada dia empeorandose mas. Una correspondencia misteriosa, era á mi parecer el origen de sus lágrimas, pues segun las cartas que recibia, aparecia ó mas tranquila ó conmovida. Una mañana, habiendose pasado la hora en que almorzabamos juntos, subí á su cuarto: llamé, y no se me contestó: entreabrí la puerta, y no hallé nadie en la habitacion. Sobre la chimenea ví un pliego con sobre para mí. Tomélo en mis manos temblando, lo abrí, y leí esta carta que he conservado para privarme en lo sucesivo de todo motivo de alegría.

A RENÉ.

» Testigo es el cielo, mi amado René,

» de que daria mil vidas por librarte de
» un solo instante de afliccion; pero por
» desgracia nada puedo hacer en favor
» tuyo. Perdoname la ausencia que hago
» de tu casa sin que lo sepas, cual si fue-
» ra delincuente: pero así es forzoso, pues
» no podria dejar de ceder á tus súplicas,
» siendo por otra parte indispensable mi
» partida. ¡Oh Dios, tened compasion de
» mí!

» Sabes muy bien, querido hermano,
» que siempre tuvé aficion á la vida reli-
» giosa; y es tiempo ya de que aproveche
» las advertencias del cielo. ¿Porque he
» aguardado á tan tarde? Dios me castiga.
» Solo habia permanecido por tí en el
» mundo.... Perdoname: pues el pesar de
» dejarte, me tiene toda turbada.

» Ahora es cuando conozco, hermano
» mio, la necesidad de aquellos asilos,
» contra los que muchas veces te he
» oido declamar. No lo dudes, hay des-
» gracias que nos separan de los hombres
» para siempre. ¿Que será de los desgra-
» ciados?... Estoy persuadida, que tú mis-

» no hallarias descanso en estos retiros
» de la religion. En la tierra no hay cosa
» que sea digna de tí.

» Conozco la fidelidad de tu palabra, y
» por eso no te recuerdo tu juramento: lo
» hiciste, y vivirás por mí. ¡Ah! ¿que
» cosa hay mas miserable que el pensar
» continuamente en dejar la vida? No
» hay cosa mas comoda que el morir para
» el hombre de tu caracter: pero creeme,
» es mas penoso vivir.

» Mas, querido hermano, deja cuanto
» ántes la soledad, que no te es prove-
» chosa; busca algun entretenimiento ú
» ocupacion. Ya sé que te ries de la ne-
» cesidad que hay, segun se cree en Fran-
» cia, de *tomar un estado*: no desprecies
» tanto la sabiduría y experiencia de
» nuestros mayores. Mas vale, René mio,
» parecernos un poco mas al comun de los
» hombres, si de este modo somos ménos
» desgraciados.

» Quiza en el matrimonio hallarias re-
» medio á tus enfados. Tu muger é sus hi-
» jos harian felices tus dias. ¿Y que muger

» no procuraria conseguirlo? La fogo-
» sidad de tu alma y la belleza de tu in-
» genio, tu aire noble y apasionado, ese
» mirar tan altivo y tierno, todo te ase-
» guraria de su fidelidad y de su amor.
» ¡ Ah! ¡ con que placer te estrecharia
» en sus brazos contra su corazon! ¡ co-
» mo, para prevenir tus menores de-
» seos, echaria sobre tí sus atentas mira-
» das, aliviando tus mayores penas! to-
» da ella seria, á tu vista, inocencia y
» amor: juzgarias haber hallado otra nueva
» hermana.

» Yo me dirijo al convento de.... Este
» monasterio construido á la orilla del
» mar es propio para la situacion de mi
» alma. Desde lo interior de mi celda,
» oiré de noche, el murmullo de las olas
» que bañan los muros del edificio; me
» acordaré de aquellos paseos que daba-
» mos en los bosques, cuando creíamos
» oir el ruido de los mares en las agita-
» das copas de los pinos. Amable compa-
» ñero de mi infancia, ¿ es esto lo mis-
» mo que el no volverte á ver ¿ Apénas

» tenia mas edad que tú, te mecia en la
» cuna, y muchas veces hemos dormido
» juntos. ¡Ah! ¡si una misma tumba nos
» reunirá algun dia! Mas no; yo debo
» dormir sola bajo los frios marmoles de
» aquel santuario donde descansan para
» siempre las que no amaron jamas.

» No sé si podras leer estas lineas bor-
» radas con mi llanto. Ademas de que,
» amigo mio, ¿no era indispensable se-
» pararnos mas tarde ó mas temprano?
» Mas ¿que necesidad tengo de hablarte
» de la incertidumbre y poco valor de la
» vida? Acuerdate del jóven del T.... que
» pereció en la isla de Francia. Cuan-
» do, algunos meses despues de su muer-
» te, recibiste su última carta, ya no
» restaban los mas pequeños despojos de
» su cuerpo; y el instante que daba prin-
» cipio á tu sentimiento en Europa, era
» el que concluia los duelos de sus ami-
» gos en Indias. ¿Que es, pues, el hom-
» bre, si su memoria se borra tan pronto,
» que no pueden saber su muerte algunos
» de sus amigos, sino despues que están

» consolados los otros? ¡Que! querido y
» mi muy amado René, ¿ se borraria de
» tu corazon tan pronto mi memoria?....
» ¡Oh, hermano mio! si me ausento de
» tí ahora, es para que no nos separemos
» en la eternidad. AMELIA.

» P. D. Añado aquí la donacion de
» mis bienes ; espero no reusarás esta
» prueba de mi amistad. »

Si hubiese caido á mis pies un rayo, no me habria causado tanta alteracion como esta carta. ¡ Que secreto me ocultaba Amelia! ¿ quien la obligaba á abrazar la vida religiosa tan de repente ? ¿ habiame ligado de nuevo á la existencia por el encanto de la amistad, para abandonarme al instante? ¡ Ah! ¿ porque vino á apartarme de mi designio? Un movimiento de compasion fria la habia vuelto á llamar hácia mí : pero cansada bien presto de una triste obligacion, se apresura á dejar á un desdichado, que á nadie mas que á ella tenía en la tierra. Se cree hacer lo posible, cuando se impide á un hombre morir.... Estas eran mis quejas. Despues

dando una vuelta hácia mí mismo, decia: ¡Ingrata! ¡si tu hubieses estado en mi lugar; si, como yo, hubieras sido agoviada con el vacío de tu existencia, no, tu hermano no te habria abandonado!

» No obstante, cada vez que volvia á leer la carta, hallaba no sé que de ternura y tristeza, que abrazaba todo mi corazon. De repente me sobrevino una idea que me dió alguna esperanza. Jusgué si Amelia se habria enamorado tal vez de algun hombre de inferior condicion, y que por la vanidad de nuestra familia, no se atrevia á confesarlo. Su melancolía parecia indicarme esta sospecha, no ménos que su correspondencia misteriosa, y el ayre apasionado que reynaba en su carta. Escribíle al instante, dandole las quejas mas tiernas, y suplicandole me declarase su corazon, y que no sacrificase su felicidad á la vanidad de parientes que le eran casí extraños.

No dilató su contestacion, diciendo, que estaba determinada y ya habia logrado la dispensa del noviciado, por lo

que iba á pronunciar sus votos inmediatamente. Añadia al fin : « Yo he despreciado mucho á nuestra familia: á tí es á » quien unicamente he amado : amigo » mio, Dios no aprueba esas preferencias, » y hoy me castiga. »

» Esta carta me inspiró un movimiento colérico : la obstinacion de Amelía , el misterio de sus palabras, su poca confianza en mi amistad, me conmoviéron en gran manera.

» Habiendo vacilado un poco sobre la determinacion que debia tomar, resolví ir á B.... con el intento de retardar por lo ménos la profesion, si no podia impedir el que se realízase.

» A un lado del camino se hallaba la quinta en que me habia criado. Luego que divisé aquellos bosques donde gozé los únicos instantes dichosos de mi vida, no pudé contener mi llanto, y me fué imposible resistir á la tentacion de ir á hacerles la última despedida. Desviéme, pues, un instante del camino, para cumplir aquella sagrada peregrinacion.

» Habiendo vendido mi hermano mayor aquella herencia paternal, estaba en poder de otro dueño que no la habitaba. Llegué á la quinta por la larga calle de abetos: atravesé los solitarios patios, me detuve silencioso á mirar las cerradas y medio rotas ventanas, el cardo que crecia al pié de los muros, las hojas que estaban derramadas en el umbral de las puertas, y aquella desamparada galería en que tantas veces habia visto á mi padre y á sus fieles criados. Ya se veian cubiertos de musgo los escalones, y el anteado alelí crecía entre sus movedizas y descarnadas piedras. Un desconocido guarda me abrió con ceño la puerta, y no determinandome á montar el umbral, me dijo.: « ¿Que, os va á suceder lo que á
» la extrangera que pasó por aquí hace
» unos dias, que al ir á entrar quedó pá-
» lida y trémula, y fué preciso llevarla á
» su carruage? » Facil me fué conocer á la *extrangera*, que como yo habia venido á buscar en aquellos lugares lágrimas y recuerdos. Por fin, cubriendo mis ojos con

el pañuelo, entré en las habitaciones de mis antepasados. Recorrí las sonoras estancias, donde solo oia el ruido de mis pasos, y cuya luz era solo la que debilmente pasaba por los entornados postigos. Visité la alcoba donde falleció mi madre al echarme al mundo; la otra donde se retiraba mi padre; donde dormia en mi cuna; y la pieza en que la amistad recibió mis primeros votos en el seno de una hermana.... Todas las salas estaban sin colgaduras, y las arañas hilaban sus telas en las arrumbadas tarimas. Saliendo de aquellos lugares con precipitacion, me alejé á largos pasos, sin atreverme á volver la cabeza. ¡Que dulces, y que cortos son los momentos en que los hijos pasan sus años, reunidos bajo las alas tutelares de sus ancianos padres! La familia del hombre dura un solo dia; el soplo de Dios la dispersa como el humo; apénas conoce el hijo al padre, este á su hijo, el hermano á la hermana, y la hermana al hermano. La encina vé brotar sus agallas, pero no así á sus hijos los hijos de los hombres.

» Habiendo llegado á B.... fuí al convento y pedí hablar á mi hermana. Respondiéronme que no recibia á persona alguna. La escribí, y me contestó no serle lícito distraerse un punto en cosas del siglo, en el momento mismo en que iba á consagrarse á Dios; y que si la amaba, tratase de no afligirla con mi dolor: añadiendo: « Sin embargo, si quieres comparecer » ante el altar el dia de mi profesion, » dignate servirme allí de padre; este es » el único papel que corresponde á tu » valor, y el mas adecuado á nuestra » amistad, y á mi tranquilidad misma. »

» Indujóme á violentos arrebatos la fria firmeza que oponia al fuego de mi amistad; y unas veces iba á volverme, y otras queria permanecer, solo por turbar la fiesta del acto. El infierno me sugeria la idea de matarme en la iglesia, para mezclar mis últimos alientos con los votos que me arrebataban mi hermana. La priora del convento me hizo avisar que estaba preparado un asiento en el santuario.

convidandóme á presenciar la ceremonia, que habia de comenzar el dia siguiente.

» Al alba, oí la primera señal de las campanas, que anunciaba el sacrificio. A eso de las diez me fuí muy despacio al convento, y como con una especie de agonía.... No hay cosa mas trágica que asistir á tales espectáculos, ni nada mas doloroso que sobre vivir á ellos.

» Un inmenso pueblo llenaba la iglesia: se me condujo al sitio del santuario, donde me dejé caer sin saber donde estaba, ni á que resolverme. El sacerdote ya esperaba en el altar: abrióse de repente la misteriosa reja, y se adelantó Amelía adornada con todos los atavíos y pompas mundanas. Tan hermosa estaba, y con un no sé que de divino en el rostro, que excitó un movimiento de admiracion y sorpresa en todos los espectadores. Aterrado por el glorioso dolor de la virtuosa, y abatido por la grandeza de la religion, quedáron desvanecidos mis violentos proyectos: la fuerza me abandonó, sentíme

asido por una mano toda poderosa, y solo hallé en mi corazon profundas humillaciones, y los llantos de la resignacion en lugar de las blasfemias y amenazas.

» Amelía se colocó bajo un dosel que estaba dispuesto al intento. Principió el sacrificio al reflexo de cien luces, y entre flores y olorosos perfumes con que se hacia mas agradable el holocausto. Al ofertorio se quitó el sacerdote sus ornamentos, quedó en sobrepelliz, y subiendo al púlpito, pintó en un sencillo y patético discurso la felicidad de la vida religiosa, las tribulaciones del mundo, y la paz de la vírgen que se consagraba al Señor. Al pronunciar aquellas palabras : *Ella ha parecido como el incienso que se consume en el fuego*, parecia extenderse en el auditorio una gran calma, que se olian aromas celestiales, que se hallaba uno, bajo las alas de la mística paloma que estaba viendo á los ángeles bajar sobre el altar, y subir á los cielos con perfumes y coronas.

Acabado el discurso volvió á revestirse el sacerdote, y continuó el sacrificio.

Amelía, sostenida por dos jóvenes religiosas, se puso de rodillas en la última grada del altar. Viniéronme á buscar entónces para desempeñar las funciones de padrino. Al ruido de mis pasos vacilantes, estuvo Amelía casi para desfallecer. Pusiéronme al lado del sacerdote para alargarle las tijeras. En este instante sentí renacer mi arrebato; mi furor iba á centellear, cuando reuniendo Amelía su valor, me hechó una mirada tan llena de zaherimiento que me quedé aterrado. ¡La religion triunfa! mi hermana se aprovecha de mi estado, y alarga con vigor su cabeza: por todas partes su soberbia trenza se riende al hierro sagrado; sustituye á los adornos mundanos una larga vestidura de estameña, que la hacia no ménos interesante; y ocultando bajo una toca de lino los enfados de su frente, cubrió su despojada cabeza con el misterioso velo, símbolo doble de virginidad y religion. Nunca estuvo tan hermosa, el ojo de la penitencia estaba fijo sobre el polvo del mundo, y su alma estaba en el cielo.

» Sin embargo, Amelía no habia aun pronunciado los votos, y para morir al mundo era indispensable que pasase como por medio de la tumba. Tendiose sobre el mármol; extendiéron sobre su cuerpo un paño fúnebre, y sus puntas se señaláron con cuatro hachas. El sacerdote, con la estola, empezó el oficio de difuntos, que prosiguiéron las jóvenes vírgenes. ¡ Oh alégrías de la religion, que grandes y terribles sois! Habianme puesto de rodillas junto á aquel fúnebre aparato: cuando repentinamente, por bajo del velo sepulcral, saliéron estas espantosas palabras, que nadie mas que yo pudo oir: « ¡ Dios de » misericordía, haced que jamas me le- » vante de este fúnebre lecho, y colmad » de beneficios á un hermano que no ha » tenido parte en mi pasion! »

» A estas palabras que saliéron de lo mas profundo del féretro, me iluminaba la verdad; pero, extravíada mi razon, me dejé caer sobre el paño mortuorio, y, asiendo del brazo á mi hermana, grite: « ¡Cas-

» la esposa de Jesucristo, recibe mis úl-
» timos abrazos entre los hielos de la
» muerte y las profundidades de la eter-
» nidad, que ya te separan de tu hermano!»

» Aquel movimiento, mis gritos y nuestras lágrimas turbáron la ceremonía; el sacerdote se interrumpe, y aterradas las monjas cerráron la reja; la multitud se conmueve y dirigiendose precipitadamente al altar, me llevaron desmayado. ¡Ah! ¡que poco debo á los que me volviéron la vida! Luego que me recobre, supé la consumacion del sacrificio, y que mi hermana se hallaba acometida de una ardiente calentura. Ella hacia que me rogasen no intentase volverla á ver.... ¡Oh miseria de mi vida! una hermana temia hablar á un hermano, y este tenia miedo de hacerle entender su voz. Salíme del convento como de un lugar de expiacion, donde las llamas nos disponen para la vida celeste, y donde se vive por la esperanza, como en el infierno temporal de los justos.

» Una desgracia personal, sea la que

fuese, puede sobrellevarse; pero aquella de que somos causa involuntaria, y que hiere á una inocente víctima, es la mayor de las calamidades. Guiado por los males de mi hermana, se me ponia delante cuanto habia sufrido á mi lado, siendo tanto mayor su tormento, en cuanto la pureza de mi ternura debia serle odiosa y amable á un tiempo, y que atraida á mis brazos por un sentimiento, era rechazada por otro distinto.

» ¡ Que combates interiores, que esfuerzos no habria ella hecho! Unas veces queria alejarse de mí, y le faltaban las fuerzas; otras temia por mi vida y temblaba por ella y por mí. Me vituperaba yo mis mas inocentes caricias, y me horrorizaba. Volviendo á leer la desgraciada carta ¡ que misterios contenia! advertí que sus húmedos labios habian estampado mas huellas en ella que sus mismas lágrimas. Entónces desenvolví muchas cosas que no habia comprehendido; aquella mezcla de alegría y tristeza que Amelía demostró al tiempo de marchar á mis

viages; el cuidado de huir á mi vuelta, y aquella flaqueza que tanto tiempo le impidío entrar en el convento, sin duda le lisongeáron con la esperanza del remedio: siendo la disposicion de sus bienes en mi favor, y sus proyectos de retirarse del mundo la causa y origen de la correspondencia secreta, que sirvió para mi engaño.

» Entónces, amigos mios, fué cuando supé lo que era llorar por un mal que no era imaginario. Abalanzáronse con furor sobre esta primera presa mis indeterminadas pasiones, tanto tiempo habia; y aun hallé una satisfaccion inesperada en el lleno de mi pesar, pues percibí con un movimiento secreto de alegría, que el dolor no es un afecto que se agota como el placer.

» Sin duda, era un gran delito querer dejar el mundo ántes que Dios lo dispusiese. El Señor me habia enviado á Amelía para librarme, y castigarme á un mismo tiempo. Así los desordenes y las desgracias arrastran tras sí todo pensamiento culpable y accion criminal. Amelia me

pedia que viviese, y yo no podia agrabar sus males : ademas (¡cosa extraña!) no habia vuelto á desear la muerte desde que era desgraciado. Habia llegado el pesar á ser una ocupacion que llenaba todos mis momentos, ¡tan mezclado se hallaba mi corazon de melancolía y de miseria!

» Repentinamente, tomé otra resolucion, y me determiné á dejar la Europa, y pasar á América.

» A la sazon se equipaba en el puerto de N.... una flota para la Luisiana; compuséme con uno de los capitanes de los navíos, avisé de mi proyecto á Amelía y dispusé mi viage.

Mi hermana habia estado á la muerte, pero Dios que le preparaba la primera palma de las vírgines, no se la quiso llevar tan pronto; su prueba en este mundo fué dilatada por mas tiempo : entrando segunda vez en la carrera penosa de la vida, donde, como una heroina, se entregó valerosamente al rigor de los dolores, no viendo sino el triunfo en el combate, y el exceso de gloria en el de sus padecimientos.

» Detuviéronme mucho tiempo en el puerto, los muchos preparativos del convoy, los vientos contrarios y las diligencias de la venta de los pocos bienes que tenia y cedí á mi hermano. Todas las mañanas me informaba del estado de Amelía, y siempre tenia nuevos motivos de llanto y admiracion.

» Sin cesar paseaba vagante al rededor del convento construido á la orilla del mar. Muchas veces percibia en una pequeña ventana enrejada, que caia á una playa desierta, una religiosa sentada en actitud pensativa, que registraba la superficie del Océano, donde aparecia algun buque que surcaba junto á la extremidad de la tierra. Muchas veces la volví á ver al enrejado de la misma ventana con la claridad de la luna, y observé que contemplaba la mar iluminada por el astro nocturno, y parecia que aplicaba el oido al ruido de las olas que tristemente se estrellaban en las solitarias orillas.

» Creia oirlas aun, cuando á media noche llamaba á las religiosas la campana

para orar. Mientras á su lento tañido se congregaban con silencio las vírgines en el coro, corria yo hácia el monasterio, y allí solo, al pié de las murallas y entre las tinieblas de la noche, escuchaba con santo éstasis los últimos acentos de los cánticos, que bajo las bóvedas del templo se mezclaban con los endebles ruidos de las lejanas olas.

» No sé como todas estas cosas en vez de aumentar mis penas me estimulaban cada dia mas. Quando derramaba mis lágrimas sobre las peñas y en medio de los vientos, eran mucho ménos amargas. El mismo pesar que me agobiaba, extraordinario por su naturaleza, traía consigo algun remedio. Nos regocijamos de lo que no es comun á los otros, aun cuando sea una desgracia. En fin, llegué á concebir alguna esperanza, de que con el tiempo seria mi hermana ménos miserable.

» Una carta que recibí de ella, en aquel tiempo, parecia confirmarme esta idea. Amelia se quejaba con ternura de mi dolor, asegurandome que el tiempo

disminuiria el suyo. « Yo no desespero, » decia, de mi felicidad, pues ahora que » está consumado el sacrificio, sirve su mis- » mo exceso para restituirme la paz. La » sencillez de mis compañeras, lo puro de » sus votos, nuestro arreglo de vida y » todo cuanto hay aquí, esparce bálsamo » sobre mis dias. Al oir bramar las tem- » pestades, y aletear en mi ventana las » aves del mar, yo, pobre paloma del cie- » lo, considero la felicidad que he tenido » en encontrar abrigo contra las borras- » cas. Aquí se respira cierta cosa divina, » y un ayre tranquilo que no interrumpe » el soplo de las pasiones; esta es la mon- » taña santa, y la cumbre elevada desde » donde se oyen los últimos ruidos de la » tierra, y los primeros conciertos celes- » tiales; aquí la religion entretiene con » sus dulzuras á las almas sensibles; en » vez de los amores violentos susti- » tuye una castidad ardiente, por la cual » se reunen la vírgen y la amante. » Agotando los sollozos, enciende una » incorruptible llama donde arde una

» mortal hoguera; mezclando su paz é
» inocencia, divinamente, con los restos
» de la confusion y del deleite de un co-
» razon que buzca su reposo, y de una
» vida que se huye. »

» No sé lo que el cielo me prepara, ó si en esta ocasion quiso darme á entender que mis pasos serán acompañados de borrascas. Ya estaba dada la orden, la flota iba á hacerse á la vela; muchos navíos se habian dispuesto ya al ponerse el sol, y yo estaba preparado para pasar en tierra la última noche, á fin de escribir á Amelía mi carta de despedida. Cuando, cerca de la media noche, me empleaba en tan triste cuidado, y mientras que humedecia el papel con mis lágrimas, llegó repentinamente á mis oidos, el ruido de los vientos. Escucho atento, y distingo en medio de la tempestad los tiros del cañon de alarma, mezclados con el tañido de la campana monástica. Volví á la ribera desamparada, donde solo se oia el bramido de las olas, y me senté en un peñasco. Es-

tendianse por un lado las brillantes olas, por otro parecian subir en masa hasta los cielos los sombríos muros del monasterio : una pequeña luz aparecia en la ventana enrejada, y ví eras tú, Amelia mia, que, postrada á los pies de un crucifijo, pedias al Dios de las borrascas librase de ellas á tu desgraciado hermano....¡Ah! ¡y que amargo contraste agitó mi inconsolable corazon! La borrasca sobre las olas, la paz en su retiro; hombres estrellados contra los escollos al pié del asilo que nada puede turbar; lo infinito al otro lado del muro de una celda, como la piedra del sepulcro entre la eternidad y la vida; los agitados faroles de los navíos; las inmóviles luces del convento, humildes, pero dirigiendo sin peligros á la religion á una tierra celeste; la incertidumbre del destino de los navegantes; la vestal poseyendo bajo un mismo techo el lecho y el sepulcro, y conociendo en un solo dia todos los futuros de su vida; por otra parte un alma como la tuya, ó Ame-

lía, dilatada y tempestuosa como el Océano, un naufragio mas horrible que el de el marinero.... Esta pintura se halla profundamente grabada en mi memoria.... Sol de este nuevo cielo, al presente testigo de mis lágrimas; ecos de las americanas riberas, que repetis los acentos de René; ¡con cuan acerbo dolor ví yo á la mañana de aquella noche terrible, recostado sobre el castillo de proa de mi navío, alejarseme para siempre mi tierra natal, y contemplé sobre la costa los últimos bamboleos de los árboles patrios, y la fabrica del convento que se ocultaba en el horizonte! »

Así que René acabó su historia, sacó un papel del pecho, y lo alargó al padre Souel. Despues arrojandose en los brazos de Cháctas, y ahogando sus sollozos, dió al misionero el tiempo suficiente de leerlo.

Este papel era una carta de la superiora de.... que contenia la relacion de los últimos momentos de la *hermana Amelia de la Misericordia*, victima de su celo y

caridad en la asistencia de sus compañeras enfermas de contagio. La comunidad estaba incosolable, pues miraba á Amelía como á una santa: añadia la superiora, que en treinta años que gobernaba aquella casa, no habia visto religiosa alguna de genio tan dulce é igual, ni que mas se alegrase de dejar las tribulaciones del mundo.

El anciano Cháctas, estrechaba en sus brazos llorando á René. « Querido mio,
» dijo á su hijo, desearia estuviese aquí
» el P. Aubry; no sé que paz sacaba del
» fondo de su corazon, pues parecia que
» al paso que calmaba las borrascas co-
» mo que las desconocia: era la luna en
» una noche tempestuosa, á quien las nu-
» bes errantes no pueden sobrepujar en
» su carrera; y pura é inalterable se ade-
» lanta por encima de ellas. ¡Ah! por lo
» que á mí toca, todo me turba y ar-
» rastra. »

El padre Souel estuvo hasta entónces oyendo la historia de René con senblante austero, y sin decir una palabra. En su

interior había un corazon compasivo, pero exteriormente se dejaba ver un caracter inflexîble : la sensibilidad de Sachem le hiso al fin romper el silencio :
» Esta historia, dijo al hermano de Amelía, no merece en nada la compasion
» que aquí se os tiene. Solo veo un jóven lleno de ilusiones, á quien todo
» disgusta, y que se ha apartado de la
» sociedad por entregarse á sus delirios.
» Señor, un hombre no es superior por-
» que vea el mundo bajo un aspecto
» odioso : nosotros solo aborrecemos á
» los hombres y á la vida por no ver lo
» distante. Extended mas vuestras mira-
» das, y bien pronto os convencereis, de
» que todos esos males de que os quejais
» son nada en realidad. Mas ¡ que opro-
» bio, no poderse pensar en la única des-
» gracia efectiva de vuestra vida, sin que
» resalte el sonrojo! La pureza, la vir-
» tud, la religion y todas las coronas de
» una santa apénas pueden hacer tole-
» rable la idea de vuestra melancolía.
» Vuestra hermana ha purgado su falta;

» pero si he de decir lo que siento, temo
» que por una espantosa justicia, no se
» ha apoderado de vuestra alma, á vista
» de su muerte, un reconocimiento salido
» del seno de la tumba. ¿ Que haceis con-
» sumiendo solo vuestros dias en lo inte-
» rior de los bosques, y despreciando todas
» vuestras obligaciones? Me contestareis
» que ha habido santos que se han sepul-
» tado en los desiertos. Sí, señor, aquel-
» los, con sus lágrimas, empleaban en
» apagar sus pasiones el tiempo que vos
» desperdiciais en fomentar las vuestras.
» ¡ Jóven presuntoso ! ¿ Creeis que el
» hombre se baste á sí mismo? La soledad
» no es buena para quien no vive con
» Dios, y al mismo tiempo redobla las
» fuerzas del alma como le quita todo
» motivo de ejercicio. El que ha recibido
» algunas fuerzas, debe emplearlas en
» servir á sus semejantes: si las inutiliza,
» inmediatamente es castigado por una
» miseria secreta, y tarde ó temprano re-
» cibe del cielo espantosos castigos. »

Consternado con estas frases, levantó

René su humillada cabeza del seno de Cháctas : el ciego Sachem empezó á sonreirse, y aquella sonrisa de la boca, que no iba unida con la de los ojos, tenia alguna cosa de misteriosa y celestial. « Hijo » mio, dijo el antiguo amante de Atala, » él nos habla con severidad; corrige al » anciano y al jóven, y tiene razon. Sí, » es preciso abandones ese raro metodo » de vida, que solo atrae disgustos : la » felicidad se encuentra en los caminos » trillados.

» Estando un dia el Meschacebe cerca » de su orìgen, se cansó de ser solamente » un cristalino arroyo. Pidió nieves á los » montes, aguas á los torrentes, lluvias á » á las borrascas, y llegó á reunir un cau» dal inmenso. En breve cubrió sus ribe» ras y asoló sus encantadoras orillas. » Jactóse luego el orgulloso arroyo de su » poder; mas viendo que inmediatamente » quedaba todo desierto, que corria aban» donado en una grande soledad, y que » siempre estaban turbias sus aguas, llo» ró amargamente, no solo el primer le-

» cho humilde que le habia formado la na-
» turaleza, sino la pureza de su primera
» corriente, y los pájaros, flores, árboles,
» y arroyuelos amables, compañeros inse-
» parables de sus aguas en tiempos pasa-
» dos y á los principios de la carrera de su
» vida. »

Cháctas dejó de hablar, y la voz del *flamante* que desde las cañas del Meschabe anunciaba una tempestad al medio-día, empezó á oirse en aquellos alredores. Los tres amigos se levantáron para irse á sus cabañas: René caminaba en silencio entre el misionero que oraba á Dios, y el ciego Sachem que buscaba su camino. Se dice que á instancias de los dos ancianos volvió á habitar con su esposa, pero sin que hallase por eso la felicidad que buscaba. Murió poco tiempo despues con Cháctas y el padre Souel, en la mortandad que hubo de franceses y natches en la Luisiana. Todavia se manifiesta una peña donde, al ponerse el sol, solia sentarse.

FIN DE RENÉ.

LA

CABAÑA INDIANA,

POR BERNARDIN DE SAINT-PIERRE.

EL TRADUCTOR.

Yo leia este cuento en el año de 98 á un amigo, escaso de conocimientos científicos, pero de un sano juicio; y prendado de su sencillez y moralidad, me pidió que le repitiese y dictase su traduccion, para tenerle en castellano, ya que no le era dado entender el original. Hízelo así, y en pocas horas quedó escrita, encargándome yo despues de reveerla y corregirla, para que la pusiese luego en limpio á su gusto. Un suceso fatal hizo, que á pocos dias nos separásemos arrebatadamente, y quedando olvidado en mi borrador el manuscrito, no le hube á la mano en mucho tiempo, y cuando se verificó, descuidé, ó por mejor decir, estuve perezoso para remitírselo. Por un raro acaso se me ha proporcionado

la ocasion de darle á la prensa, y la aprovecho para ofrecérsele al público, y al mismo tiempo á mi amigo, que tan notorio derecho tiene á él, sin mas prólogo, elogios ni disculpas, que estos cortos renglones y algunas ligeras notas, que he juzgado convenientes á algunos de mis lectores para su mejor inteligencia.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

He aquí un cuento indio, que contiene mas verdades, que muchas historias. Yo le destinaba para una nueva edicion, que me propuse hacer con aumentos, de un viage á la Isla de Francia, publicado en 1773. Con el motivo de hablarse en él de los indios que hay en la Isla, quise añadir una pintura de las costumbres indias, segun noticias bien interesantes que me habia procurado, tejiendo un episodio que fundé sobre una anecdota histórica, á saber, la formacion de una sociedad de varios sabios ingleses, para viajar por distintas partes del globo con el fin de recoger conocimientos científicos. Pero viendo que me habia extendido demasiado, y que pareceria una cosa como postiza allí, determiné publicarle separado, como ahora lo hago.

En él me propuse tambien un fin mas

útil; el de aplicar algun remedio á los males que afligen á la especie humana en la India. Mi divisa es socorrer á los infelices, y esta noble afeccion abraza en mí á todos los hombres. Si pasó en otro tiempo la filosofía de la India á Europa, ¿ por que no habrá de volver hoy de la Europa civilizada á la India, ahora ignorante y bárbara? Tal vez la sociedad de sabios ingleses, que acaba de formarse en Calcuta, disipará un dia las preocupaciones de la India, compensado con este beneficio los males que la han traido las guerras y el comercio de los europeos. Por lo que á mí toca, ya que no puedo, declamaré contra aquellos, procurando, para dar mayor fuerza y gracia á mis argumentos, vestirlos con los adornos de un cuento.

LA

CABAÑA INDIANA.

Animados del noble deseo de recoger luces sobre todas las ciencias, para la ilustracion y mejor bien estar de la especie humana, se asociáron en Lóndres, ha como unos treinta años, veinte sabios ingleses con el plan de viajar por diversas partes del globo, y reunir de este modo todos los conocimientos humanos. Para sostener esta empresa, superior en mucho á los fondos de unos particulares, se formó una compañía de subscriptores de la nacion, compuesta de comerciantes, lóres, obispos, universidades, y de la fa-

milia real de Inglaterra, á que se agregáron algunos soberanos del norte. A cada sabio viagero dió la real sociedad de Lóndres en un tomo, la listas de las qüestiones que debian poner en claro, cuyo número ascendia á tres mil y quinientas; y aunque diferentes todas para cada uno, estaban entre sí tan enlazadas, que cualquiera de ellas resuelta, adquirian nuevas luces las demas: conociendo muy bien el presidente de la real sociedad, que las habia extendido, que la ilustracion de una dificultad depende á veces de la solucion de otra, y esta de una anterior.

En fin, sirviéndome de las palabras mismas de sus instrucciones, seria este el monumento enciclopédico mas acabado, mas perfecto que levantará nacion alguna á los progresos de los conocimientos humanos: prueba bien clara, añadia, de la necesidad de los cuerpos académicos, para reunir las verdades derramadas por toda la tierra. Llevaba ademas cada viagero el encargo de comprar los ejemplares mas antiguos de la Biblia, y los manuscritos

mas raros en todos géneros, ó al ménos no perdonar diligencia alguna para procurarse buenas copias; á cuyo fin les habian dado sus subscriptores cartas de recomendacion para los cónsules, ministros y embajadores de la Gran-Bretaña que encontrasen, y lo que aun vale mas, buenas letras de cambio, endosadas por los mas acreditados cambistas de Lóndres.

El mas sabio de estos doctores, que poseia el ebreo, el árabe y el indio, fué enviado por tierra á las Indias orientales, antigua cuna de las artes y las ciencias. Principió pues su viage por Holanda, y visitó sucesivamente la sinagoga de Amsterdam, y el sínodo de Dordrecht; en Francia la Sorbona y la academia de las ciencias; en Italia multitud de academias, museos, bibliotecas, entre otras el museo de Florencia, la biblioteca de San-Marcos en Venecia, y la del Vaticano en Roma. Desde esta capital dudó si se dirigiria á España, á consultar á la famosa universidad de Salmanca, ántes de marchar al oriente; mas por convenirle mejor, resol-

vió embarcarse para la Turquía, en cuya corte le permitió un effendi, mediante una gratificacion, reconocer todos los libros de la célebre mezquita de Santa-Sofía. De allí pasó á conferenciar con los cophtos del Egipto, los maronitas del monte líbano y los monges del casino; de aquí marchó á Sanáa en Arabia; despues á Ispahan, Kandahar, Delhí, Agrá; y por fin al cabo de tres años de correrías, llegó á la Aténas de las Indias, Benares, en las orillas del Gánges, en donde conversó con los mas sabios de los bramas. Su coleccion de ediciones antiguas, de libros originales, manuscritos raros, extractos y anotaciones en todos géneros, ascendia á un número tan considerable, que componía noventa fardos de peso de nueve mil quinientas cuarenta libras.

Estaba en ánimo de volverse ya para Lóndres con tan rica carga de luces, muy satisfecho por parecerle habia excedido las esperanzas de la real sociedad, cuando se le ocurrió un pensamiento, que le contristó sobre manera.

Reflexionó pues, que tras sus muchas conferencias con los rabinos, judíos, los ministros protestantes, los superintendentes de las iglesias anglícanas, los doctores católicos, los académicos de Paris, la Crusca, los Arcades, y de otras veinte y cuatro de las mas célebres de Italia, los papas griegos, los molhás turcos, los verbiests armenios, los seydras, y los cásis persas, los scheics árabes, los antiguos pársis y los pandects indios, lejos de haber ilustrado ninguna de las tres mil quinientas qüestiones, habia contribuido solo á multiplicar las dudas : y como todas estaban mútuamente enlazadas, lo insuficiente ó embrollado de una solucion, destruia ó hacia dudosa la evidencia de la otra, contra el sentír de su ilustre presidente; de forma que las verdades mas claras se habian hecho problemáticas, y era casi imposible distinguirlas ya en este vasto laberinto de respuestas y autoridades contradictorias.

Así lo juzgaba el mismo doctor á primera vista. Entre estas qüestiones se ha-

bian de ilustrar doscientas sobre la teología de los ebreos; cuatrocientas ochenta sobre la de las diversas comuniones de las iglesias griega y romana; trecientas doce sobre la antigua religion de los bramas: quinientas ocho sobre la lengua *hanscrit*, ó sagrada de la India; tres sobre el estado actual de este pueblo; doscientas once sobre el comercio de los ingleses en él; setecientas veinte y nueve sobre los antiguos monumentos de las islas de elefanta y de Salseta en las inmediaciones de la isla de Bombay; cinco sobre la antigüedad del mundo; seiscientas setenta y tres sobre el orígen del ámbar gris, y sobre las propiedades de las diferentes especies de bezoardos; una sobre la causa, aun no examinada, del curso del océano indio, que corre seis meses hácia el oriente, y seis á el occidente; y trecientas setenta y ocho sobre las fuentes y las inundaciones periódicas del Gánges. Habíasele encargado al doctor con este motivo, que recogiera en sus viages todas las observaciones que pudiese sobre las fuentes y las inun-

daciones del Nilo, asunto que ocupaba tantos siglos habia á los sabios de la Europa; mas él juzgó bastante examinada ya esta materia, y extraña ademas á su mision. Sobre cada pregunta de las referidas, traia apuntadas el doctor cinco soluciones diferentes, de modo que para las tres mil quinientas qüestiones habia diez y siete mil quinientas respuestas; y suponiendo que cada uno de sus diez y nueve compañeros llevase por su parte otras tantas, se hallaria la real sociedad con trecientas cinquenta mil dificúltades que resolver, para poder establecer una sola verdad sobre fundamentos sólidos. Así todos sus inmensos trabajos, lejos de hacer convertir todas las proposiciones á un centro comun, segun las palabras de sus instrucciones, servirian mas bien para separarlas unas de otras, sin poder enlazarlas.

Ni era ésta la única reflexion que incomodaba al doctor. Veia ademas, que sin embargo de haber empleado en sus investigaciones toda la flema de su pais, y una afabilidad que le era particular; se

habia hecho enemigos implacables á la mayor parte de los doctores, con quienes habia disputado. ¿Que será pues, decia, del reposo de mis compatriotas, cuando en vez de las luces que esperan, les lleve yo, con mis noventa fardos, nuevos motivos de dudas y disputas!

Resuelto en fin, á volver para Lóndres lleno de confusion y de tedio, supo por los bramas de Benares, que el brama supremo de la famosa pagoda de Jagrenat, situada en la costa de Orixa á orillas del mar, cerca de uno de los desembocaderos del Gánges, seria el único que podria resolverle todas las qüestiones de la real sociedad. Era tal en efecto la fama del prodigioso saber de este doctor ó pandect, que iban á consultarle de todos los reynos de Asia.

Partió pues el doctor ingles para Calcuta, y se presentó al director de la compañía inglesa de la India, quien por el lustre de su nacion y la gloria de las ciencias, le dispuso para su viage á Jagrenat un brillante equipage, y comitiva á es-

tilo del pais: á saber un *palanquin*, ó silla de manos de seda carmesí con flecos de oro; ocho indios forzudos que alternasen en su conduccion; dos para servirle de braceros; otros dos que llevasen el agua, y la garafa para enfriarla; uno la pipa; otro el quitasol, para defenderle de sus ardientes rayos; un *masalchi* ó page de hacha, para alumbrar por la noche; un leñador; dos cocineros, y dos camellos con sus conductores, para las provisiones y bagages; dos peones que avisasen su llegada; cuatro *cipayes* ó *reis-pustas*, montados sobre caballos persas para escoltarle; y un portaestandarte con su bandera inglesa. En vista pues de tan pomposa comitiva, se hubiera tenido al doctor por un comisionado de la compañía de la India: pero mediaba la notable diferencia, de que en vez de ir él á recibir obsequios y presentes, tenia por el contrario que tributarlos. No siendo costumbre en la India presentarse á las personas de dignidad sin ofrecerlas algun don, le proveyó el director á costa de su nacion

de un hermoso telescopio, y una alfombra de Persia para el gefe de los bramas, ricas telas de coton para su muger, y tres piezas de tafetan de la China encarnadas, blancas y pajizas para bandas á sus discípulos. Acomodados estos presentes sobre los camellos, emprendió su camino el doctor en la silla, con el libro de la real sociedad bajo del brazo, meditando detenidamente, por cual pregunta empezaria su sesion con el célebre pandect de Jagrenat: si por una de las trecientas setenta y ocho sobre las fuentes y las inundaciones del Gánges, ó por la del curso alternativo y semianual del mar de la India, que podia servir á descubrir los manantiales y movimientos periódicos del océano por todo el globo; pero aun no habia despertado la atencion de los sabios de la Europa esta qüestion, algo mas interesante á la verdad para la física, que cuantas se hicieran despues de tantos siglos acerca del nacimiento y las inundaciones del Nilo. Preferia pues preguntarle sobre la universalidad del diluvio, que tan grandes contes-

taciones ha excitado; ó, tomando la cosa de mas alto, indagar si, conforme á la tradicion de los sacerdotes del Egipto referida por Herodoto, ha mudado el sol repetidas veces su curso, naciendo al occidente, y poniéndose al oriente; ó sobre la época de la creacion de la tierra, á que los indios atribuyen millones de años de de antigüedad. Otras veces juzgaba por mas útil consultarle sobre la mejor forma de gobierno posible para una nacion, ó sobre los derechos verdaderos del hombre, de que en ninguna parte se halla un código; mas veia con dolor que faltaban en su libro estas últimas qüestiones.

Convendria sin embargo ante todo, se decia el doctor á sí propio, preguntar al pandect indio, ¿ por que medios se debe buscar la verdad? pues que no basta para ello la razon, tan diversa en cada individuo, cual su fisionomia, como lo tengo bien experimentado : ¿ donde se la podrá hallar? visto que todos los libros hierven en contradicciones: y por último, ¿ si, descubierta que sea, convendrá comunicarla

á los demas, naciendo, como nacen, mil fatales desavenencias de ejecutarlo así? He aquí tres qüestiones preliminares que no se le ocurriéron á nuestro ilustre presidente; las cuales, si me las aclara el brama de Jagrenat, me servirán de llave para todas las ciencias, y lo que importa mas, viviré en paz con todos.

Así discurria para consigo el buen doctor. Al cabo de diez dias de viage llegó á las orillas del golfo de Bengala, por cuyo camino encontró multitud de gentes, que volvian de consultar al gefe de los pandects, admiradas de su maravillosa ciencia; y en el undécimo en fin, al amanecer, descubrió la famosa pagoda, situada muy cerca del mar, al cual parecia dominar por sus enormes paredes, sus galerías, sus cimborios y altas torres de mármol blanco, que se perdian en las nubes. Camináron no obstante una buena parte del dia para llegar á ella, creciendo mas y mas la admiracion del ingles á medida que se acercaban. Nueve calles de árboles siempre verdes, plantada cada una de distinta es-

pecie: á saber, ateros, palmas, cocoteros, mángles, lataneros, alcanfores, bambúes, sándalos y badameros (1), salian de ella con

(1) ATERO, árbol alto y hermoso, de hojas muy pequeñas, que da una fruta parecida en la corteza á la piña; verde por fuera, y blanca en lo interior, de un gusto azucarado, y tan blanda, que cuando está bien madura, se come con cuchara.

PALMA ó PALMERA, árbol hermoso, alto y muy derecho, cuyas ramas son harto conocidas, igualmente que su fruto llamado DATIL, el cual nace en racimos junto al arranque de aquellas. Su familia es muy numerosa, y tal vez de la que mayores útilidades han sacado los indios.

Coco ó COCOTERO, es igualmente que el anterior, muy derecho y alto; pero sin mas ramas que diez ó doze hojas, como de pie y medio de ancho, y ocho ú diez de largo, con las cuales, por lo mucho que resisten á las intemperies, cubren sus techos los indios, y hacen velas para las canoas. Su fruto está tan clara y circunstanciadamente descrito en el ROBINSON de Yriarte (Tarde IV), que es inútil hablar de él aquí, supuesto que anda este precioso libro en manos de todos.

MANGLE, árbol muy grueso, de la altura de un gran peral, de hojas algo parecidas á las de este, pero mayores; que dos veces al año dá un sabor bastante agradable, con el cual hacen los indios una ensalada, que llaman ACHAR, de que gustan tambien los portugueses.

LATANERO, especie de palma de las Antillas, gue crece hasta treinta pies, y dá un fruto del tamaño de una pera mediana, el cual dentro de una corteza muy delgada, al

direccion á los nueve reynos de Ceylan, Golconda, Arabia, Persia, Thibet, Chi-

modo de la grenada, y escamosa como la piña, encierra una almendra gruesa, de que los indios hacen pan.

Alcanfor, es una verdadera especie de laurel, de la altura de las encinas, de hojas parecidas á las de aquel; y de su tronco y ramas gruesas se saca una goma, ó resina vegetal roja, que purificada por la sublimacion, se vende en nuestras boticas con el mismo nombre, y es un excelente remedio antipútrido, antiespasmódico, anodino, etc.

Bambu ó Manebu, especie de caña nudosa, muy gruesa, y alta hasta cuarenta pies, de cuyos nudos ó junturas salen las hojas, y contiene un jugo blanco, de que los indios hacen azúcar de grandes virtudes medicinales. Es árbol muy comun en toda la Iudia.

Sandalo, árbol del grueso y altura del nogal, que dá un fruto parecido á las cerezas, insípido, primero verde, y despues negro. Su madera es muy estimada en la India para varios usos. La hay de tres especies, roja, blanca y cetrina, y antiguamente se la atribuian grandes virtudes medicinales. Hoy solo es empleada como astringente.

Badamero, árbol muy hermoso y grande, de una figura piramidal, que dá un fruto, el cual dentro de una cáscara bermejiza contiene un cuesco largo y duro, que encierra una almendra blanca del sabor de la avellana. De sus ramas, cuando se las corta, destila, segun se presume hoy, la resina que llamamos benjui.

Sin embargo de que dá principio el autor al prólogo de su Cabana, diciendo, que esta obrilla contiene quizá mas

na, Ava, Siam, y las islas del mar de la India. El doctor entró por la de los bambúes, que se extiende á orillas del Gánges, y de las amenas islas de su desembocadero, á tiempo que dando de lleno, en las puertas de bronce de la pagoda, los dorados rayos del sol reflejaban, desvistando á cuantos ponian los ojos en ellas. Al rededor habia grandes fuentes de mármol, que en el hondo de sus aguas cristalinas retrataban sus cimborios, sus galerías y puertas, y anchurosos patios, con jardines donde estan las habitaciones de los bramas que la sirven.

Adelantáronse los peones del doctor á noticiar su llegada, y al punto salió á re-

verdades que muchas historias, como el título de CUENTO, bajo del cual se anuncia, y la rareza de los usos y costumbres que presenta, podrian hacer tal vez, que los que no estan versados en la historia y viages de la India, las tomasen por ficciones; he juzgado conveniente advertirles aquí, que todas sus descripciones son verdaderas, y conformes á lo que han escrito los mas fidedignos viageros. Las que yo hago de los árboles en las presentes notas, son muy ligeras, y únicamente para dar alguna idea de ellos; como que no las han de consultar mis lectores, para hacerse botánicos.

cibirle de uno de los jardines una compañía de bailarinas jóvenes, adornadas con trenzas y guirnaldas de fragrantes flores, las cuales le acompañaron hasta la puerta de la pagoda, cantando y danzando al son de sus tambores, y quemando algunas de ellas agradables perfumes (1). Toda su nave estaba iluminada con muchas y grandes lámparas de oro y plata; y en lo postrero de ella se veia la estatua de Jagrenat, séptima encarnacion de Brama, en forma de pirámide, sin pies y sin manos, que perderia por haber cargado con el mundo para salvarle, yaciendo postrados por el suelo varios penitentes, que prometian á voces, los unos engancharse á su carro por las espaldas el dia de su fiesta, y los otros tenderse al paso, para que rodando

(1) Hay en todos los reynos de la India compañías de bailarínas autorizadas por los príncipes, las cuales ganan su vida únicamente con este ejercicio, y aun pagan en algunas partes cierto tributo á los gobernadores. Asisten á los palacios, las pagodas y las casas particulares, donde son llamadas, y segun algunos viageros, son por lo comun de vida licenciosa. Todas ellas son gallardas y bien dispuestas, circunstancia sin la que no se las admite.

sobre ellos, los hiciese pedazos (1). Sin embargo de que el extraño espectaculo de estos fanáticos que lanzaban agudos gemidos, al pronunciar sus atroces votos, inspiraba un cierto terror; el doctor se disponia para entrar al instante en la pagoda, cuando un brama anciano, que guardaba la puerta, le detuvo, preguntándole que

(1) La pagoda de Jagrenat ó Jagernat es la mas famosa de toda la India por su magnificencia y riquezas. El edificio es tan grandioso, y sus torres de mármol tan altas, que se le avista á diez leguas de distancia, siendo en un todo conforme la descripcion, que de ella hace el autor, con lo que dicen los viageros. Todos los años se celebra una fiesta muy solemne que dura nueve dias, á que concurren de los reynos de una y otra parte del Gánges, juntándose á veces hasta doscientos mil indios; y en ella sacan en procesion en un enorme carro de cuarenta ó cinquenta ruedas, lleno de figuras las mas extravagantes y capriciosas, al ídolo ricamente adornado, llegando á tal punto la fatuidad de muchos de aquellos infelices, que se clavan unos á los garfios y puas de hierro que tiene el carro, y otros se meten entre las ruedas, á que les destrozen, confiados en que Jagrenat les colmará de gloria. Otra igual fiesta se hace en Arrakan al ídolo Quiay-Pora con la misma procesion. Sobre el origen de este famoso templo y figura manca de su idólo, puede verse una carta curiosa del Padre Tachard, misionero, al R. Padre Trevoux, que se halla al fin del tomo XII de las cartas edificantes.

asunto le traia allí. Enterado de este, le significó, que en atencion á su estado de *frangui* ó impuro, le era forzoso, para presentarse delante de Jagrenat y su gran sacerdote, lavarse ántes tres veces en una de las pilas del templo, y no llevar puesto vestido ni otra cosa alguna, hecha de lana, cuero, ú otra cualquiera parte ó despojo de animal viviente, y con especialidad de vaca, porque la adoran los bramas, ni de puerco, pues, como inmundo por la ley, le detestan. ¿ Como lo haré, dijo el doctor, pues traygo de regalo al gefe de los bramas una alfombra de Persia, pelo de cabra de Angora, y telas de seda de la China¿ — Todas las cosas ofrecidas al templo de Jagrenat, ó á su gran sacerdote, le respondió el brama, quedan purificadas por el don mismo; pero no así vuestros vestidos. — Vióse pues obligado el doctor á quitarse el sobretodo de rico paño de Inglaterra, el chaleco, los calzones, las botas y el sombrero de castor; y despues de haberle lavado tres veces el brama, púsole una túnica de coton de co-

lor de sándalo, y le condujo á la puerta de la sala del venerable gefe. Preparábase para entrar con su libro de qüestiones bajo del brazo, cuando le preguntó su introductor, ¿ de que materia estaba hecha la pasta ? De becerillo, le respondió el doctor. — ¡ Como ! ¿ no os he prevenido, exclamó aquel fuera de sí, que la vaca era adorada por los bramas ? y ¿ osais presentaros delante de su gefe con un libro forrado con la piel de un becerro ? — No se hubiera librado ciertamente el ingles de ir á purificarse en las aguas del Gánges, á no reparar este delito con algunas monedas de oro. Así pues tuvo que dejar el libro en la silla, consolándose con decirse á sí propio : al cabo solo tengo tres preguntas que hacer á este doctor indio ; yo quedaré contento si me enseña, por que medios debe buscarse la verdad, donde se la hallará, y si, descubierta que sea, conviene comunicarla á los demas.

Presentó en fin el anciano brama al doctor ingles, vestido con una túnica de coton, descubierta la cabeza y descalzo, al

gran sacerdote de Jagrenat, que estaba en un espacioso salon, sostenido por columnas de sándalo, cuyas paredes de color verde, dadas de estuco mezclado con boñigas de vaca, eran tan brillantes y tersas que se veia la cara en ellas, y todo su pavimento estaba cubierto con esteras finísimas de seis pies en cuadro. En su testera habia un tablado, cercado de una barandilla de ebano, y sobre él se veia, por entre unas verjas de cañas indias barnizadas de encarnado, al venerable gefe de los pandects con su barba blanca, y su *dsandhem* (1) ó bandolera, segun la costumbre de los bramas, sentado sobre una alfombra pajiza, con las piernas cruzadas, y tan inmóvil, cual si fuera una estatua. Algunos de sus discípulos espantaban en rededor suyo las moscas con colas de pavo real; otros que-

(1) El Dsandhem ó Pounanoul es un cordon tejido de varios hilos de coton, cuyo número, igualmente que el de los nudos que en él hacen, varia segun la clase y estado de los bramas. Llévanle en forma de bandolera, y nunca aparecen en público sin él, cuidando de renovarle todos los años, porque si se les rompiese de usado, no podrian comer hasta ponerse otro, lo cual no se hace sin muchas ceremonias.

maban en cazolettas de plata maderas olorosas; otros tañian melodiosamente varios instrumentos; y los demas en número considerable, entre ellos los faquirs, los jogwis y los santones, estaban puestos en filas por los dos lados de la sala, guardando un profundo silencio, con los ojos clavados en la tierra, y cruzados los brazos sobre el pecho.

Quiso llegarse el doctor al gefe de los pandects para cumplimentarle; mas detúvole su introductor á nueve esteras por bajo de la gradería, diciéndole, no pasaban de allí aun los omráhs ó grandes señores indios; que los rajáhs ó soberanos de la India se adelantaban solo hasta seis esteras; los príncipes, hijos del Mogol, á tres; y únicamente á este se le concedia el honor de accercarse hasta el venerable gefe, para besarle los pies.

No usáron de esta ceremonia con los presentes que le llevaba el doctor, y habian quedado á la entrada de la sala. Unos bramas condujéron hasta el mismo pié del tablado el telescopio, los cotones, las pie-

zas de seda y la alfombra; y habiéndo pasado la vista por ellos el gran pandect, sin dar la menor señal de aprobacion, los retiráron adentro.

Iba á pronunciar el doctor ingles un estudiado discurso en lengua india, cuando le previno su introductor, que debia esperar á que le preguntase el gran sacerdote, haciéndole entre tanto sentar sobre los talones, con las piernas cruzadas, segun la costumbre del pais. Maldecia, el buen ingles, para consigo de tantas formalidades; pero ¿ que no debe sufrirse, para averiguar la verdad, despues de haberla ido á buscar hasta en la India?

Cesó luego la música, y despues de algunos momentos de un profundo silencio, le preguntó el gefe de los pandects, *¿ á que habia venido á Jagrenat?*

Sin embargo de haber este hablado en idioma indio, y en voz bastante alta para ser percibido de la mayor parte de la asamblea, su palabra fué repetida por un faquir, que se la repitió á otro, y este á un tercero, que se la comunicó al doctor.

Respondió este en la misma lengua : que movido de la grande reputacion y saber del gefe de los bramas, habia venido á Jagrenat á consultarle, *por que medios se podria hallar la verdad.*

La repuesta del doctor fué comunicada al gran pandect por los mismos que repitiéron la pregunta, y otro tanto sucedió con lo restante del discurso.

Despues de unos breves instantes de un profundo recogimiento, le respondió el gran sacerdote : *solo puede saberse la verdad por medio de los bramas.* Hizo entónces un acatamiento toda la asamblea, admirando la sabia respuesta de su gefe.

¿Donde debe buscarse la verdad? replicó con viveza el doctor ingles. *Toda verdad*, respondió el supremo doctor indio, *se contiene en los cuatro beths, escritos ciento veinte mil años ha en la lengua hanscrit, cuyo conocimiento está reservado únicamente á los bramas.* A estas palabras resonáron los aplausos por todo el salon.

Volviendo á recobrar el ingles su sere-

nidad, replicó al gran pandect : si Dios ha depositado la verdad en libros, cuya inteligencia está reservada á solos los bramas, ha querido sin duda ocultársela á la mayor parte de los hombres, que ignoran hasta la existencia de estos bramas : y ¿ que será en este caso de su justicia y su bondad ?

Brama lo ha querido así, y nada debe oponerse á su poderosa voluntad, dijo el gran sacerdote : y luego se redobláron las aclamaciones de la asamblea. Despues que cesáron, propuso el ingles su tercera pregunta : *¿ si se debe comunicar á los hombres la verdad?*

Por lo regular, respondió el gran pandect, *es prudencia ocultarla á todos ; pero es un deber manifestarla á los bramas.*

¡ Como ¡ exclamó entónces, fuera de sí, el doctor ingles : ¡ conque debe decirse la verdad á los bramas, que no la comunican á ñadie ! En verdad que son bien injustos los bramas.

Levantóse á estas palabras un grande

alboroto en toda la asamblea, que habiendo oido en silencio tachar á Dios de injusticia, no pudo llevar en paciencia verse comprendida en este reproche. Los pandects, los faquirs, los santones, los jogwis, los bramas y sus discípulos, querian todos argüir á un mismo tiempo con el ingles; pero hizo cesar la griteria el gran pandect, dando palmadas, y prorumpiendo en muy alta voz: *los bramas no disputan como los doctores de la Europa.* En esto se levantó, retirándose con grandes aclamaciones de todo el concurso, que al mismo tiempo murmullaba altamente contra el doctor, el cual hubiera tenido tal vez que sentir, á no ser por los respetos de los ingleses, que son muy temidos en todas las costas del Gánges. Al salir el doctor ingles del salon, le dijo su introductor: nuestro muy venerable gefe os hubiera hecho presentar, segun costumbre, el betel [1] y los aromas; pero le ha-

(1) Betel, planta de la familia de las enredaderas, que es muy cultivada por los indios á causa del freqüente uso, que hacen de sus hojas. Continuamente las estan masticando por

beis enojado sobre manera. — Mas bien deberia ser yo el quejoso, replicó el doctor, por haberme cansado en venir aquí tan inútilmente. ¿ Porque ha de haberse enfandado vuestro gefe? — Porque habeis querido disputar con él, dijo el brama, olvidándoos de que es el oráculo de la India, y cada palabra de las suyas un rayo de sabiduría. — Jamas dudaré yo de ello, repuso el doctor, tomando sus vestidos, las botas y el sombrero. — Habíase revuelto durante este breve rato el tiempo, y estando ya cercana la noche, quiso pasarla en una de las habitaciones de la pagoda, lo cual se le negó, porque era *frangui*. Lleno de sed, y para templar su acaloramiento, pidió le diesen agua; y á su misma presencia rompiéron el jarron en

el buen olor y hermoso color, que prestan á los labios, habiendo venido tal vez de esto la costumbre en que estan, de no presentarse nunca en sus visitas de cumplimiento y respeto, sin llevarlas en la boca y las manos, y de ofrecerlas en señal de obsequio á las personas que se ausentan, metidas en bolsitas de seda. Dicen que sirve tambien para fortificar el estómago y las encias, y las mugeres le tienen por un excelente estimulante para el amor.

que la bebiera, pues solo por esto quedaba impuro, y no les era lícito servirse de él. Mas irritado con esta nueva escena, llamó á sus gentes, que estaban en oracion, postradas en las escaleras de la pagoda; y tomando al momento la silla, púsose en camino por la calle de los bambúes, á orillas del mar, encima ya casi la noche, y cubierto todo el cielo de negras nubes. ¡Cuan cierto es, decia para consigo, el proverbio indio: Todo europeo que vá á la India, adquiere paciencia si no la tiene, y la pierde si la tiene! Ciertamente yo he perdido la mia. ¡Ah! ¿no me será dado saber, por que medios ha de buscarse la verdad, donde se la podrá hallar, y si ha de comunicarse despues á los demas? El hombre está condenado por toda la tierra al error y las disputas: y ¡para esto me he tomado el trabajo de venir á la India, á consultar á los bramas!

Mientras que caminaba nuestro doctor embebecido en estas reflexiones, se levantó un huracan, que los indios llaman *tifon*. Soplaba el aire del lado del mar, y

haciendo retroceder las aguas del Gánges, estrellaban sus espumosas olas contra las islas de su desembocadero, levantando de sus riberas columnas de arena, y nubes de hojas de las florestas, y lanzándolas revueltas hasta lo mas alto de los aires. A veces se entraba por la calle de los bambúes, y á pesar de su elevacion aun sobre los mayores árboles, los blandia cual delgadas cañas; distinguiéndose por entre los remolinos de polvo y hojas su violenta ráfaga, formando ondas que de un lado se precipitaban y corrian por el suelo, y de otro subian zumbando por el aire. Aterrados con esto el doctor y su comitiva, y temiendo ser tal vez víctimas de las aguas del Gánges, que ya tomaban las riberas, se encamináron á la ventura hácia los collados inmediatos. Cogióles la noche, y cerrándose mas y mas en densas tinieblas, andaban tres horas habia, sin saber por donde, cuando un terrible relámpago hendiendo la nubes, é iluminando todo el horizonte, les dió á ver ya á lo lejos hácia la derecha, la pagoda de Jagrenat, las

islas del Gánges, la mar embravecida, y en frente, á muy poca distancia, un valle pequeño y un bosque entre dos colinas. Apretáron entónces el paso, y ya retumbaba el pavoroso trueno, cuando llegáron á la entrada del vallecito, cercado de rocas, y poblado de crecidos árboles de extraordinaria corpulencia, cuyas frondosas copas doblaba el huracan con espantosos zumbidos. No obstante, sus gruesos troncos y la peña que los rodeaba, hacian al parecer de esta floresta antigua el asilo del reposo, impidiendo su entrada un muro de follage, formado de cañas y lianas [1], entretejidas y enlazadas con los árboles, cuyas ramas figuraban á trechos varias cuevas. Abriéronse paso con sus sables los reispustas, y entráron con la silla todos los indios de la comitiva, creyendo hallarse

(1) Liana, planta de la misma familia, que crece muy prontamente, trepando hasta la copa de los árboles, y bajando hasta la tierra, en la cual prende, y vuelve á subir y bajar, enredándose otras veces en los que estan inmediatos, y formando como una pared. Haylas cual un brazo de gruesas, y algunas contienen un jugo mas venenoso y activo para algunos animales que el arsénico. Se distinguen muchas especies.

allí al abrigo del huracan; cuando á breve rato se viéron metidos entre crecidos torrentes, formados por las aguas, que corrian de aquellas alturas y contornos. En medio de este conflicto acertáron á descubrir bajo de los árboles, en lo mas estrecho del pabellon, una luz dentro de una cabaña; y corriendo á ella el masalchi á encender una hacha, volvió presuroso y sin aliento, gritando: no os llegueis allí, que hay un *paria*. Admirados los de la comitiva exclamáron al punto: ¡un paria! ¡un paria! Tomando el doctor este nómbre por el de algun animal feroz, echó mano á las pistolas, preguntando cuidadoso á su portahacha, ¿que cosa era un paria? Este le respondió: un hombre sin fé ni ley. Es, añadió el gefe de los reispustas, un indio de casta tan infame, que puede matarle cualquiera, á quien se haya llegado. Si ponemos el pié en su habitacion, no nos es permitido en nueve lunas entrar en ninguna pagoda; y para purificarnos, sera forzoso que nos bañemos nueve veces en el Gánges, y nos hagamos la-

var otras tantas con orin de vaca, desde la cabeza á los pies, por la mano de un brama. Gritáron entónces todos los indios: en ningun modo entrarémos en la habitacion de un paria. Y ¿como supiste, dijo el doctor al malsachi, que tu compatriota era paria? — Porque cuando me asomé á la cabaña, respondió, le ví echado con su muger y un perro sobre una estera, alargándola de beber en un cuerno de vaca. — Todos ellos gritáron de nuevo: no, no hay que pensar entremos en la cabaña de un paria. — Pues bien, quedaos aquí si quereis, les replicó el ingles, porque para mí me son en verdad iguales todas las castas de la India, para ponerme en sus habitaciones al abrigo de la lluvia.

Descendió de la silla al decir estas palabras, y tomando bajo del brazo el libro de preguntas, el saco de su ropa de dormir y las pistolas, se llegó solo, con la pipa en la mano, hácia la cabaña. Al primer golpe abrió su puerta un hombre de una fisionomía bondadosa, que con muestras de respeto le dijo: señor, yo soy un mise-

rable paria, que no merezco recibiros en mi pobre choza; mas, si en ella gustaseis poneros á cubierto de la lluvia, lo tendré á mucho honor. — Sí : acepto muy gustoso vuestra hospitalidad, hermano mio, y os doy por ella muchas y cordiales gracias. — Cargó despues el paria con un haz de leña seca; y tomando un canasto lleno de cocos y bananas (7) con la una mano, y con la otra una tea, salió en busca de los indios de la comitiva, que halló acomodados bajo de un árbol, y sin llegarse á ellos, les dijo : ya que no os es dado entrar en mi choza, aquí teneis frutas encerradas en sus cáscaras, que podeis comer sin haceros impuros, pues que mis manos no las han tocado, y lumbre para preservaros de los tigres. Dios os guarde. — Volvióse tras

(7) De la fruta llamada coco ya hemos hablado en la nota primera. Las BANANAS los son de un árbol llamado BANANO muy bajo, y sin mas ramas que unas hojas tan grandes, que bastan dos para cubrir todo el cuerpo de un hombre, las cuales salen del mismo tronco, que propiamente no es mas que un grueso rollo de ellas. Las bananas nacen en racimos, y son del tamaño y figura de un huevo de gallina; cómense asadas y cocidas, y su sabor es bastante grato.

esto á su cabaña y dijo al doctor: ya os se manifestado que soy un miserable paria; mas, como por vuestro color blanco y vuestros vestidos, conozco que no sois indio, espero que no rehusaréis los manjares que voy á presentaros. — Puso entónces en el suelo sobre una estera sazonadas y sabrosas frutas de los árboles de su huertecito, y un puchero de arroz compuesto con azucar y leche de coco, y se fué á sentar á su estera con su muger, y su hijo que dormia allí junto en una cuna. ¡ Hombre virtuoso, exclamó el ingles, harto mejor que yo, pues que haces el bien á los que te menosprecian y oprimen! ven á sentarte aquí á mi lado, porque sino juzgaré me tienes por un perverso, y saldré al punto de esta cabaña, aunque me cale todo la lluvia, ó me devoren los tigres.

Tuvo pues el paria que hacerlo así, y acompañar á su huesped á cenar. Gozábase este en contemplarse al abrigo de tan furiosa tempestad en aquella segura cabaña, construida en lo mas estrecho del val-

lecito, bajo un árbol de war ó hiquera de bananios [1], cuyas ramas, que se doblan y bajan hasta el suelo, brotando copiosas raices y prendiendo fuertemente, formaban otros tantos arcos que servian de firmeza y apoyo al tronco principal. Su follage era tan espeso, que no dejaba penetrar una gota de agua, ni el menor soplo de aire, ardiendo sin oscilar la luz, y subiendo derecho el humo del fogon, á pesar de lo recio del huracan y sus espantosos truenos y relámpagos. Admiraba despues el doctor la tranquilidad del indio y su muger, la cual meciendo con el pié la cuna en que dormia su hijo, negro y reluciente

(1) El WAR Ó ARBOL DE LOS BANIANOS, llamado de este último modo sin duda por la tradicion que refiere el autor, la cual habrá dado lugar á la suma veneracion en que le tienen los indios, es de la altura de un gran nogal, y sus hojas parecidas á las del laurel. Sus ramas forman una graciosa vista por los arcos y cuevas que figuran, bajando hasta la tierra, prendiendo en ella, y volviendo á subir y bajar sucesivamente, engruesando tanto como el mismo tronco; de forma que basta uno solo, para ocupar en algunos años todo un campo. Otro tanto hacen las del PALTUVERO ENCARNADO Ó VIOLETA, y las de una de las especies del MANGLE, á que los indios llaman GUAPARAYVA.

como el ébáno, se entretenia en hacerle un collar con guisantes de angola encarnados y negros (1); miéntras que *el paria estaba mirando con ojos de interes y ternura, ya á la una, ya al otro.* En suma, hasta el perro parecia tener su parte en la felicidad comun, y echado con un gato junto á la lumbre, abria de tiempo en tiempo los ojos, y miraba á sus amos, dando blandos ahullidos.

Luego que acabó de cenar el ingles, le alargó el paria una ascua para encender la pipa, y encendiendo él tambien la suya, hizo una seña á su muger, para que pusiese sobre la estera una gran calabaza y dos tazas de coco llenas de ponche, que habia preparado ella, en tanto que cena-

(1) Los guisantes de angola ó de congo son la fruta de un árbolilo del mismo nombre, de altura de ocho ó diez pies, muy derecho, pardusco, de hojas angostas, largas y puntiagudas, que en lo alto dá unos ramales llenos de granillos de la figura de los guisantes, y de varios colores, los cuales son buenos pará comerse. Sus hojas dan un jugo que corta las hemorragias, y cocicidas y aplicadas á las llagas, las curan.

ban, con agua, arrack [1], zumo de limon y jugo de cañas de azúcar.

Miéntras fumaban y bebian, dijo el doctor al indio : creo que eres un hombre de los mas felices que he visto, y por lo mismo uno de los mas sabios : así que me alegraria en verdad de hacerte algunas preguntas. Dime : ¿ como estás tan sereno con este furioso huracan, y sin mas abrigo contra él que estos árboles, que lejos de defender de los rayos, los atraen ? — No se sabe que cayera ningun rayo sobre un árbol de war, respondió el paria. ¿ Cosa notable ? replicó el doctor : sin duda porque estará dotado de una electricidad negativa, como el laurel. Yo no os comprendo, repuso el paria. Mi muger lo atribuye, á que el Dios Brama se acogió un dia á su sombra; mas yo pienso, que pues crió Dios en estos borrascosos climas banianos tan crecidos y

(1) El ARRACK es una especie de aguardiente extraido del arroz por destilacion. En general los indios dan este nombre á todos los licores fuertes, añadiendo el del fruto de que está sacado.

frondosos, que puedan refugiarse los hombres bajo sus arcos en las tempestades, quiso que al mismo tiempo les librasen de los rayos. Tu respuesta es muy religiosa, respondió el doctor; y es cierto que tu confianza en Dios te infunde esa serenidad, porque la conciencia tranquiliza mas que la ciencia. Yo desearа saber de que casta eres, pues extraño que ningun indio quiere comunicar contigo; ni encuentro ademas en la lista de las castas doctas, á quienes, me dijéron, debia consultar, la que nombras de los parias. ¿En que canton de la India está tu pagoda? En todas partes, contestó el paria. Mi pagoda es la naturaleza, á cuyo supremo autor adoro al nacer el sol, y bendigo al ponerse. Amaestrado por la infelicidad, nunca rehuso mis socorros á otro mas miserable que yo : procuro hacer felices á mi muger, á mi hijo, y hasta al gato y al perro que me acompañan; esperando la muerte al fin de mi vida, como un dulce sueño al anochecer. ¿En que libro aprendiste estos principios? le preguntó el doc-

tor. En la naturaleza, respondió el indio, pues no conozco otro. Gran libro es ese por cierto, repuso el ingles; ¿mas quien te enseñó á leerle? La infelicidad, prosiguió el paria. Siendo de una casta reputada por infame en mi pais, y no pudiendo ser indio, me he hecho hombre, acogiéndome á Dios y á la naturaleza, ya que la sociedad injusta me arrojaba de su seno. Y ¿conservas en tu soledad algunos libros¿ le replicó el doctor. Ninguno, contestó el paria, porque ni aun sé leer. Muchas dudas te has ahorrado con ello, dijo el doctor, estregándose la frente. Yo he salido de Inglaterra, mi patria, encargado de buscar la verdad entre los sabios de muchos paises, con el fin de ilustrar á los hombres, y hacerlos en lo que cabe felices; pero despues de muchas investigaciones superfluas y largas disputas, he concluido, que es locura el buscar la verdad, porque, aun despues de haberla hallado, no se acertaria á quienes comunicarla, sin adquirir enemigos. Con sinceridad, ¿no piensas tú del mismo modo? Aunque yo

soy un ignorante, respondió el paria, ya que exigis diga mi parecer, juzgo que está obligado todo hombre á buscar la verdad por su propio bien; pues que si no, será avaro, ambicioso, cruel, supersticioso y aun antropófago, segun las preocupaciones ó intereses de los que le hubieren educado.

El doctor, que nunca perdia de vista las tres qüestiones que propuso al gefe de los pandects, se admiró de la respuesta del paria. Ya que crees, le repuso, que debe todo hombre buscar la verdad, quisiera me díjeses ante todo, ¿ que medios deben emplearse para dar con ella? pues que nuestros sentidos nos engañan, y nos alucina con freqüencia la razon. Esta es muy variable, y tan diversa ademas en cada hombre, que me parece, que bien analizada, no viene á ser otra cosa que su interes particular; dimanando de aquí, el que sea tan general su diferencia, que no se encontrarán dos imperios, dos naciones, dos tríbus, dos familias, ¡ que digo! ni dos hombres, que piensen en un todo de una

misma manera. ¿ Con que sentido pues buscarémos la verdad, si el del entendimiento no nos es bastante? Yo juzgo, respondió el paria, que debe buscarse la verdad con un corazon sencillo. Podrán los sentidos y el entendimiento padecer engaño; pero un corazon sencillo, aunque esté sujeto al error, nunca engaña.

Tu respuesta es profunda, dijo el doctor : la verdad en efecto debe buscarse con el corazon, y no con el entendimiento. Todos los hombres sienten de un mismo modo, y raciocinan de otro muy diverso ; porque los principios de la verdad están en la naturaleza, y las consecuencias que deducen, en sus intereses. Con un corazon sencillo debe buscarse la verdad, porque nunca aparenta este entender lo que no entiende, ni creer lo que no cree: así es que ni contribuye para engañarse él á si propio, ni para engañar despues á los otros; y lejos de ser débil, como los corazones de los que están seducidos por sus intereses, es fuerte y tal como conviene, para buscar la verdad y

para reservarla. — Habeis desenvuelto mi idea mucho mejor que yo lo podia hacer, repuso el paria. Es la verdad como el rocio del cielo, que debe recogerse en un vaso limpio, para conservarle en toda su pureza.

Haslo dicho muy bien, prosiguió el ingles; pero falta lo mas difícil. ¿Donde debe buscarse la verdad? La sencillez de nuestro corazon depende de nosotros; en tanto que la verdad depende de los otros hombres: ¡ donde pues la hallarémos, seducidos, como lo están los que nos rodean, por sus preocupaciones, ó corrompidos por sus intereses! Yo he viajado por muchos paises, he revuelto sus bibliotecas, y consultado sus doctores; mas sin haber hallado al cabo por todas partes otra cosa que contradicciones, dudas y opiniones, mil veces mas diversas que sus idiomas. Luego ¿adonde nos dirigirémos para hallarla, si no está en los mas fieles depósitos d los conocimientos humanos? ¿ A que servirá tener un corazon sencillo, para vivir entre hombres dotados de un en-

tendimiento alucinado, y de un corazon corrompido? — Yo no confiaria mucho en la verdad que me viniese de mano de los hombres, respondió el paria; pues que no en ellos debe buscarse, sino en la naturaleza, que es la fuente de todo cuando existe, y su lenguage no cual el de aquellos, mudable y obscuro. Los libros los componen los hombres, y la naturaleza hace las cosas : así que tomar por fundamento de la verdad un libro, es como tomar una pintura ó una estatua, cuyo interes varía segun las edades y paises. Todo libro es obra de los hombres, en vez que la naturaleza lo es de todo un Dios.

Sí, dices muy bien, contestó el doctor. La naturaleza es la fuente de las verdades naturales; mas ¿ donde, á no ser en los libros, se hallarán las históricas? Y ¿ como cerciorarse por ellos de la verdad de un hecho, acaecido dos mil años ha? ¿Tan exentos de preocupaciones, tan agenos del espíritu de partido, de tan sencillo corazon eran los que nos las han

transmitido? Los mismos libros que nos las conservan, ¿no necesitan de copiantes, de impresores, comentadores y traductores, que desfiguran todos mas ó ménos, ya de próposito, ya inocentemente la verdad? Todo libro, como dijiste con acierto, es obra de un hombre: luego ¿habrémos de renunciar á toda verdad histórica, porque nos la comunican los hombres sujetos al error? — Y ¿que falta nos hace para ser felices, replicó el indio, la relacion de las cosas que han pasado? La historia de lo presente es la historia de lo pasado y venidero.

Muy bien, dijo el ingles; mas ¿como se hallarán en la naturaleza las verdades morales, tan necesarias á la felicidad del género humano? Los animales se hacen la guerrá, se matan, se devoran; los mismos elementos combaten entre sí; y ¿obrará el hombre de diverso modo? Es verdad que no, respondió el buen paria; pero hallará cada uno la regla de su conducta en su propio corazon, si le tiene sencillo, pues que en él ha grabado la na-

turaleza este precepto : *no hagais con los demas, lo que no quereis que hagan con vosotros.* Así es, repuso el doctor; y de ese modo estableceria sabiamente sobre nuestro mismo interes particular los de todo el género humano.

Pero ¿como se descubrirán las verdades religiosas, entre tantas tradiciones y cultos que dividen las naciones? En la misma naturaleza, contestó el paria. Si la consideramos con un corazon sencillo, hallarémos en todas sus obras los vestigios de un Dios poderoso, sabio y bueno; y como nosotros somos débiles, ignorantes y miserables, ved aquí lo bastante para conocer, que estamos obligados á adorarle, suplicarle y amarle de todo nuestro corazon.

Y ¿ deberá comunicarse á los demas, prosiguió el ingles, la verdad que se ha descubierto? De hacerlo así, es irremediable el ser víctima de una multitud de gentes, que viven del engaño, preconizándole y defendiéndole cual la misma verdad, y condenando, como un dañoso

error, cuanto se opone á él. Solo deberá comunicarse la verdad, dijo el paria, á los hombres de un corazon sencillo, esto es, á los hombres de bien que la buscan, mas no á los malvados que la desprecian. Es la verdad una perla fina, y el malvado un cocodrilo, que no puede colocarla en sus orejas, porque no las tiene: así pues, si tirais una perla á un cocodrilo, en vez de engalanarse con ella, la querrá devorar, se romperá los dientes, y volverá entónces su furor contra vos.

Segun todo lo dicho, instó el ingles, se infiere al parecer, que está condenado el hombre al error, sin poder llegar nunca á descubrir la verdad, aunque tan necessaria para su bien estar. Porque si el fruto de los trabajos que se toman para instruirle, ha de ser la persecucion, ¿que sabio se atreverá á emprender este difícil encargo? La infelicidad, respondió el paria, que persigue á los hombres para enseñarles la verdad. — ¡Ah! y como te engañas en eso, hombre de la naturaleza, le dijo el ingles. La infelicidad arrastra á los hombres á la

supersticion, y degrada su corazon y su espíritu. Cuanto mas miserables son, mas viles, mas crédulos, mas aduladores se hacen. Eso proviene, replicó el paria, de que no son bastante infelices. La infelicidad se parece á la montaña negra de Bember en los confines del abrasado reyno de Lahor : cuando la subis, solo veis por delante peñascos estériles; pero luego que estais en su cima, descubris todo el cielo, y teneis el reyno de Cachemira á vuestros pies.

Bella y justa comparacion, exclamó el doctor. Cada uno tiene ciertamente en su vida una montaña que trepar; y sin duda la tuya, virtuoso solitario, ha sido bien áspera, pues que estás mas elevado que cuantos hombres traté : tal habrá sido tu infelicidad. Mas ¿por que está tan envilecida tu casta entre los indios, y tan honrada la de los bramas? Yo vengo de consultar al gefe de la pagoda de Jagrenat, que tanto discurre como su ídolo, y he visto que se hace adorar cual un Dios. Es la causa, respondió el paria, el que los bramas se tienen por descendientes de la

cabeza del Dios Brama, y reputan por descendientes de sus pies á los parias, añadiendo, que viajando un dia Brama, pidió de comer á un paria, que le presentó carne humana; y por esta ridícula tradicion [1] su casta está honrada en toda la India, y la nuestra tan vilipendiada, que no podemos vivir en las ciudades, y tiene derecho para matarnos todo nayre ó reispusta, con solo llegarnos á él. ¡Por san Jorge, exclamó el ingles, que es una cosa bien

(1) En el ZENDA-VESTA de Zoroastre (t. 1. part. 1. pág. 158) se dá otro orígen que este á la infamia de los parias. « Un príncipe del Indostan, dice, llamado Schoparia publicó á persuasion de sus sacerdotes un edicto muy severo, prohibiendo comer carne de vaca, y no habiendo querido obedecerle una parte de la nacion, la declaró abominable; y de estos transgresores descienden los parias. » Pero aun hay en el Malabar otra casta en mas lastimoso estado de humillacion, que es la de los PULCHIS, á quienes prohibe la ley no solo toda communicacion, sino hasta el levantar cabañas para habitar, viéndose precisados á construir en los árboles una especie de nidos; y si por acaso, cuando han bajado al suelo para recoger el sustento, sienten algun indio, se tienden boca abajo, para que no se haga impuro mirándoles. ¡Ah! ¡por que desgraciada fatalidad ha de haber sido el hombre en todos tiempos y paises, el mas atraz enemigo del hombre!

desatinada! Y ¿como han llegado los bramas á hacer creer semejante necesidad á los indios! Enseñándosela desde la infancia, dijo el paria, y repitiéndosela continuamente, porque los hombres se instruyen como los papagayos. Pues ¿como lograste tú salir, le preguntó el ingles, del abismo de infamia, en que te habian sumergido desde niño los bramas? Nada hallo yo que pueda hacer desesperar tanto al hombre, como el envilecerle á sus propios ojos: esto es robarle el primero, el mas seguro, el mas dulce de todos los consuelos, la satisfaccion interior de sí mismo.

¿Será cierta, decia yo para mí, la historia del Dios Brama? contestó el paria. Esta solo la cuentan los bramas, interesados en atribuirse un orígen celestial; habiendo inventado sin duda, que quiso un paria hacer á Brama antropófago, para vengarse de los parias, que rehusaban asentir á su pretendida santidad. Ademas, proseguia yo, supongamos cierto este hecho: Brama es justo, y no puede imputar toda una casta el crímen de uno de sus

individuos, cuando ninguna parte tuvo en él. Y demos que la tuviese entónces toda la casta de los parias; ¿ por que han de ser culpables todos sus descendientes? Brama no castiga en los niños los delitos de sus abuelos, á quienes ni aun conociéron; como ni tampoco castiga en los abuelos los que cometerán sus nietos, que están por nacer. Y aun cuando yo tuviese hoy parte en el castigo de un paria, pérfido para con Brama millares de años ha, sin haberla tenido en su crímen, ¿ podrá subsistir alguna cosa, aborrecida de él, sin ser destruida al momento? Si yo fuese execrado de Brama, nada de cuanto plantase, fructificaria. Y demos por último, concluia, que en efecto lo soy, ya que derrama sin embargo sobre mí sus beneficios, quiero congraciarle, haciendo bien, como él, á los que debia aborrecer.

Y ¿ como te componias, para vivir, viéndote despreciado de todos? le preguntó el ingles. — Ya que todos mis semejantes son enemigos mios, decia, debo ser yo mismo mi amigo; respondió el indio.

Aunque grande, no es superior mi infelicidad á las fuerzas humanas. Acudia pues á los bosques, y á las orillas de los arroyos en busca de algun sustento; mas siempre con el miedo de encontrar animales feroces, haciéndome conocer este continuo sobresalto, que no habia criado al hombre la naturaleza para vivir aislado, y que me era necesaria, para existir, la misma sociedad que me expelia ignominiosamente de su seno. Freqüentaba asímismo los campos abandonados, que tan comunes son en la India, en los que siempre hallaba algunas plantas comestibles, que habian sobrevivido á la ruina de sus cultivadores; viajando así de provincia en provincia, seguro de hallar por todas partes mi subsistencia en las ruinas de la agricultura. Y cuando por acaso hallaba las semillas de algun vegetal útil, las sembraba, haciéndome el cargo, de que si no me eran útiles á mí, lo serian á otros, consolándome algun tanto en mi infelicidad la sola idea, de que podia proporcionar algun bien á mis semejantes.

Pero mi deseo mas vivo era el ver alguna ciudad. Admiraba desde lejos sus murallas y sus torres, las numerosas barcas que surcaban sus rios, y las caravanas que, cargadas de mercancías, atravesaban sus caminos por todos los puntos del horizonte ; los ejércitos que transitaban por las provincias, para reemplazar sus guarniciones; las lucidas comitivas de los embajadores que llegaban de los paises extrangeros, á notificar acaecimientos felices, ó á pactar nuevas alianzas. Acercábame en cuanto podia á sus caminos, contemplando con admiracion las nubes de polvo que levantaban tantos caminantes, y me atizaba mi deseo aquel bullicio sordo de las ciudades populosas, que se parece, oido desde los campos inmediatos, al susurro de las olas que se estrellan contra las riberas del mar. En mi asombro exclamaba : una reunion de hombres de tan diferentes estados, que ponen en comun su industria, sus riquezas y placeres, hará de una ciudad la mansion de las delicias. Mas, si no me es dado verla por

el dia, ¿ quien me impide hacerlo por la noche? En medio de tantos contrarios, como tiene un ratoncillo, corretea á su antojo favorecido de las tinieblas, pasando de la cabaña del pobre al palacio del poderoso. Y si le basta á él la luz de las estrellas, ¿ por que he de necesitar yo de la del sol ? Estas reflexiones hacia yo en las inmediaciones de Delhí, y alentado por ellas, entré de noche por la puerta de Lahor. Lo primero que hallé, fué una larga calle con casas á uno y otro lado, todas con terrados, y fundadas sobre arcos, en los cuales están las tiendas de los mercaderes. De trecho en trecho encontraba grandes hospederías bien cerradas, y *bazares* ó mercados, en que reynaba el mayor silencio. Internándome mas, atravesé el magnífico cuartel de los omráhs, lleno de palacios y jardines situados á orillas del Gemna, en todos los cuales resonaban las canciones y música de las bailarinas, que á la luz de numerosas antorchas ejecutaban sus danzas y conciertos. Paréme á la puerta de un jardin para gozar de esta

vistosa diversion; pero me desalojáron de allí al punto unos esclavos, que cuidaban de no dejar acercar á los miserables. Seguí pues adelante, pasando junto á algunas pagodas de mi religion, donde un gran número de infelices se deshacian en amargas lágrimas, postrados en tierra; y apresuréme á perder de vista estos monumentos de la supersticion y del terror. Las agudas voces de los moláhs, que anunciaban desde lo alto de las torres las horas de la noche, me diéron á conocer, que habia allí cerca una mezquita. A poco trecho hallé las factorías de los europeos con sus pavellones y guardias, que gritaban continuamente: *¡kaber-dar!* ¡alerta! Despues pasé junto á un grande edificio, que conocí ser una cárcel por el ruido de las cadenas y ayes que sonaban dentro; y mas adelante hallé un vasto hospital, del cual salian carros llenos de cadáveres. Siguiendo mi camino, encontré ladrones, que huian azorados; patrullas de guardias, que iban en su alcance; pelotones de mendigos, que, á pesar de los palos, demanda-

ban á las puertas de los palacios las sobras de los festines; y por todas partes mugeres, que se prostituian para ganar su sustento. Por último llegué á una espaciosa plaza, ó mejor dijera campo, lleno todo de tiendas de los rajáhs ó nabábs de la guardia del gran Mogol (cuyos escuadrones se distinguian por sus estandartes, y altas cañas con colas de vacas del Thibet á la punta), en medio del cual está el palacio imperial, circundado de un ancho foso, henchido de agua, y cubierto de artillería. Contemplaba absorto, al resplandor de las hogueras de los soldados, las torres del castillo, que llegaban hasta las nubes, y la longitud de sus murallas, que se perdian en el horizonte. De buena gana hubiera entrado dentro; pero me quitáron aun el deseo de poner el pié en la plaza unos grandes *koráhs* ó látigos, colgados de unas columnas; y así me quedé parado á uno de sus extremos junto á unos esclavos negros, que descansaban sentados en rededor de una hoguera. Desde allí consideraba aquel suntuoso pala-

cio, y lleno de admiracion exclamaba: aquí habita el mas feliz de los hombres; para su obediencia predican multitud de bramas, para su esplendor y gloria llegan de todas partes ostentosos embajadores, para sus gastos se apuran todas los provincias, para sus placeres transitan numerosas y continuas caravanas, y para su seguridad velan en silencio tantos hombres armados.

Miéntras estaba embebecido en estas reflexiones, resonáron por toda la plaza grandes gritos de alegría; y tendiendo la vista en busca de su causa, ví pasar ocho camellos muy enganalados, que iban cargados, segun dijéron, de cabezas de rebeldes, que los generales del Mogol le enviaban de la provincia de Decan, donde le hacia guerra tres años habia uno de sus hijos, á quien diera su gobierno. Poco despues llegó á carrera tendida un correo sobre un dromedario, á anunciar la pérdida de una ciudad de la frontera, entregada al rey de Persia por traicion de uno de sus comandantes; y tras este vino otro con

pliegos del gobernador de Bengala, dando parte de que los europeos, á quienes habia concedido el emperador un establecimiento para su comercio, en el desembocadero del Gánges, acababan de levantar una fortaleza, y se hacian dueños de la navegacion del rio. A breve rato ví salir del palacio un oficial, mandando un destacamento de tropas, que se dirigia de órden del Mogol al cuartel de los omráhs, para prender tres de los principales, acusad s de estar de inteligencia con los enemigos del estado. El dia anterior habian preso á un moláh, que hacia en sus sermones el elogio del rey de Persia, diciendo públicamente, que era infiel el emperador de las Indias, pues que en desprecio de los preceptos del Alcoran, bebia vino. Asegurábase por último, que acababan de decapitar y arrojar en el Gemna á una de sus mugeres, y dos capitanes de su guardia, convencidos de ser cómplices en la rebelion de su hijo. Miéntras meditaba en estos trágicos sucesos, salió repentinamente de las cocinas del serrallo una enorme pi-

rámide de llamas, cuyos torbellinos de humo se confundian con las nubes; y su dorado resplandor, iluminando las torres de la fortaleza, sus fosos, la plaza y los campanarios de las mezquitas, se extendia por todo el horizonte.

Al punto tocáron á rebato con un espantoso ruido los gruesos timbales de cobre, y los *karnas* ó grandes obues de la guardia; y derramándose por toda la ciudad escuadrones de caballería, forzaban las puertas de las casas inmediatas al palacio, y á latigazos obligaban á sus moradores á que acudiesen al incendio. Yo mismo experimenté, cuan perjudicial era á los miserables la vecindad de los poderosos, que semejantes al fuego, abrasan á los mismos que le suministran el incienso, si se acercan demasiado; pues al querer escapar de aquella confusion, encontré tomadas todas las calles de la plaza, y hubiérame sido imposible salir de ella, á no hallarme por fortuna del lado del serrallo. Los eunucos, que sacaban de este á las mugeres sobre elephantes, facilitáron mi

evasion; pues al mismo tiempo que los soldados forzaban á todos por medio del látigo á acudir al socorro del palacio, los elefantes hacian retroceder á cuantos cogian por delante, sacudiéndolos con sus trompas. Así ya perseguido por los unos, ya acosado por los otros, salí de aquel bullicioso cáos, y á favor de la claridad de las llamas, llegué al otro extremo del arrabal, donde lejos de los grandes y en sus barracas, descansaba tranquilo el pueblo de sus trabajos y fatigas. Entónces principié á cobrar aliento. Ya he visto una ciudad, decia yo: ha ye visto el palacio del gran Mogol. ¡Ah! y ¡en cuan penosa esclavitud pasa sus dias! Él obedece, hasta en las horas del reposo, á los placeres, á la ambicion, á la supersticion y á la avaricia; teniendo que guardarse, aun miéntras duerme, de una multitud de seres miserables y malvados, de que está rodeado, ladrones, mendigos, aduladores é incendiarios, y hasta de sus soldados, sus grandes y sus sacerdotes. ¿Que será una ciudad por el dia, si de tal modo está

alborotada de noche? Los males del hombre se aumentan en razon de sus goces; ¡ cuan digno pues no habrá de ser de compasion el emperador, que los reune todos! Él tiene que temer las guerras civiles y exteriores, y hasta los mismos objetos que le sirven de defensa y consuelo, sus generales, sus guardias, sus moláhs, sus mugeres y sus hijos. Los fosos de su fortaleza no serán bastantes á librarle de las fantasmas de la superesticion, ni sus elefantes tan bien adestrados, á desterrar de su pecho las amargas inquietudes. Nada de esto turba mi sosiego; ningun tirano manda sobre mi cuerpo, y mi alma adora á su hacedor del modo que la dicta su respetuosa gratitud: en verdad es ménos infeliz que el gran Mogol un paria. Saltáronseme las lágrimas al pronunciar estas palabras, y hincándome de rodillas, dí gracias al cielo, que me habia mostrado males mucho mas insufribles que los mios, para enseñarme á llevarlos en paciencia.

Desde entónces he freqüentado solo los arrabales de Delhí. Desde ellos contempla-

ba cual alumbraban las estrellas á las habitaciones de los hombres, y se confundian con sus hogueras y sus luces, como si el cielo y la ciudad fuesen un mismo dominio; y cuando iluminaba despues la luna este gracioso paisage, me entretenia en verle con distintos colores, por el dia, y sus torres, sus casas y sus árboles, plateados y cubiertos como con un velo, reflejarse allá lejos en las ondas del Gemna. Recorria á mi placer aquellos grandes cuarteles, en tanto que sus moradores, rendidos de sus trabajos, yacian entregados al sueño, y me figuraba iluso, que toda la ciudad era mia. Sin embargo tan execrable me hacia la supersticion á los ojos de todos, que no hubiera hallado, quien por humanidad me diese un puñado de arroz. Así es que, para no morir de hambre, me veia forzado á buscar mi sustento entre los muertos; es decir, á acudir á los cementerios, donde tomaba los manjares, que deponia sobre los sepulcros la piedad de las familias. En estos lúgubres sitios me complacia en meditar, y

extático exclamaba: aquí está la ciudad de la paz; aquí han desaparecido el poder y el orgullo; aquí están en seguro la inocencia y la virtud; aquí diéron fin todos los temores de la vida, y aun el de la muerte; esta es la posada, donde ha desuncido el carretero para siempre, y donde reposa el paria. Estos pensamientos me hacian menospreciables todas las cosas de la tierra, y apetecible casi la muerte. Mis ojos se fijaban despues sobre el oriente, donde descubrian á cada momento una multitud de estrellas nuevas, cuyo destino, bien que para mi desconocido, me parecia deber tener relaciones con el de los hombres; pues que la naturaleza estableció sabias armonías entre todas sus obras. Elevábase mi alma al firmamento en pos de sus brillantes astros; y cuando la rosada aurora queria asomar por el oriente, me figuraba yo estar á las puertas del cielo; pero huia, como ligera sombra, luego que doraban sus rayos las cimas de las pagodas, á reposar lejos de los hombres en algun bosque solitario, donde in-

clinado junto á un árbol, me dormia al son del melodioso gorgeo de las aves.

¡Hombre sensible y desventurado! prorumpió el ingles: la relacion que acabas de hacerme, ha despertado vivamente mi interes, y despertará el de toda alma compasiva. Yo te confieso que la mayor párte de las ciudades son mejor para vistas de noche; pero al cabo la naturaleza tiene sus bellezas nocturnas, que no son ménos peregrinas que las del dia, y no ha cantado otras en sus versos un célebre poeta, compatriota mio. Mas cuéntame, te suplico, como labrabas tu felicidad por el dia.

Ya tenia adelantado mucho, dijo el paria, con ser feliz por la noche. La naturaleza se parece á una muger hermosa, que por el dia enseña solamente al pueblo las gracias de su rostro, y descubre de noche todos sus encantos á su amante. Pero, si la soledad ofrece placeres, tambien tiene sus privaciones: cierto es que desde ella, como desde un seguro puerto, descubre el miserable las borrascas de las pasiones, sin

que le alcancen sus vayvenes; pero miéntras se goza en su misma seguridad, el curso veloz del tiempo le arrebata tambien y lleva por delante. No es dado á los mortales echar áncoras en el rio de la vida, que corriendo siempre con rapidez igual, arrastra de una misma manera al que lucha contra su corriente, que al que se abandona á alla; al sabio, que al ignorante; llegando ámbos al término de sus dias, el uno sin disfrutarlos, y el otro despues de haberlos mal gastados. Así que no intentaba yo saber mas que la naturaleza, ni buscar mi felicidad fuera de las leyes que ha prescrito al hombre. Pero deseaba, sobre todo, tener un amigo con quien comunicar mis penas y placeres; y habiéndole buscado largo tiempo entre mis semejantes, no pudé hallar mas que envidiosos. Algun tanto me consolé con la compañía de un ser sensible, fiel, agradecido y del todo incapaz de preocupaciones, que es este perro que aquí veis, y recogí de pequeñito en una calle, movido de lástima, al verle poco ménos que espirando; pa-

gando mis cuidados el pobre animalito con no separarse un punto de mi lado. Sentia yo no obstante, que aun me faltaba mas; es decir, un ser de mi especie, que conociendo todos los males de la sociedad, me ayudase á soportarlos, y gozase á una conmigo de los bienes de la naturaleza, sin apetecer otros. Solo entretejiendo sus ramas, resisten al huracan dos tiernos arbolitos. Gracias á la providencia, ví colmados mis deseos con el logro de una buena muger, viniéndome la felicidad de la misma desgraciada situacion en que estaba sumido. Entrando una noche en el cementerio de los bramas, percibí con la claridad de la luna una bramina jóven, medio cubierta con un velo amarillo; y bien que al primer aspecto de una muger de la sangre de mis tiranos me retirara atras horrorizado, compadecíme luego, al verla ocupada en ofrecer manjares y quemar incienso sobre un cerro, que segun sus evocaciones, cubria las cenizas de su madre, recien quemada viva sobre el cadáver de su esposo, segun la costumbre de

su casta. Arrasáronseme los ojos de lágrimas al contemplar aquella persona mas infeliz que yo, y entónces exclamé para mí : ¡ah! yo estoy esclavizado con las cadenas de la infamia, pero tú lo estás con las del honor; y mientras yo vivo tranquilo en lo hondo de mi precipicio, tú pasas tus dias temblando á la orilla del tuyo. El mismo destino que te ha privado de tu madre, te amenaza á tí un dia, pues que deberás arder viva en la hoguera del cadáver de tu esposo, si por tu mal le sobrevives. — Arrancábala igualmente lágrimas el amor filial; y encontrándose nuestros ojos bañados en ellas, se habláron un momento la lengua de los infelices, echándose despues la bramina enteramente el velo, y marchando triste y pesarosa.

Juzgando sin duda la desventurada, que yo habria acudido al cementerio en busca de manjares, puso en la siguiente noche sobre el sepulcro de su madre, una mayor ofrenda que las regulares; pero compuesta solo de frutas, para quitarme

así el rezelo de que pudiese estar envenenada, como lo están regularmente las de los bramas, á fin de que no las coman los parias.

De tal suerte me interesó esta su tan señalada muestra de humanidad, que en vez de coger las frutas destinadas para mí, pusé junto á ellas unos cogollos de adormideras, en señal de mi respeto á su ofrenda filial, y de la parte que tomaba en su dolor.

Ví con particular gozo en la siguiente noche, que habia aprobado la bramina mi homenage, pues que estaban regadas las adormideras, y colocado á alguna distancia del sepulcro un canastillo de sazonadas frutas. Alentáronme la piedad y el agradecimiento; pero no osando hablarla, como paria que yo era, determiné expresarla, como ser sensible, los afectos que en mi corazon despertaba su vista; y valiéndome para este fin del lenguage de las flores, segun la costumbre de los indios, añadí á las adormideras ramas de pensamientos.

Unas y otras hallé regadas en la inmediata noche; y, cobrando con esto mas atrevimiento, pusé entre ellas una flor de peonía, en señal de un amor sumiso y desgraciado. Al amanecer del siguiente dia corrí presuroso al cementerio, donde me hallé con la triste novedad, de estar casi seca mi peonía por falta de riego. Sustituíla pues en aquella noche un tulipan, cuyas hojas encarnadas y roseta negra denotaban el fuego, en que ardia mi pecho; pero aumentóse no poco mi afliccion, cuando viera al dia siguiente, que con él habia hecho lo que con la flor anterior. No obstante, aquella noche pusé lleno de temor un capullo de rosa con sus espinas, como símbolo de mis esperanzas, acibaradas con amargos rezelos; mas una furiosa rabia, que me privara al parecer del uso de la razon, se apoderó de mí, cuando al rayar el dia, ví arrojado lejos del sepulcro mi cogollo de rosa. Despechado resolví al cabo hablarla, sin guardar miramientos; y esperándola en la inmediata noche, postréme á sus pies, luego que apareció, pre-

sentándola mi rosa sin hablar palabra. ¡ Desventurado ! prorumpió entónces con dolorida voz : tú me hablas de amor, y dentro de tres dias, solo seré ya un poco de ceniza. Sí; me es forzoso sufrir la suerte de mi madre, y mi juventud vá á ser consumida en la hoguera de mi viejo esposo, que acaba de morir. Déjame pues, retírate, olvídame y á Dios. — Un profundo suspiro lanzó de su pecho al pronunciar estas palabras, y no pudiendo yo tampoco sufocar mi dolor, ¡ infeliz bramina! exclamé : la naturaleza ha roto los vínculos con que estabas unida á la sociedad; rompe tú los de la supersticion, y para ello tómame por tu esposo. — ¡ Que ! replicó ella llorrando; ! me libertaria yo de la muerte, para vivir sumida contigo en el oprobio! ¡ Ah ! si es que me amas, déjame ántes morir. — No permita el cielo, la contesté entónces, que te proponga yo sacudir tus males, para abismarte en los mios, querida bramina : huyamos ámbos á lo mas espeso de los montes, pues que mas vale fiarse de los tigres, que de

nuestros semejantes. Confio que el cielo no nos ha de desamparar: escapemos; el amor, la noche, tu infelicidad, tu inocencia, todo, todo es en nuestro favor. No lo dilatemos un momento, viuda desventurada, pues que ya está encendiéndose la hoguera, y en ella te espera tu difunto esposo. Pobre liana derribada, yo seré tu palmera. — Despidiendo un doloroso suspiro, volvió entónces los ojos hácia el sepulcro de su madre, y levantándolos despues al cielo, dejó caer una mano sobre la mia, cogiendo con la otra mi cogollo de rosa. Al momento la así por el brazo, y y emprendimos desde allí mismo nuestra marcha, caminando solo de noche á orillas del Gánges, en cuyas aguas arrojé su velo, para que creyesen sus parientes que se habria ahogado en él; y nos ocultábamos por el dia en los arrozales, hasta que aportamos á esta comarca, que la guerra despobló tiempos pasados de los numerosos habitantes que cubrian su suelo. En ella hallé el espeso monte que habeis visto, en lo interior del cual levanté este caba-

ña, y planté para mis necesidades un huertecito; viviendo en este retiro tranquilos y contentos mi muger y yo, sin nada echar de ménos de cuanto hay en el mundo. Yo la amo tiernamente; ella me corresponde; y las mutuas alabanzas que nos tributamos, nos son mas alagüeñas, que los elogios de un pueblo entero. — Fijaba el paria los ojos, al decir estas palabras, sobre su tierno niño, que reposaba tendido en la cuna, y volvialos despues hácia su muger, que vertia con esta narracion lágrimas de alegría.

Enjugándose el doctor las suyas, les dijo : es verdad, que engañados los hombres en sus juicios, aprecian regularmente lo que debieran desestimar, ó miran con desprecio, lo que debieran tener en mucho; pero en fin Dios es justo : vosotros vivis mil veces mas felices en vuestra obscuridad y retiro, que el gefe de los bramas de Jagrenat con todo su esplendor y dignidad. Esta misma les expone á él y á toda su casta á los trastornos de la fortuna : sobre los bramas pesan la mayor

parte de los males que en pos de sí acarrean las guerras civiles y exteriores, que tanto tiempo hace afligen vuestro hermoso pais : á ellos se recurre de ordinario para exigir contribuciones violentas, con motivo del grande imperio que ejercen sobre la opinion de los pueblos : y lo que aun es mas doloroso, son ellos las primeras víctimas de su religion inhumana. A fuerza de predicar continuamente el error, se imbuyen ellos mismos de él, hasta el punto de perder el sentimiento de la verdad, la justicia, la humanidad y la piedad : están amarrados con la cadena de la superstición, con que quieren aprisionar á sus compatriotas, viéndose obligados á cada instante á lavarse, purificarse y abstenerse de una multitud de diversiones inocentes : y en fin, lo que no puede decirse sin horror, ven quemar vivos á sus padres, sus madres, sus hermanos y sus hijos, por una consecuencia de sus atroces dogmas; castigándoles de este modo la naturaleza, por haber violado sus santas leyes. Vosotros podeis ser sinceros, bue-

nos, justos, hospitalarios y piadosos, y estais á cubierto de los vaivenes de la fortuna y de los males de la opinion, á causa de vuestra misma obscuridad.

Despidióse el paria de su huesped despues de este coloquio, deseándole un dulce sueño, y se retiró con su muger y su niño á un cuartito inmediato.

Los sonoros gorgeos de los pájaros anidados en los banianos, y las voces del paria y su muger, que á coro entonaban su oracion de la mañana al supremo hacedor, despertáron al doctor al rayar del sol. Levantóse luego; y fué para él un grave sentimiento el ver, cuando abriéron el paria y su muger la puerta para saludarle, que no habia otra cama que la conyugal en la cabaña, y que habian velado aquella noche, para que él descansase. Despues que se manifestáron mutuamente sus sencillos y afectuosos deseos, salió el doctor, en tanto que le preparaban el desayuno, á ver y pasearse por el huerto, obra de las manos del paria. Todo él estaba cercado, igualmente que la cabaña, de

grandes banianos, cuyas ramas entretejidas formaban un muro impenetrable; aun á la misma luz; asomando solamente por encima de sus copas las cumbres doradas de la peña, que defendia todo el valle, y de la cual nacia un cristalino arroyo, que regaba el huertecito. No habia entre sus árboles órden ni distribucion, y su misma variedad ofrecia una vista deliciosa. Hallábanse en él mangostanes, naranjos, cocoteros, mangles, duriones, jaceros, bananos [1], y otros vegetales cargados de

(1) Mangostan, árbol originario de las islas Molucas, muy derecho y hermoso, que crece hasta diez y seis ó veinte pies de altura, de una copa muy graciosa é igual. Sus hojas, mas verdes que las del limon, son de un color muy brillante, y su fruto del tamaño de una naranja pequeña y de un sabor agridulce.

Durion, árbol grande y fuerte, de una madera muy sólida, que dá un fruto del grandor de un melon, dividido en cuatro ó seis celdillas, que contienen almendras de un sabor, no muy agradable al que las come por la vez primera.

Jacero, árbol de una mediana altura, de un color verdipardo, y de una corteza dura y punzante, que dá el fruto todo á lo largo del tronco y ramas mas gruesas; y viene á ser una bolsa, que contiene en varias celdillas gran porcion de una especie de castañas, mas gruesas y largas que los dá-

flores y frutas, estando cubiertos de ellas hasta los mismos troncos. El betel serpeaba por el suelo al rededor de las palmeras, y los pimientos (1) crecian enredados á las cañas del azúcar, embalsamando unos y otros el aire con su grata fragrancia. Esta perspectiva era mas encantadora, por hallarse iluminadas por los rayos del sol las copas solas de los árboles, al radedor de los cuales revoloteaban colibríes (2), cuyas pintadas plumas brillaban como topacios y rubíes, en tanto que los bengális (3), escondidos en la hú-

tiles, de muy buen sabor, y de tanto olor, que dicen se percibe á cien pasos.

(1) El PIMIENTO, ó árbol de la pimienta, es un arbusto de hojas parecidas á las de la yedra, y que, como esta, necesita crecer enredado á algun árbol ó pared. Cuando está florido, arroja un boton ó yema en racimos, al modo de la grosella, cuyos granos, al principio verdes, se van volviendo encarnados segun que maduran, y cuando lo están del todo, los ponen á secar al sol, con lo cual se arrugan, y quedan como los vemos en Europa.

(2) COLIBRI, pajarito del nuevo continente, de un plumage muy hermoso y brillante, que habita las tierras mas cálidas de la América, y algunos de los otros paises templados. Los hay de muchos géneros.

(3) BENGALI, especie de gorrion de un plumage igual-

meda enramada, formaban con sus gorgeos harmoniosos conciertos.

Paseábase el ingles embelesado, gozándose en aquella amenidad, y muy ageno de pensamientos ambiciosos y científicos, cuando llegó á convidarle el paria para tomar el desayuno. Es delicioso tu huerto, le dijo á este; pero dá lástima que sea tan pequeño; y si yo fuera que tú, le agrandaria, tomando otro pedazo de la floresta. — Y ¿para que, señor? respondió el paria: cuanto menor lugar ocupa el hombre, está tanto mas en seguro. Una sola hoja le basta al pajaro mosca [1] para hacer su nido. — Al decir esto, entráron en la cabaña, á un rincon de la cual estaba la muger del paria, dando de mamar á su niño, despues que habia dispuesto el almuerzo. Desayunóse el doctor, y al ver-

mente gracioso, que por ser muy comun en el reyno de Bengala, ha tomado este nombre.

(1) El pájaro MOSCA es el mas pequeño de todos los pájaros, pero tambien el mas ligero, vivo y atrevido, siendo mayor el brillo de sus plumas, que el de todas las piedras preciosas.

le el paria disponer su marcha, le rogó se detuviese aquel dia, porque los caminos estarian intransitables, y nadando en agua: á que contestó aquel, no serle posible por su numerosa comitiva. Bien conozco, dijo el paria, que tendréis gana de salir del pais de los bramas, para volver al de los cristianos, cuya religion hace vivir á todos los hombres como hermanos.

Levantóse el doctor despidiendo un suspiro; y habiendo hecho el paria una seña á su muger, le presentó esta, con los ojos bajos y sin hablar palabra, un canastillo lleno de flores y frutas. Tomando entónces la voz por ella su marido: disimulad, señor, le dijo, nuestra pobreza; y ya que no tenemos para perfumar á nuestros huéspedes, segun la costumbre de la India, ni ámbar gris (1), ni madera de alóes (2), aceptad, os suplico, este presente de flo-

(1) El AMBAR GRIS es un betun resinoso, inflamable y muy oloroso, que se encuentra en las orillas de los mares de la India.

(2) ALÓES ó ALOE, árbol de las Indias orientales, semejante al olivo, aunque mas corpulento. Su madera es en extremo amarga, y dá quemada un olor muy fragante.

res y frutas, que os ofrece mi muger, cogidas por su mano. Entre ellas no hallaréis adormideras ni pensamientos, y sí jazmines, azucenas y bergamotas, símbolos, por lo durable de su fragrancia, del sencillo afecto que os hemos cobrado, y durará en nosotros miéntras vivamos. — Al tomar el doctor el canastillo; yo no acierto, les contestó, como daros las debidas gracias por vuestra hospitalidad, y expresaros la estimacion que de vosotros hago. Aceptad, como una corta prueba de mi gratitud, este relox de oro, obra de Greenham, el mas celebrado fabricante de Lóndres, el cual tiene cuerda para un año. — No necesitamos nosotros, señor, de relox, le dijo el paria: tenemos uno que anda siempre sin jamas descomponerse, que es el sol. — Mi relox dá las horas, añadió el doctor. — Nuestros pajaros las cantan, contestó el paria. — Recibid al ménos estas sartas de coral, para hacer collares á vuestra muger y vuestro niño. —Ni la una ni el otro, replicó el indio, ¿ carecerán de collares encarnados, en tanto

que produzca nuestro jardin guisantes de angola. ? — Pues vaya si no, instó el doctor, estas pistolas, para defenderos de los ladrones en esta soledad. — La pobreza es una muralla, respondió el paria, que nos defiende de los ladrones; y bastaria para atraerlos la plata de que están guarnecidas vuestras armas. En el nombre de Dios que nos protege, y de quien esperamos nuestra recompensa, os rogamos, no priveis de su mérito nuestra hospitalidad. — Desearia yo sin embargo, que conservaseis, para memoria, alguna cosa mia, repuso el ingles. — Pues que así lo quereis, contestó el indio, voy á proponeros un cambio. Dadme vuestra pipa, y tomad la mia; y de este modo me acordaré, cuando fumaré en ella, de que se dignó un pandect europeo aceptar la hospitalidad de un pobre paria. — Alargóle pues el doctor su pipa, que era de cuero, y la boquilla de ámbar, tomando en cambio la del paria, cuyo tubo era de caña india, y de barro cocido el braserillo.

Llamó despues á sus gentes, que con

la cruel noche que habian pasado, estaban acatarradas, y tomó la silla, despues de haber dado un apretado abrazo al paria, y despedídose de su muger, que quedó llorando á la puerta de la cabaña con su niño en los brazos, miéntras que su esposo le acompañaba hasta la salida del bosque, colmándole de bendiciones. Dios os conceda, le decia, la recompensa que mereceis por vuestra bondad para con los infelices, y os lleve con bien á Inglaterra, el pais dichoso de los sabios y amígos que buscan la verdad por todo el globo, para el mejor bien estar de sus semejantes. — Yo he corrido la mitad de la tierra, le contestó el doctor, y por todas partes hallé el error y la discordia, estándome reservado el encontrar la felicidad y la verdad únicamente en tu cabaña. — Separáronse con esto los dos, despues de haberse nuevamente despedido vertiendo lágrimas; y ya llevaba andado el doctor un largo espacio, cuando aun vió al buen paria al pié de un árbol, haciéndole besamanos.

Luego que arribó el doctor á Calcuta,

se embarcó para Chandernagor, y de allí para Inglaterra. Despues que llegó á Lóndres, entregó los noventa fardos de manuscritos al presidente de la real sociedad, el cual los depositó en el museo británico, para que allí los consultasen los sabios; y estos y los diaristas aun están ocupados hoy dia en hacer de ellos traduciones, concordancias, elogios, diatribas y críticas. El doctor se reservó para sí las tres respuestas del paria sobre la verdad: fumaba á menudo en su pipa; y cuando le preguntaban, que era lo mas útil que habia aprendido en sus viages, contestaba: ES NECESARIO BUSCAR LA VERDAD CON UN CORAZON SENCILLO; SOLO SE LA HALLA EN LA NATURALEZA; Y NO SE DEBE COMUNICAR MAS QUE A LOS HOMBRES DE BIEN: á lo cual añadia de suyo: LA FELICIDAD SE LOGRA CON LA COMPAÑÍA DE UNA BUENA MUGER.

FIN DE LA CABAÑA INDIANA.

EL

CAFÉ DE SURATE,

POR BERNARDIN DE SAINT-PIERRE.

EL

CAFÉ DE SURATE.

Habia en Surate un café, al que concurrian por las tardes muchos extrangeros, entre los cuales se presentó cierto dia un seydra persa, ó doctor de la ley, que despues de haber escrito toda su vida sobre las cualidades y atributos de Dios, llegó por fin á no creer en él. ¿Quien es Dios? decia: ¿de donde viene? ¿quien le ha criado? ¿en donde está? Si fuese un cuerpo se le veria; si un espíritu, seria inteligente y justo, y no permitiria que hubiese infelices sobre la tierra. Yo mismo, despues de haber trabajado tanto en su servicio, seria pontífice en Ispahan, y

no me hubiera visto obligado á huir de Persia, por haber querido ilustrar á los hombres. Luego no hay Dios.

De este modo el doctor trastornado por su ambicion, á fuerza de cavilar sobre la razon primera de todas las cosas, habia llegado á perder la suya, y á creer, que no era su propia inteligencia la que ya no existia, sino la del que gobierna el universo. Tenia por esclavo á un cafre casi desnudo, y dejándolo á la puerta del café, se fué á recostar en un sofá, y tomó una taza de *coquenar* ó de opio. Luego que esta bebida empezó á calentarle el cerebro, dirigiendo la palabra á su esclavo que estaba al sol, sentado en una piedra y ocupado en ahuyentar las moscas que lo devoraban, le dijo: ¡miserable negro! ¿crees que hay un Dios? ¿Quien puede dudarlo? le respondió el cafre; y al decir estas palabras, sacó del andrajo de paño que le cubria la cintura, un muñeco de madero, y dijo: ved aquí el Dios que me ha protegido desde que estoy en el mundo; es heho de una rama del árbol que adoran en

mi pais. — Todos los que estaban en el café, extrañáron tanto la respuesta del esclavo, como la pregunta de su amo.

Entónces un brama encogiéndose de hombros, dijo al negro: ¡pobre imbécil! ¡como!.... ¿tú traes á tu Dios en la cintura? Pues sabe, que no hay mas Dios que Brama, criador del mundo, cuyos templos están en las orillas del Gánges. Los bramas son sus únicos sacerdotes, y por su proteccion particular subsisten ciento veinte mil años hace, á pesar de cuantas revoluciones ha habido en la India. — Inmediatamente tomando la palabra un corredor judío, dijo: ¿es posible que los bramas pueden creer, que Dios solo tiene templos en la India, y que no mas existe que para su casta? No hay otro Dios que el de Abrahan, ni este tiene otro pueblo que el de Israel, á quien conserva, aunque disperso por toda la tierra, hasta que le reuna en Jerusalem, para darle el imperio de las naciones, cuando haya reedificado su templo, que en otros dias fué la primera maravilla del universo. Al decir

esto el israelita, derramó algunas lágrimas. — Queria continuar, cuando un italiano con vestido talar azul, le contestó lleno de cólera : haces á Dios injusto diciendo que únicamente quiere al pueblo de Israel, habiéndole desechado hace mil setecientos años, ¿como puedes juzgar por su misma dispersion ? Actualmente llama á todos los hombres á la iglesia romana, fuera de la cual no hay salvacion. — Un ministro protestante de la mision dinamarquesa de Trinquebar respondió, perdiendo el color, al misionero católico : ¿ como puedes limitar la salvacion de los hombres á tu comunion idólatra? Es menester que sepas que solamente se salvarán aquellos que, observando el evangelio, adoran á Dios en espíritu y en verdad, segun lo manda la ley de Jesus. — Entónces un turco, oficial de la aduana de Surate que fumaba en su pipa, dijo con gravedad á los dos cristianos : señores, ¿ como pueden Vs limitar el conocimiento de Dios á solas sus iglesias? La ley de Jesus ha sido destruida desde la venida de

Mahoma, que es el paráclito prometido por el mismo Jesus, verbo de Dios. La religion de Vs solo subsiste en algunos reynos, y la nuestra se ha levantado sobre sus ruinas en la parte mas bella de la Europa, del Africa, del Asia y sus islas. Hoy dia se halla sentada en el trono de Mogol, extendiéndose hasta la China, que es el pais de la ilustracion. Ya que Vs reconocen la reprobacion de los judíos en su humillacion, reconozcan igualmente la mision del profeta en sus victorias. No se salvarán mas que los amigos de Mahoma y de Omar; porque los sectarios de Alí son tambien infieles. — A estas palabras el seydra que era de Persia, cuyo pueblo sigue la secta de Alí, se sonrió; mas inmediatamente empezó una gran quimera en el café, causada por los muchos extrangeros que habia de diferentes religiones, entre los cuales se hallaban tambien cristianos abisinios, cophtos, tártaros lamas, árabes ismaelitas, y güebros ó adoradores del fuego. Todos disputaban acerca de la naturaleza de Dios y su culto, sostenien-

do cada uno, que únicamente la de su pais era la religion verdadera.

Se encontraba allí un letrado de la China, discípulo de Confucio, que viajaba para instruirse, y estaba en un rincon del café tomando té, oyéndolo todo y callando. El oficial turco de la aduana dirigiéndose á él, con voz recia, le dijo, buen chino, que guardais tanto silencio; vos sabeis que infinidad de religiones han penetrado en la China. Los mercaderes de vuestro pais, que me han necesitado por razon de mi destino, me lo han dicho; asegurándome, que la de Mahoma es la mejor. Haced pues, como ellos, justicia á la verdad: ¿ que pensais de Dios y de la religion de su profeta? Entónces todos guardáron un profundo silencio en el café, y el discípulo de Confucio, metiendo las manos en las anchas mangas de su bata, y cruzándolas sobre el pecho, se puso á meditar, y dijo con apacible y pausada voz: Señores, permítanme Vs que les dija, que la ambicion es la que impide siempre, que los hombres esten acordes. Si Vs tie-

nen la paciencia de oirme, les contaré un caso, que está todavía muy fresco en mi memoria. Cuando salí de la China para venir á Surate, me embarqué en un navío ingles que habia dado la vuelta al mundo. En el camino anclamos en la costa oriental de Sumatra, y á eso de medio dia, bajando á tierra con algunos de la tripulacion, nos sentamos á la orilla del mar, cerca de un lugarcito y bajo de unos cocos, á cuya sombra descansaban muchos hombres de diversos paises. Vino allí un ciego, que habia perdido la vista á fuerza de contemplar el sol, por haber tenido la loca ambicion de querer comprender su naturaleza, á fin de apropiarse su luz; buscando en la óptica, en la química y aun en la nigromancia, todos los medios para encerrar en una botella uno de sus rayos; y no habiendo podido conseguirlo, decia : la luz del sol no es un fluido, pues no puede ser agitada por los vientos; tampoco es un sólido, porque no se la puede separar en pedazos; ni es un fuego, porque no se apaga en

el agua; no es un espíritu, porque es visible; ni un cuerpo, porque no se le puede manejar; ménos un movimiento, pues que no agita los cuerpos mas ligeros: luego no es nada. Así de tanto contemplar el sol y raciocinar sobre su luz, habia perdido la de sus ojos, y lo que es peor, la razon; creyendo que no su vista, sino el sol habia dejado de existir en el universo. Llevaba por lazarillo un negro, que habiendo hecho sentar á su amo á la sombra de un coco, recogió del suelo uno de sus frutos, y con su cáscara hizo una lamparilla, una mecha con sus hilos, y sacó un poco de aceite exprimiendo su nuez. Miéntras el negro hacia esta maniobra, le dijo el ciego suspirando: ¿con que ya no hay luz en el mundo? Hay la del sol, respondió el negro. ¿Que es el sol? replicó el ciego. No sé, respondió el africano, sino que su nacimiento es el principio, y su ocaso el fin de mis trabajos. Su luz me interesa ménos que la de mi lamparilla, que me alumbra en mi cuarto, y sin la cual no os podria

servir de noche. Entónces enseñando el coco, dijo: *este es mi sol.* — A este tiempo un hombre del lugar, que andaba con muletas, se echó á reir; y creyendo que el ciego lo era de nacimiento, le dijo: sábete que el sol es un globo de fuego, que se levanta todos los dias en el mar, y se acuesta todas las noches al occidente, en las montañas de Sumatra. Esto mismo verias tú, si disfrutases como nosotros de la vista. — Un pescador que tomó la palabra, dijo al cojo: bien se conoce que nunca has salido de tu lugar. Si tuvieses piernas, y hubieras dado la vuelta á la isla de Sumatra, sabrias que el sol no se pone en sus montañas, sino que sale todas las mañanas del mar, al cual vuelve por la noche á refrescarse; y esto es lo que veo diariamente, recorriendo las costas. — Un habitante de la península de la India dijo entónces al pescador: ¿es posible que un hombre que tiene sentido comun, pueda creer que el sol es un globo de fuego, que sale cada dia del mar, y vuelve á entrar en él, sin apagarse? Ten entendido,

que el sol es una *deuta* ó divinidad de mis pais, que recorre todos los dias el cielo en carro, girando al rededor de la montaña de Oro de Merouwa; y cuando se eclipsa, es porque lo tragan las serpientes *ragú* y *ketú*, de las que no se liberta, sino por medio de las oraciones que hacen los indios en las orillas del Gánges. Es por cierto muy ridícula la presuncion de un habitante de Sumatra, que ha llegado á creer, que el sol únicamente resplandece para el horizonte de su isla; y solo puede caber en la cabeza de quien no ha navegado mas que en una piragua. — Un lascar, patron de un barco comerciante que allí estaba anclado, tomó entónces la palabra y dijo: es todavía ambicion mas loca el creer, que el sol prefiere la India á todos los paises del mundo. He navegado por el mar rojo, por las costas de Arabia, Madagascar, las islas Molucas y las Filipinas, y el sol alumbra á todos aquellos paises igualmente que á la India. No gira al rededor de una montaña, sino que nace en las islas del Japon, que por este moti-

vo se llama Jepon ó Ge-puen, esto es, nacimiento del sol; y se pone muy lejos al occidente, detras de las islas de Inglaterra. Y de esto estoy bien cierto, porque en mi niñez se lo oí decir á mi abuelo, que habia viajado hasta las extremidades del mar. — Iba á extenderse mas, cuando un marinero ingles de nuestra tripulacion le interrumpió diciendo: no hay pais en donde mejor se conozca el giro del sol que en Inglaterra: entended pues, que ni nace ni se pone en parte alguna. Está sin cesar dando la vuelta al mundo; y seguro estoy de ello, porque acabamos de darla nosotros, y en todas partes le hemos hallado. — Cogiendo entónces el junquillo, que tenia en las manos, unos de los que presentes estaban, trazó un círculo en la arena, procurando explicar á sus oyentes el curso del sol de un trópico á otro; y no pudiendo conseguirlo, tomó por testigo de cuanto queria decir, al piloto de su buque. Este era un hombre cuerdo, qua habia oido la disputa sin hablar palabra; mas viendo que todos

callaban para escucharle, les dijo: cada uno de vosotros engaña á los demas, y queda engañado al mismo tiempo. El sol no dá vueltas al rededor de la tierra: la tierra sí gira al rededor del sol, presentándole sucesivamente en veinte y cuatro horas, las islas del Japon, las Filipinas, las Molucas, Sumatra, el Africa, la Europa, Inglaterra y otros varios paises. El sol no solo luce para una montaña, una isla, un horizonte, un mar, ni aun para la tierra; sino que está en el centro del universo, desde donde ilumina, á mas de la tierra, otros cinco planetas que giran igualmente al rededor de él, siendo algunos de ellos mucho mayores que la tierra, y hallándose mucho mas distantes que esta del sol. Tal es entre otros saturno, de treinta mil leguas de diámetro, y de doscientos ochenta y cinco millones de leguas de distancia, sin hablar de las muchas lunas que reflejan su luz á los planetas distantes del sol. Cualquiera de vosotros tendria idea de estas verdades, si levantase de noche los ojos al cielo, y no tu-

viese la ambicion de creer, que el solo luce para su pais. — De este modo habló con admiracion de todo su auditorio el piloto, que habia dado la vuelta al mundo, y observado los cielos.

Lo mismo, añadió el discípulo de Confucio, sucede con Dios que con el sol. Cada hombre cree tenerlo para sí solo, en su capilla ó á lo menos en su pais. Todos los pueblos creen encerrar en sus templos, al que no puede caber en todo el universo visible. Con todo ¿hay un templo comparable á aquel, que el mismo Dios levantó para reunir á todos los hombres en una comunion? Todos los templos del mundo están construidos á imitacion del de la naturaleza. Se hallan en casi todos pilas, colunas, bóvedas, lámparas, estatuas, inscripciones, libros de la ley, sacrificios, altares y sacerdotes; pero ¿en que templo se encuentra una pila tan extensa como el mar, que no está reducido á una concha? ¿colunas tan hermosas, como los árboles de los bosques, ó los de los vergeles cargados de frutos? ¿una bóveda tan

elevada como el cielo, y una lámpara tan brillante como el sol? ¿Donde se verán estatuas tan interesantes, como los seres sensibles que se aman, se ayudan y se hablan? ¿inscripciones mas inteligibles y mas religiosas, que los mismos beneficios de la naturaleza? ¿ un libro de la ley tan universal, como el amor de Dios fundado en nuestra gratitud, y el amor de nuestros semejantes establecido sobre nuestros intereses? ¿ sacrificios mas tiernos, que los de nuestras alabanzas al que todo nos lo ha dado, y de nuestras pasiones á los que merecen participar de cuanto tenemos? En fin ¿ donde se encuentra un altar tan santo, como el corazon del hombre de bien, cuyo pontífice es el mismo Dios? Así cuanto mas extienda el hombre el poder de Dios, mas se acercará á su conocimiento; y cuanta mas indulgencia tenga con sus semejantes, mas imitará su bondad. El que disfrute pues de la luz de Dios, extendida por todo el universo, no desprecie al supersticioso que solo descubre un pequeño

rayo en su ídolo, ni aun al ateo que está privado enteramente de ella; temiendo que en castigo de su orgullo, le suceda lo mismo que al filósofo, que por querer apropiarse la luz del sol, quedó ciego y reducido á servirse para su guia; de la lamparilla de un negro.

De este modo habló el discípulo de Confucio, y cuantos en el café disputaban sobre la excelencia de sus religiones, guardáron un profundo silencio.

FIN DEL CAFÉ DE SURATE.